

# PHILADELPHIA

( NO HAY RELIGIÓN MAS ELEVADA QUE LA VERDAD )

Más allá de la vida de las formas  
Está la vida de la eterna idea  
Más allá de los mundos que perecen  
El infinito que los mundos crea.

CARLOS ENCINA.

## LA TOLERANCIA

Las palabras abstractas no tienen una significación clara y precisa para la mayor parte de los hombres. Estos las traducen generalmente, y con más ó ménos acierto, en conceptos vagos, de bordes confusos, por así decirlo, y de los cuales apénas tienen una oscura intuición. De ahí resulta que dichas voces se presten á las más diversas aplicaciones, y, por más que esto parezca paradójico, tan pronto quieran decir mucho como no quieran decir nada. Todo depende de cómo se las pronuncie: «Libertad,» «fraternidad,» «solidaridad,» y mil otras expresiones por el estilo, pueden fácilmente comprobar mi afirmación. Si emanan de una mente caldeada por el pensamiento son grandes verdades; hasta tienen algo de simbólico, porque encierran todo un poema de recuerdos, de esperanzas y de convicciones. Pero cuando se las dice *sin sentirlas*, aprovechando de su sonoridad para redondear un periodo falto de substancia y de ritmo, ó para arrancar un aplauso, lo cual sucede, no diré siempre, pero sí las más de las veces que se las emplea, entónces son como un cero á la izquierda, que no tiene significación.

La palabra «tolerancia» está, desde algún tiempo, de moda. Cási no hay escrito ni discurso con pretensiones de filosófico en que no se le acomode. Nunca constituye el punto céntrico de las disertaciones en que aparece, y cuando se definen ó explican sus alcances, es sólo incidentalmente, concediéndole los honores de un párrafo en el mejor de los casos. Esto basta, sin embargo, para que se le atribuyan los más opuestos significados, al extremo que unos la consideren como la denominación de un vicio y otros como la de una virtud. Y todo se explica fácilmente teniendo en cuenta que ella pertenece á la categoría de las mencionadas al principio y que tiene, por lo tanto, condiciones que le permiten desempeñar papeles de palabra-tambor.

Los pensadores teosofistas, que consideran á la tolerancia como

virtud y condición indispensables para ulteriores adelantos, no cesan naturalmente de aconsejar su adquisición y ejercicio. Por esto, y teniendo en cuenta la diversidad de pareceres que al respecto existen, he tratado de averiguar qué es la tolerancia, de dónde surge y cuáles son las consecuencias que de su aplicación dimanen. El resultado de mis modestas reflexiones es lo que consigno aquí.

\* \* \*

«Tolerancia religiosa» es una expresión muy vulgar. Se dice que existe dicha tolerancia en todos los países en que no se prohíbe la profesión y el ejercicio de ninguna religión. Puede suceder que en dichos países exista una religión preferida, subvencionada por el Estado, como pasa en el nuestro, con menoscabo de las otras, y hasta que se exija pertener al número de sus feligreses para gozar de ciertos derechos políticos, aunque no así para cumplir con todos los deberes del ciudadano. Eso, sin embargo, no importa. Permitiéndose el ejercicio de cualquiera religión, aún cuando se las ponga en desigualdad de condiciones, todos, doctos é indoctos, están contestes en declarar que allí donde tal aconteciere, existe la tolerancia religiosa. No habiendo, pues, discrepancias de ningún género en esto, puede decirse que en el concepto de la opinión pública, tolerancia es sinónimo de permisión.

Pero la inteligencia social, de donde emana la opinión pública, es eminentemente práctica y sus dictados, siempre concretos, son de un carácter demasiado particular. Aborrece las generalizaciones. No examina las cosas en todos sus aspectos, sinó desde un sólo punto de vista, desde aquel en que tengan relaciones directas é inmediatas con las cuestiones de orden público que la interesen. Por eso la opinión pública, en apariencia la opinión de todos, no es en realidad la de ninguno.

Es un juicio parcial; es un pensamiento trunco. De ahí sus proverbiales veleidades. En achaques de tolerancia, solo la tolerancia religiosa ha tenido el privilegio de interesarla, porque sólo ella tenía, al ménos visiblemente, cierta importancia social; pero si hubiera otras clases de tolerancia que tuvieran relación con los negocios públicos, quizás entónces, del mismo modo que ha hecho de aquella un sinónimo de permisión, á éstas las haría sinónimos de otras cosas de ménos ó de más alcances. Por otra parte, dado el carácter práctico de la inteligencia social, enemiga de las especulaciones, y las naturales idiosincracias de la opinión pública, sus fallos, secos como chasquidos, ni se apoyan en considerandos relativos al origen y á la legitimidad de los mismos, ni van acompañados de consideraciones referentes á las consecuencias probables que su cumplimiento

tendría. Por estas razones, si queremos llegar á una conclusión definitiva y seria en el asunto que nos ocupa, es indispensable consultar los diversos pareceres individuales que al respecto existen.

Procediendo así, la primera opinión con que tropezamos es la de aquellos que no ven en la tolerancia más que una forma de cortesía. Escuchamos pareceres contrarios á nuestras convicciones, y si somos tolerantes, los asentimos ligeramente ó evitamos dar una respuesta categórica, quedando siempre libres de proceder en la práctica de la vida como mejor nos acomode. En realidad, siendo tolerantes hacemos como cuando nos presentan una persona á la cual le manifestamos el placer que nos causa el conocerla, aunque no sintamos por ello ni gusto ni disgusto; ó como cuando nos refieren una anécdota que la celebramos por interesante y novedosa, á pesar de que, vieja y desteñida, la conozcamos desde largo tiempo. Y claro, pues, que así considerada y practicada la tolerancia, no puede ser sinónima de permisión, porque no está en los individuos, aunque si en el Estado, el prohibir ó permitir. Si á veces se dice de una determinada ofensa que no puede tolerarse, no es para significar que no puede permitirse, sinó más bien que no debe dejarse impune al que la produjo, y, por eso, en semejantes casos, cuando no acudimos á la justicia, vamos al «campo del honor» para castigarle... ó para que él nos castigue.

Partiendo de esta base, es decir, de la consideración de la tolerancia como una cosa meramente externa y sin arraigo en las regiones del alma, se originan dos opiniones distintas con respecto á su valor. Mientras unos piensan que como todos los convencionalismos sociales, ella contribuye á suavizar las relaciones entre los hombres, evitando disgustos y discusiones inútiles, y que si no es cosa de mayor importancia, no deja por eso de ser aconsejable y digna de ponerse en práctica, otros opinan que guardarla importa por lo ménos un suicidio intelectual. Para estos últimos ella constituye una falta de sinceridad, se diferencia muy poco de la hipocrecía, de la hipocrecía refinada, y hasta puede considerársela como la virtud de los incapaces, de esos seres indiferentes que vienen á la vida como á un teatro, á mirar, pero no á mezclarse en las luchas humanas, inaccesibles al entusiasmo y al ideal.

Con tales antecedentes, fácil es deducir los inconvenientes graves que traería la tolerancia, en el concepto de los que le son adversos, si se generalizara entre los hombres. Ella es eminentemente conservadora, lo que vale decir, enemiga declarada del progreso y de su advenimiento resultaría, por lo tanto, la paralización de aquél. No se ha llegado á la altura de civilización en que nos encontramos por medio de complacencias y de cortesías, sino merced al esfuerzo

virtud y condición indispensables para ulteriores adelantos, no cesan naturalmente de aconsejar su adquisición y ejercicio. Por esto, y teniendo en cuenta la diversidad de pareceres que al respecto existen, he tratado de averiguar qué es la tolerancia, de dónde surge y cuáles son las consecuencias que de su aplicación dimanar. El resultado de mis modestas reflexiones es lo que consigno aquí.

\* \* \*

«Tolerancia religiosa» es una expresión muy vulgar. Se dice que existe dicha tolerancia en todos los países en que no se prohíbe la profesión y el ejercicio de ninguna religión. Puede suceder que en dichos países exista una religión preferida, subvencionada por el Estado, como pasa en el nuestro, con menoscabo de las otras, y hasta que se exija pertenecer al número de sus feligreses para gozar de ciertos derechos políticos, aunque no así para cumplir con todos los deberes del ciudadano. Eso, sin embargo, no importa. Permitiéndose el ejercicio de cualquiera religión, aún cuando se las ponga en desigualdad de condiciones, todos, doctos é indoctos, están contestes en declarar que allí donde tal aconteciere, existe la tolerancia religiosa. No habiendo, pues, discrepancias de ningún género en esto, puede decirse que en el concepto de la opinión pública, tolerancia es sinónimo de permisión.

Pero la inteligencia social, de donde emana la opinión pública, es eminentemente práctica y sus dictados, siempre concretos, son de un carácter demasiado particular. Aborrece las generalizaciones. No examina las cosas en todos sus aspectos, sino desde un sólo punto de vista, desde aquel en que tengan relaciones directas é inmediatas con las cuestiones de orden público que la interesen. Por eso la opinión pública, en apariencia la opinión de todos, no es en realidad la de ninguno.

Es un juicio parcial; es un pensamiento trunco. De ahí sus proverbiales veleidades. En achaques de tolerancia, solo la tolerancia religiosa ha tenido el privilegio de interesarla, porque sólo ella tenía, al menos visiblemente, cierta importancia social; pero si hubiera otras clases de tolerancia que tuvieran relación con los negocios públicos, quizás entónces, del mismo modo que ha hecho de aquella un sinónimo de permisión, á éstas las haría sinónimos de otras cosas de menos ó de más alcances. Por otra parte, dado el carácter práctico de la inteligencia social, enemiga de las especulaciones, y las naturales idiosincracias de la opinión pública, sus fallos, secos como chasquidos, ni se apoyan en considerandos relativos al origen y á la legitimidad de los mismos, ni van acompañados de consideraciones referentes á las consecuencias probables que su cumplimiento

tendría. Por estas razones, si queremos llegar á una conclusión definitiva y seria en el asunto que nos ocupa, es indispensable consultar los diversos pareceres individuales que al respecto existen.

Procediendo así, la primera opinión con que tropesamos es la de aquellos que no ven en la tolerancia más que una forma de cortesía. Escuchamos pareceres contrarios á nuestras convicciones, y si somos tolerantes, los asentimos ligeramente ó evitamos dar una respuesta categórica, quedando siempre libres de proceder en la práctica de la vida como mejor nos acomode. En realidad, siendo tolerantes hacemos como cuando nos presentan una persona á la cual le manifestamos el placer que nos causa el conocerla, aunque no sintamos por ello ni gusto ni disgusto; ó como cuando nos refieren una anécdota que la celebramos por interesante y novedosa, á pesar de que, vieja y desteñida, la conozcamos desde largo tiempo. Y claro, pues, que así considerada y practicada la tolerancia, no puede ser sinónimo de permisión, porque no está en los individuos, aunque sí en el Estado, el prohibir ó permitir. Si á veces se dice de una determinada ofensa que no puede tolerarse, no es para significar que no puede permitirse, sino más bien que no debe dejarse impune al que la produjo, y, por eso, en semejantes casos, cuando no acudimos á la justicia, vamos al «campo del honor» para castigarle... ó para que él nos castigue.

Partiendo de esta base, es decir, de la consideración de la tolerancia como una cosa meramente externa y sin arraigo en las regiones del alma, se originan dos opiniones distintas con respecto á su valor. Mientras unos piensan que como todos los convencionalismos sociales, ella contribuye á suavizar las relaciones entre los hombres, evitando disgustos y discusiones inútiles, y que si no es cosa de mayor importancia, no deja por eso de ser aconsejable y digna de ponerse en práctica, otros opinan que guardarla importa por lo ménos un suicidio intelectual. Para estos últimos ella constituye una falta de sinceridad, se diferencia muy poco de la hipocresía, de la hipocresía refinada, y hasta puede considerársela como la virtud de los incapaces, de esos seres indiferentes que vienen á la vida como á un teatro, á mirar, pero no á mezclarse en las luchas humanas, inaccesibles al entusiasmo y al ideal.

Con tales antecedentes, fácil es deducir los inconvenientes graves que traería la tolerancia, en el concepto de los que le son adversos, si se generalizara entre los hombres. Ella es eminentemente conservadora, lo que vale decir, enemiga declarada del progreso y de su advenimiento resultaría, por lo tanto, la paralización de aquél. No se ha llegado á la altura de civilización en que nos encontramos por medio de complacencias y de cortesías, sino merced al esfuerzo

gigantesco de nuestros antepasados. Pues ese esfuerzo gigantesco, ese inmenso derroche de energías, es producido por la intolerancia, tan obstinada como noble. Verdad es que en tamaña empresa todo no ha sido rosas. El progreso es caro. Muchos de los adelantos actuales, la declaración de los derechos del hombre, la liberación de la esclavitud, por ejemplo, no se han verificado sino entre crímenes sin cuento. Pero esa es la ley! Los beneficios de un día, como la blanca y gallarda nube que se levanta de las aguas infectas del pantano, no se forman sino entre la sangre y las lágrimas de las generaciones muertas. El hombre también nace entre gemidos y llantos...

Schopenhauer, dice, por su parte, en «El Hombre y la Sociedad», uno de sus «Estudios Escogidos», que la tolerancia es el desprecio que, con justa razón, conciben los hombres de genio por los demás hombres. Conocedor de la ignorancia y de las bajas condiciones de sus prójimos, el hombre superior no se digna discurrir sus ideas ni corregir sus errores, y huye en compañía de las bestias, sus únicos amigos, lejos de la sociedad. Y este desprecio nace, no solo del conocimiento de la insignificancia de sus semejantes, sino también de la convicción íntima de su propia valía, el orgullo, sentimiento tan noble como atacado «por los que no tienen de qué enorgullecerse».

Así entendida la tolerancia, claro está que no podría ser sino el patrimonio de unos pocos, dada la escasez de los hombres de genio. No sería, sin embargo, por eso menos funesta su influencia, puesto que arrebataría á la humanidad el auxilio poderoso de sus mejores fuerzas. Pero es el caso que muchos son los convencidos de su propia valía y que aún sin conocer las ideas del filósofo misántropo, se toman la libertad de tolerar despreciando. Por eso si tuviera que elegir entre nuestro viejo Viscacha y los genios hipotéticos de Schopenhauer, me quedaría con el primero. Este, aunque aficionado al trago y á lo ajeno, contribuía con algo, con el caudal de su experiencia gaucha, al beneficio de uno de sus semejantes, puesto que no se dormía, *mesturao* entre sus perros, hasta que no educaba en el arte de saber vivir al hijo de Martín Fierro, su pupilo.

Entre tanto, otros que también derivan á la tolerancia de la sabiduría, la consideran como una forma de la moderación. Unos son moderados en su proceder por naturaleza; otros que no han heredado tal instinto, lo adquieren llegando á convencerse por la meditación y el estudio que los pensamientos y acciones de los hombres son una consecuencia del grado de evolución intelectual y moral en que se encuentran. Entonces, estos últimos, teniendo así la clave de todas las opiniones, son tranquilos en la apreciación de las cosas y mesurados en la réplica. Esa tranquilidad, esa medida, constituye

tarse naturalmente á cuál de ellas debemos prestar aprobación.— ¿Es la tolerancia el permiso, como lo afirma la opinión pública? ¿es una forma de cortesía, como algunos dicen? ¿es el desprecio? ¿es la moderación inteligente, como aquellos quieren? ¿ó es el respeto,— según el parecer de Spencer?—Y bien! puesto que es necesario contestar estas preguntas, puede responderse negativamente á cada una de ellas, sin temor de equivocarse. Si uno cualquiera de dichos pareceres fuera cierto, los otros ya habrían desaparecido, por lo menos de las esferas del pensamiento, sin tener quienes los defendieran, mientras que todos persisten y tienen sus partidarios. Y no se arguya, para explicar así la persistencia simultánea de dichas opiniones, que bien podrían ignorarse los argumentos que dieran á una cualquiera de ellas la supremacía sobre las otras, porque, á más de no ser nuevas, las verdades de este género pronto se abren calle, al extremo que á veces llegan hasta los últimos recovecos sociales, despojadas, cierto, de sus fundamentos filosóficos, pero fortalecidas en cambio por un uso creciente que pronto las transforma en costumbre para el pensar y para el decir.

No se crea, sin embargo, que puesto que ninguna de las opiniones mencionadas satisfacen completamente sus propósitos, haya sido nuestro objeto al exponerlas, aumentar la perplejidad del que leyere para declararle al último que la averiguación que nos proponíamos es imposible y que vale más, por consiguiente, desistir de nuestro empeño. Al contrario, el exámen de diversas opiniones sobre un mismo asunto, á más de encerrar siempre lecciones provechosas para los que gustan observar las idiosincrasias de la naturaleza humana, es ya un principio, en la mayor parte de los casos, de dilucidación de las dificultades pendientes. Por qué sucede entonces que entre tantos pareceres en pugna, cada uno pone de manifiesto los errores de los otros, y conocidos éstos, es fácil, descartándolos, depurar un fondo de verdad común, que convenientemente desenvuelto pueda luego conducirnos á la resolución definitiva. En realidad, procediendo de esta manera, hacemos lo mismo que cuando al resolver una ecuación de primer grado, planteado ya el problema, (*reunidas las opiniones*), pasamos á uno de los miembros todos los términos afectados de la incógnita y al otro los independientes de la misma (*pareceres en pugna*) para llegar así á una expresión de la forma

$$x(a + b - c) = d - e,$$

por ejemplo, de lo cual (*los unos ponen de manifiesto los errores de los otros*), efectuando las operaciones indicadas (*descartándolos*), obtenemos otra más sencilla

$$A x = B$$

conuerda perfectamente la «permisión» de la opinión pública con la conclusión á que hemos llegado.

Pero talvez se diga que si la conclusión que se discute no falla por ese lado, falla en cambio por otro. ¿Cómo se explica, en efecto, que buscando todos en la interpretación de la tolerancia el temperamento que *debe*, ó sea, el *mejor que puede* adoptar el espíritu, et cetera, haya sido aquella tan atacada por algunos, según, en las páginas anteriores hemos podido ver? Téngase en cuenta, sin embargo, que los ataques mencionados iban dirigidos á las conclusiones á que habían llegado algunos, conclusiones erróneas, como lo hemos visto; pero que aquellos se permitían condensar en la palabra «tolerancia», y no, por consiguiente, á la tolerancia misma. Y no se quiera negar la verdad de lo que afirmamos diciendo que los autores de dichos ataques no hubieran erigido á la intolerancia como norma de conducta para la propagación de las ideas, si hubieran discutido las conclusiones de sus adversarios solamente; porque es un hecho constatado por la experiencia diaria que cuando alguien trata de refutar opiniones que son por otros defendidas, aquél elige siempre para expresar su pensamiento palabras antónimas de las que se han servido sus contrincantes para traducir el suyo, aún en casos como el presente en que se discuta la significación de los términos empleados, y en los cuales, por consiguiente, sino son adecuadas las expresiones de los que sostienen, tampoco lo son las del que rebate para manifestar lo que éste quiere decir. Basta para convencerse de que estamos en lo cierto, recordar que los que así atacaban á los tolerantes no veían en ellos sino incapacidad y pereza, es decir, todo lo contrario al entusiasmo y á la energía en el esfuerzo, dos condiciones estas que, lejos de ser el gaje de la intolerancia, son, como se verá más adelante, indispensables para que se manifieste la tolerancia. Y recuérdese, finalmente, que discutiendo al rededor de la tolerancia, todos, los que atacaban y los que defendían, buscaban el temperamento que debe adoptar el espíritu para ganar partidarios á sus convicciones, aun aquellos que convencidos de la ineficacia de la palabra, dejaban sin respuesta los pareceres contrarios á los suyos, pero que se reservaban el derecho de proceder en la práctica de la vida de acuerdo con su modo de pensar, lo cual en ciertos casos equivale á propagar con la acción.

Pero hay más. Puede decirse todavía que Schopenhauer consideraba á la no propagación de las propias ideas como el rasgo característico de los tolerantes, y que, por lo tanto, si afirmamos que nuestra conclusión es el fondo común de todas las opiniones examinadas, es decir, el punto en que todas están de acuerdo, no tenemos derecho á darle cabida en ella á la propaganda. Pero esto es fácil

de conciliar. ¿Qué son, en efecto, la no propagación, la propaganda entusiasta y la moderada? Simplemente valores distintos de una misma cantidad: la no propagación es el cero de la propaganda, y cuando nombramos á esta última, claro está que también nombramos á aquélla. Quizás habríamos sido más explícitos si en la proposición que se discute, en vez de poner «.....y para la propaganda de las mismas», hubiéramos escrito «.....y una vez en posesión de las mismas», lo cual en nada cambiaría la significación de aquélla.

Finalmente, puede objetarse que si bien Spencer hace lugar á la tolerancia en la formación de las propias ideas y en la propagación de las mismas, no proceden de igual manera los otros cuyas opiniones hemos visto, quienes solo le dan cabida en la práctica de la propaganda, y que, por lo tanto, si no descartamos de nuestra conclusión las palabras «para formar sus convicciones» no puede considerarse á aquélla como un fondo de verdad común.

Sin embargo, los que así pensaran es porque no habrían reparado que no existen diferencias intrínsecas entre la propagación de las ideas y su formación en la mente del que las propaga. El rasgo característico de la propaganda no reside en la exposición de ideas, exposición que bien puede hacerse con la mayor indiferencia para matar el tiempo como se dice, ó para poner de manifiesto con vanidoso empeño, los conocimientos que tengamos sobre un asunto determinado, sino más bien y sobre todo en el esfuerzo que se pone en juego porque ellas arraiguen en las mentes ajenas, esfuerzo de cuyas diferencias de naturaleza nacen los diversos temperamentos del espíritu, y que cuando lo ejercitamos dentro de nosotros mismos para formar nuestras convicciones, da lugar ni más ni menos que á una propaganda interior. Siendo así, claro está que el temperamento de espíritu que adopte un hombre para abrir camino á sus opiniones, no ha de ser diferente de aquel con que las haya formado, por más que adaptándose á las circunstancias, cambie en algo el procedimiento técnico, por así decirlo, de la argumentación. Si somos de naturaleza ardiente y hemos llegado á convencernos á impulsos del sentimiento, querremos convencer á los otros con imágenes y con hipérboles. Si, dotados de un carácter reposado y reflexivo, hemos llegado al convencimiento por la sola virtud del silogismo, así también con una lógica inflexible, con una lógica férrea, querremos convencer á los demás. Si, amigos del esfuerzo creador y productivo, nos hemos convencido por la consideración de los éxitos ajenos, plegaremos los labios y trataremos de formar prosélitos predicando con el ejemplo y con la acción. Y finalmente, si extremando las complacencias y las cortesías de que hablábamos al principio, no tratamos de convencer á nadie ni con la acción ni con la

palabra, es porque tampoco nosotros estamos convencidos de nada; podremos tener conocimientos, grandes conocimientos, si se quiere, de esos que se consiguen escuchando lecciones ó leyendo libros y que se almacenan en la memoria, pero no convicciones, de esas que solo se forman en el silencio augusto de las meditaciones y que arraigadas en el cerebro, se alimentan con savia del corazón.

Hechas estas salvedades que demuestran que la conclusión á que hemos arribado está legitimamente inducida de las varias opiniones mencionadas, no es necesario, por cierto, dado su carácter amplio y nada particular, hacer notar que en el caso de que existieran otros pareceres al respecto, ellos deben tambien estar comprendidos en aquella, á menos de que se hayan atribuido á la palabra tolerancia significaciones por demás arbitrarias y por lo tanto no dignas de que se las considere aquí.

(Continuara)

CARLOS M. COLLET.  
M. S. T.

## EL SITIO DE PAZ

Todo el mundo se queja de la fiebre de la vida moderna, de la fatiga que ella ocasiona y de la rapidéz con la cual los días se deslizan. «No tengo tiempo», tal es la excusa más común. Las revistas reemplazan á los libros; los artículos de los diarios sirven de tratados de política, y la lectura apresurada ocupa el lugar de las pacientes investigaciones. Hombres y mujeres se aferran cada vez más á las cosas superficiales de la vida; los pobres resultados de un negocio que se logra, las pálidas coronas de la supremacía social, una notoriedad momentánea en el mundo: he ahí los juguetes por conseguir los cuales unos y otras luchan, intrigan y se agotan. Y es preciso que ese trabajo que se toman produzca resultados inmediatos, pues de otra manera creen no haber obtenido éxito; la seductora meta debe estar siempre á la vista, y se la debe pasar, por un rápido esfuerzo, en medio de los aplausos de la multitud que saluda al vencedor. Pero, la sólida reputación establecida por años de tenáz tarea; el esfuerzo paciente de aquél que se fatiga durante su vida en un campo en el cual la cosecha no debe madurar

palabra, es porque tampoco nosotros estamos convencidos de nada; podremos tener conocimientos, grandes conocimientos, si se quiere, de esos que se consiguen escuchando lecciones ó leyendo libros y que se almacenan en la memoria, pero no convicciones, de esas que solo se forman en el silencio augusto de las meditaciones y que arraigadas en el cerebro, se alimentan con savia del corazón.

Hechas estas salvedades que demuestran que la conclusión á que hemos arribado está legitimamente inducida de las varias opiniones mencionadas, no es necesario, por cierto, dado su carácter amplio y nada particular, hacer notar que en el caso de que existieran otros pareceres al respecto, ellos deben tambien estar comprendidos en aquella, á menos de que se hayan atribuido á la palabra tolerancia significaciones por demás arbitrarias y por lo tanto no dignas de que se las considere aquí.

*(Continuará)*

CARLOS M. COLLET.  
M. S. T.

---

## EL SITIO DE PAZ

---

Todo el mundo se queja de la fiebre de la vida moderna, de la fatiga que ella ocasiona y de la rapidéz con la cual los días se deslizan. «No tengo tiempo», tal es la escusa más común. Las revistas reemplazan á los libros; los artículos de los diarios sirven de tratados de política, y la lectura apresurada ocupa el lugar de las pacientes investigaciones. Hombres y mujeres se aferran cada vez más á las cosas superficiales de la vida; los pobres resultados de un negocio que se logra, las pálidas coronas de la supremacía social, una notoriedad momentánea en el mundo: he ahí los juguetes por conseguir los cuales unos y otras luchan, intrigan y se agotan. Y es preciso que ese trabajo que se toman produzca resultados inmediatos, pues de otra manera creen no haber obtenido éxito; la seductora meta debe estar siempre á la vista, y se la debe pasar, por un rápido esfuerzo, en medio de los aplausos de la multitud que saluda al vencedor. Pero, la sólida reputación establecida por años de tenáz tarea; el esfuerzo paciente de aquél que se fatiga durante su vida en un campo en el cual la cosecha no debe madurar

sino largo tiempo después del paso del sembrador; la elección reflexiva de un ideal sublime, demasiado elevado para atraer la atención del hombre de desenvolvimiento mediano, demasiado grande para ser alcanzado en una sola vida; todo eso, es desdeñado con un movimiento de hombros despreciativo ó con un seño inspirado por la desconfianza. El espíritu del siglo se resume en estas caústicas palabras de un antiguo sabio chino: «Mira un huevo y espera oírlo cantar». La naturaleza tiene procedimientos demasiado lentos para nosotros, y nos olvidamos que lo que ganamos en superficie lo perdemos en profundidad.

Pero hay individuos para quienes esta danza de mosquitos jirando en medio de un rayo de sol, no es ni la razón de ser ni el fin de la vida humana, y cuyo corazón suspira algunas veces pensando que todo ese estrépito y todos esos aparentes esfuerzos no son más que una lucha de sombras proyectadas sobre un muro; que el éxito social, la fortuna en negocios y la admiración pública, son solo simples trivialidades, búrbufas de aire flotando sobre la superficie ajitada del arroyo, indignas de las rivalidades, de los celos y de la amargura engendrados por su misma persecución. ¿La vida no oculta, acaso, ningún secreto bajo su apariencia? ¿No hay en ella problema alguno que resolver? ¿Ningún tesoro que descubrir?

La respuesta á estas cuestiones se puede encontrar sin salir de la experiencia que está al alcance de todo hombre, y esa respuesta encierra la idea de la profunda verdad que se encuentra en ella. Después de una semana ó un mes de vida ajitada, de mezquinas excitaciones, de esfuerzos hechos para recoger los insignificantes triunfos de la vida social, de ardor puesto trás de ruines esperanzas, de penas causadas por las decepciones, de disgustos ocasionados por el conflicto de nuestros egoístas *Egos*—con otros *Egos*—igualmente egoístas; después de un mes de semejante vida, si huimos léjos de todo ese ensordecedor tumulto para detenernos en las silenciosas soledades de una montaña, donde no resuenan más que las armonías de la naturaleza, las que más bien parecen fundirse en el concierto universal que quebrar su silencio; si escuchamos, por ejemplo, el bramido del torrente hinchado por la lluvia de la noche, el ruido de las hojas ajitadas por el paso de alguna tímida liebre, el suave y alegre murmullo de las aguas al rodar sobre un lecho de piedras, el zumbido de los insectos que rozan las tupidas yerbas, la aspiración bucal del pez que reposa á la sombra en el estanque; por todas partes donde el espíritu entra en la calma, acariciado por la naturaleza, léjos del hombre, ¿que nos parecen las locuras, las exageraciones del torbellino social, los

excesos del trabajo, cuando los vemos al través de esta atmósfera saturada de paz? ¿Que nos importa, entónces, lograr ó fracazar en tal pequeño proceso? ¿Que nos importa ser vituperados por el uno, elogiados por el otro? Restablecemos la perspectiva por nuestro alejamiento del remolino, por nuestro aislamiento de sus agitadas aguas, y vemos desde esa tranquila posición cuan poco sitio deberían tener todas esas cosas exteriores en nuestra verdadera vida.

La distancia en el tiempo hace juzgar el bien y el mal de la vida de la misma manera que la distancia en el espacio. Si después de transcurridos diez años, arrojamos una mirada hácia atrás sobre las pruebas, las alegrías, las esperanzas, y los desengaños que hemos tenido, nos admiramos de haber desperdiciado tanta energía por objetos que resultan entónces tan poco dignos de ello. Las penas, aún las mayores, parecen estrañamente irreales cuando son contempladas por una personalidad que ha cambiado mucho.

Así, por ejemplo, nuestra vida íntima ha estado ligada á la vida de otro ser y en este tiempo la peor desgracia que parecía debernos aflijir,—la pérdida de la única persona amada,—llega á herirnos. Desde ese momento, encontramos sin interés nuestra existencia, y nuestro corazón queda despedazado con el niquilamiento de la sola esperanza que alimentó; pero, á medida que el tiempo pasa, la herida se cicatriza, nuevas flores nacen sobre nuestro camino, hasta que llega por fin el día en que podemos mirar para atrás sin experimentar el menor estremecimiento ante el recuerdo de aquella agonía que estuvo á punto de costarnos la vida. ¿Rompi-mos con un amigo, á causa de una palabra amarga? ¡Cómo nuestra cólera y nuestro enojo nos parecen insensatos cuando recordamos el hecho al cabo de diez años! ¿Nos encontramos locamente regocijados de un triunfo ganado penosamente? ¡Cuan trivial y exagerado nos parece, ahora, que le consideramos con su verdadera dimensión! En el cuadro de nuestra vida él llenó en otra época nuestro cielo, y hoy no es nada más que un punto allí.

Pero esta calma filosófica sentida cuando contemplamos las victorias y las derrotas del pasado, en el intervalo del espacio y del tiempo, se vé ignominiosamente turbada desde que volvemos á la vida diaria. Todas nuestras antiguas trivialidades, transformadas nos absorben de nuevo, y nuestras antiguas alegrías y tristezas vuelven á apoderarse de nosotros bajo nuevas formas. «El tumulto de los sentidos y de los órganos hace palpar el corazón á su pesar». De modo que, una vez más, volvemos á usar nuestra existencia en los pequeños cuidados, las pequeñas disputas, los pequeños deseos y los pequeños engaños.

¿Se debe ser siempre así? ¿Desde que tenemos que vivir en el mundo y representar nuestro rol en el drama de la vida, debemos estar sin cesar á merced de todos esos objetos que pasan? ¿O bien, apesar de la obligación en la cual nos encontramos de habitar entre esos objetos y de vivir momentáneamente en su atmósfera, nos es posible encontrar el *Sitio de Paz* tan facilmente como si estuviéramos lejos de ellos? Lo podemos; y es esa, precisamente, la verdad velada bajo la respuesta superficial que hemos ya encontrado.

El hombre es un ser inmortal, revestido de carne; un ser que tiene su vida y sus movimientos en los deseos y las pasiones á los cuales se fija por un hilo de su naturaleza inmortal. Este hilo es el mental, y ese mental,—pensador, insumiso y veleidoso,—erra en medio de los objetos terrestres, movido por la pasión y el deseo, la esperanza y el temor, tratando de probar en todas las copas las delicias sensuales, deslumbrado y ensordecido por el brillo y el tumulto de los objetos que lo rodean. Entónces, según la queja de Arjuna, «el mental está lleno de agitación, turbulento, poderoso, y obstinado». Arriba de esta personalidad viva é inquieta, habita, testigo plácido y sin pasión, el verdadero Rayo divino, el Ego espiritual del hombre. Aquí abajo, la tempestad puede soplar; arriba reina la calma: es este el Sitio de Paz. Desde que ese Ego espiritual es eterno, ¿que le importan las cosas del tiempo? ellas le procuran la experiencia, el conocimiento del bien y del mal,—he ahí todo. Habitante de la casa de arcilla, ha conocido tan frecuentemente el nacimiento y la muerte, las ganancias y las pérdidas, las alegrías y las penas, los placeres y los sufrimientos, que los ve pasar como una fantasmagoría movediza, sin que pliegue alguno turbe su serenidad. Si la angustia afecta á su envoltura exterior, para él es solo el aviso de que la armonía ha sido rota, y el sufrimiento es el bienvenido porque muestra la falta y trae consigo la lección que permitirá evitarlo en el porvenir. El verdadero Ego espiritual debe conquistar el cuerpo material, purificarlo é idealizarlo, y no es sino por el sufrimiento que puede aprender á cumplir su obra.

El secreto para alcanzar el Sitio de Paz reside en nuestro poder de identificar nuestra conciencia ordinaria con el verdadero Ego. Nos identificamos con nuestro cerebro pensante, activo, en nuestro cuerpo. Nos identificamos con nuestras pasiones y nuestros deseos, y decimos que *nosotros* esperamos y que *nosotros* tememos. Nos identificamos con nuestro cuerpo, pura máquina que nos pone en relación con el mundo material. Así, cuando todas estas partes de nuestra naturaleza entran en contacto con las cosas

externas, cuando sentimos el torbellino de la vida material á nuestro alrededor, somos afectados en nuestra conciencia, y «el corazón» abandonado á si mismo, obedeciendo á las impulsiones de las pasiones que lo agitan, barre nuestro conocimiento espiritual, como la tempestad levanta la barca sobre el océano en furor. Es entonces que experimentamos la excitación, la pérdida del equilibrio, la irritabilidad, los sentimientos ofensivos, los resentimientos, las locuras y las penas, todo aquello en fin que es lo más contrario á la paz, á la calma y á la fuerza.

El medio de comenzar á seguir el sendero que conduce al Sitio de Paz consiste en ensayar el identificar nuestra conciencia con el verdadero Rayo Divino que hay en nosotros, de ver como este último vé, de juzgar como él juzga. Es claro que esto no podemos enseguida realizarlo, pero podemos inmediatamente principiari el ensayo, usando como medios para ello el desapego por los objetos de los sentidos, la indiferencia por los resultados y la meditación siempre renovada sobre el verdadero Ego divino.

Examinemos, pues cada uno de estos elementos en particular.

El primero no puede ser obtenido sino por una disciplina personal, constante y moderada. Podemos cultivar la indiferencia por los pequeños disgustos, por los placeres de la mesa ó las recreaciones físicas, y podemos llegar á soportar alegremente todo lo que nos sucede sin huir ni buscar los placeres ó las penas de poca importancia. Gradualmente, sin apereibirnos de ello y sin sentirnos incomodados, llegaremos á hacernos indiferentes hasta el punto que los pequeños desagradados que atormentan continuamente á los hombres en la vida diaria pasarán para nosotros desapercibidos, lo que nos permitirá ayudar á nuestros vecinos á quienes esos fastidios todavía perturban, protegiéndolos discretamente, y haciéndoles más dulce el camino de la vida. En este entrenamiento, es preciso proceder con moderación. «Esta divina disciplina, Arjuna, no puede ser alcanzada por el hombre que come demasiado, ni por el que come poco, por el que duerme mucho ni por el que vela con exceso. La meditación que destruye los males, se produce en aquel que come con medida, se recrea con medida, procede, duerme y vela con medida.» El cuerpo no debe ser quebrantado, sino mantenido convenientemente.

El segundo método consiste en la indiferencia por los resultados; lo que no quiere decir que no debemos tener en cuenta las consecuencias de nuestros actos á fin de desprender de ellos la experiencia que debe guiar nuestros pasos. Por lo contrario, es

tudiando esos resultados es como obtendremos la experiencia y adquiriremos la sabiduría. Aquello solo significa que cuando una acción ha sido producida, valléndonos para ello de nuestro mejor juicio y con una pura intención, debemos dejarla seguir, metafóricamente, y no experimentar inquietud por sus resultados. Una acción hecha no puede ser desecha, y nada tenemos que ganar atormentándonos á su respecto. Cuando sus resultados se producen, los anotamos para nuestra instrucción, pero no debemos ni regocijarnos ni entristecernos por ellos, pues el remordimiento, como la alegría, desvía nuestra atención y nos paraliza en el cumplimiento de nuestro deber en el momento. Suponiendo que las consecuencias fuesen malas, el sabio dirá: «He cometido un error y debo evitarlo en el porvenir; el remordimiento disminuirá mis medios de acción en el presente, sin disminuir los resultados de mi error, y, así, en vez de perder mi tiempo en el remordimiento, debo esforzarme por proceder mejor otra vez.» La ventaja que se consigue con el desinterés del resultado de los propios actos se encuentra en la tranquilidad de espíritu así obtenida y en la concentración que se pone en el cumplimiento de cada una de nuestras acciones.

«Aquel que, al ejecutar sus actos, los dedica al Supremo Espíritu, (*el Rayo divino Uno*), excluyendo toda clase de interés egoísta, queda sin mancha de pecado, de la propia manera que la hoja del loto sale inmaculada del seno de las aguas. Los Yoguis (1), desechando todo interés personal, ejecutan las obras exclusivamente con su cuerpo, con su inteligencia, con su discernimiento y con sus sentidos, sin otro objeto que purificar su corazón. Abandonando el fruto de sus obras, el verdadero devoto obtiene la eterna Paz por medio de la devoción; mientras que el hombre no devoto, hostigado siempre por el deseo y viviendo aferrado al fruto de sus acciones, queda encadenado por sus mismas obras.»

El tercer método, la meditación, es el más eficaz y el más difícil. Consiste en un constante esfuerzo para realizar la identificación con el verdadero Ego Divino. «Cualquiera que sea el objeto en el cual en su inconstancia el espíritu se detenga, que el Yogui lo subyugue, y lo coloque bajo la dependencia del Espíritu.» Es este un trabajo que exige toda una vida, pero es el que conduce al Sitio de Paz. Los esfuerzos deben ser conti-

(1) Devotos que se dedican á la práctica de la *Yoga* (unión del hombre con la Divinidad)—N. de la D.

nuamente renovados, con paciencia y perseverancia. Se puede facilitar la meditación haciéndola á horas precisas, en las cuales, durante algunos momentos, uno debe encerrarse en sí mismo como la tortuga en su concha, recordar entonces que no es un ser transitorio sino un Ego eterno, y que los incidentes pasajeros no pueden de ninguna manera afectar á ese Ego. Con el desenvolvimiento gradual de ese poder de permanecer «en el verdadero Yo», llega no solo la paz, sino la sabiduría, pues la ausencia de los deseos personales y el reconocimiento de nuestra naturaleza inmortal nos dejan libres para juzgar sobre todas las cosas sin prevención ni prejuicio.

«Una vez obtenido este estado de tranquilidad, ahuyéntanse en breve, para no volver más, todas las penas é inquietudes, y hallándose de este modo la mente tranquila y serena, reposa muy pronto en el seno inmenso de la suprema Sabiduría. Para aquel cuyo corazón no disfruta de calma, no existe el conocimiento espiritual, ni siquiera las debidas disposiciones para recibir la luz del Espíritu. Poseyendo la paciencia, encontrará gradualmente la paz, y la felicidad suprema llegará seguramente al sabio cuyo espíritu está tranquilo, cuyas pasiones y deseos han sido domados, y que se encuentra en el verdadero y divino Yo, libre de todo pecado.»

Tal es ese triple sendero que lleva al Sitio de Paz; para habitarlo siempre es necesario haber conquistado el tiempo y la muerte. «El sendero se desarrolla en una rápida pendiente que sube sin cesar,» pero las alas de la paloma de paz abanicen la frente del peregrino fatigado, quien, por último, encuentra al fin esa calma que nada puede turbar.

ANNIE BESANT.

---

## PRUEBAS FILOSÓFICAS DE LA REENCARNACIÓN (1)

---

La fé no se impone, las convicciones no son un gaje de verdad, ni el número implica el derecho.

Sin embargo no es permitido rechazar, sin arrojarles siquiera una mirada, las creencias de los que nos rodean, pues hasta en el fondo

---

(1) Del libro: *la Reencarnación y sus pruebas*.

de los absurdos mas groseros dormita un gérmen de verdad, no siendo de este mundo el error absoluto.

La verdad es la vida universal; todo lo que es, subsiste en ella y por ella. Cuándo la rama de un árbol no dá ya paso á la sávia, se seca y muere: cuando una arteria está obliterada, su zona de irrigación se gangrena: cuando un sistema es falso, hasta el punto de no ser ya permeable á la verdad, se descompone sin remedio.

En la rápida revista que vamos á hacer del pasado, veremos, bajo diferentes nombres, y con diversos trajes, la doctrina de los renacimientos transmitida desde la más alta antigüedad hasta nuestros días. No hay un pueblo que no haya conservado huellas evidentes de ella, ni una religión que no la haya claramente enseñado ó que al menos no haya guardado el gérmen en su seno. Los judíos, pueblo materialista por excelencia, los sensuales mahometanos, como todas las sectas cristianas, poseían la Reencarnación en sus escrituras, por desfigurada que se encuentre,—y hasta los pueblos más salvajes han conservado casi todos la fé en la pluralidad de existencias.

Los sabios de otras épocas tenían la prueba completa de esta verdad; los de hoy tropiezan con ella, pero no aperciben si no su aspecto material:—teoría de la conservación del hombre total en el gérmen. La teosofía nos presenta ese gran problema en todas sus fases y en todos sus detalles; dá la clave y una luminosa explicación de ella.

\*\*\*

La India es la cuna de la raza actual, la quinta, el Edén de nuestra humanidad, nuestra madre física, moral, mental y espiritual. Es de su seno que salieron esas hordas que emigraron á poblar la Europa, y es su ley ética la que ha humanizado á la Caldea, á la Grecia, al imperio romano y á la Europa entera. Nuestro código es un plágio casi testual de las leyes de Manú, mientras que la Biblia y el Evangelio no son sino una cópia literal y abreviada de los libros sagrados de la antigua Aryavarta.

La doctrina de la Reencarnación y la de Karma son las dos columnas que soportan el templo védico, y cuando Apolonio de Tiana visitó la India, el brahma Jarchus le dijo: «En una existencia pasada, habéis sido timonel de un buque egipcio, y habéis rehusado un día dejaros corromper por piratas que os pedían que les entregaráis vuestro navio».

Para los asiáticos, la Reencarnación abraza al Universo entero, desde los dioses al hombre, pasando por los reinos inferiores, y el fin capital, único de la vida, es la redención de la Cadena de los Renacimientos, *Noksha*.

La interpretación de las escrituras ha dado lugar en la India á las sectas más numerosas y más extrañas, y es en ese país donde se debe buscar la raíz conocida ó desconocida de todos los sistemas políticos, filosóficos y religiosos; pero, dos árboles-reyes han dominado siempre en el centro de ese bosque: el árbol Kármico y el árbol Palin-genésico, y cuando la ola budhista demolió las castas y el extravagante ceremonial del Brahmanismo, conservó intacto el dogma de los Renacimientos.

Apesar de todo, esta grandiosa doctrina ha permanecido largo tiempo cubierta de velos, no habiendo juzgado útil, los Guardianes de las Verdades Esotéricas, presentarla en su brillante desnudez á una humanidad insuficientemente desarrollada á la que inculcaron la idea sin develar los detalles, hasta que llegó el momento, en los últimos tiempos, en que han entregado las llaves del santuario y la palabra del enigma por medio de su porta-voz, H. P. Blavassky. (1)

La transmigración en los animales es todavía aceptada corrientemente en la India; y ha contribuido con eficacia al desenvolvimiento de ese respeto extraordinario por la vida que se encuentra en el Oriente por todas partes y que la astucia de los Brahmas degenerados ha sabido explotar algunas veces en su propio provecho.

La idea de que un antepasado podría encontrarse en el cuerpo de un animal, impide en absoluto toda destrucción; el sacrificio mismo del hombre en beneficio de un hermano de la animalidad es considerado como una sublime virtud, narrando la leyenda que en una de sus anteriores encarnaciones, Buddha, el Señor de Compasión, se dió como pasto á una tigre hambrienta para que esta y sus pequeños no muriesen por falta de alimento.

La fé en la metempsícosis viene de las leyes de Manú cuya letra muerta parece enseñarla. Allí se encuentra la exposición de diferentes transmigraciones, castigos por diversas faltas. Por pecados materiales, se pasa á formas minerales y vegetales; por los cometidos por medio de la palabra, se trasmigra á cuerpos de pájaros ó de otros animales determinados; por faltas mentales, se sufre la reencarnación en una condición humana inferior; un sacerdote ébrio se convierte en un guzano; un ladrón de trigo, en un ratón, y el asesino de un brahma vuelve en el cuerpo de un perro, de un tigre ó de una serpiente.

Pero el esoterismo levanta el velo y nos muestra á los sabios del pasado ocultando, en ese sentido literal, absurdo, el proceso palin-genésico completo. Allí, en efecto, se distingue tres partes bien dis-

---

(1) Mesmer, Cagliostro y más particularmente el tan famoso como misterioso conde de St. Germain fueron sus mensajeros, en el siglo último; pero, los hombres no estaban todavía maduros, y sus esfuerzos no tuvieron sino resultados políticos y filosóficos.

La interpretación de las escrituras ha dado lugar en la India á las sectas más numerosas y más extrañas, y es en ese país donde se debe buscar la raíz conocida ó desconocida de todos los sistemas políticos, filosóficos y religiosos; pero, dos árboles-reyes han dominado siempre en el centro de ese bosque: el árbol Kármico y el árbol Palin-genésico, y cuando la ola budhista demolió las castas y el extravagante ceremonial del Brahmanismo, conservó intacto el dogma de los Renacimientos.

Apesar de todo, esta grandiosa doctrina ha permanecido largo tiempo cubierta de velos, no habiendo juzgado útil, los Guardianes de las Verdades Esotéricas, presentarla en su brillante desnudéz á una humanidad insuficientemente desarrollada á la que inculcaron la idea sin develar los detalles, hasta que llegó el momento, en los últimos tiempos, en que han entregado las llaves del santuario y la palabra del enigma por medio de su porta-voz, H. P. Blavassky. (1)

La transmigración en los animales es todavía aceptada corrientemente en la India; y ha contribuido con eficacia al desenvolvimiento de ese respeto extraordinario por la vida que se encuentra en el Oriente por todas partes y que la astucia de los Brahmas degenerados ha sabido explotar algunas veces en su propio provecho.

La idea de que un antepasado podría encontrarse en el cuerpo de un animal, impide en absoluto toda destrucción; el sacrificio mismo del hombre en beneficio de un hermano de la animalidad es considerado como una sublime virtud, narrando la leyenda que en una de sus anteriores encarnaciones, Buddha, el Señor de Compasión, se dió como pasto á una tigre hambrienta para que esta y sus pequeños no muriesen por falta de alimento.

La fé en la metempsícosis viene de las leyes de Manú cuya letra muerta parece enseñarla. Allí se encuentra la exposición de diferentes transmigraciones, castigos por diversas faltas. Por pecados materiales, se pasa á formas minerales y vegetales; por los cometidos por medio de la palabra, se trasmigra á cuerpos de pájaros ó de otros animales determinados; por faltas mentales, se sufre la reencarnación en una condición humana inferior; un sacerdote ébrio se convierte en un guzano; un ladrón de trigo, en un ratón, y el asesino de un brahma vuelve en el cuerpo de un perro, de un tigre ó de una serpiente.

Pero el esoterismo levanta el velo y nos muestra á los sabios del pasado ocultando, en ese sentido literal, absurdo, el proceso palin-genésico completo. Allí, en efecto, se distingue tres partes bien dis-

(1) Mesmer, Cagliostro y más particularmente el tan famoso como misterioso conde de St. Germain fueron sus mensajeros, en el siglo último; pero, los hombres no estaban todavía maduros, y sus esfuerzos no tuvieron sino resultados políticos y filosóficos.

tintas: la Resurrección, la Transmigración ó Metempsícosis, y la Reencarnación propiamente dicha.

La Resurrección se aplica á los *átomos de vida* cuya función está confinada especialmente á los cuerpos físicos y á las otras envolturas inferiores de los seres; la Transmigración hace alusión á las peregrinaciones de sus principios Kármicos (1), y la Reencarnación está reservada al Ego inmortal, al Manas superior de que hablan los maestros orientales.



El hombre físico es una especie de polípero, un género de isla madreporica semejante á esas tierras que emérgen de las olas del Pacífico bajo los esfuerzos que aglomeran organismos inferiores. Los más voluminosos de esos agregados son conocidos de la fisiología bajo el nombre de micróbios, bacterias, bacilos; pero, entre ellos, nuestros microscópios no descubren más que los mónstruos por el volúmen, «aquellos que son á los organismos infinitesimales ordinarios como el elefante es al infusorio invisible.» (H. P. Blavatsky).

Cada célula material es un ser completo; su alma es un rayo pránico (2) y su cuerpo está compuesto de moléculas que son asimiladas y excretadas, aspiradas y después arrojadas, mientras que el alma celular se mantiene inmutable en ese incesante cambio material.

Las moléculas están ellas mismas animadas por un alma vital,—*átomo de vida*—ligada al alma celular, la cual es tributaria, á su turno, de una chispa más elevada del Prana (principio vital) colectivo del cuerpo humano.

Estos seres infinitesimales penetran en el cuerpo por las vías digestiva, pulmonar y cutánea, nos atraviesan tan libremente como el agua imbebe á una esponja, circulan en los canales orgánicos y sufren la acción de las fuerzas psíquicas, mentales y espirituales, impregnándose allí de un soplo de bien ó de mal. Entran y salen de las células con una gran rapidez, pues sus ciclos de actividad y de reposo son sumamente cortos y se repiten sin tregua. Emanamos incesantemente millones de «Vidas», que, acto continuo, son atraídas hacia los diversos reinos de la Naturaleza y allí transportan las energías que han condensado en nosotros; imprimen á sus nuevos organismos las tendencias que les hemos dado y van á ser así fermentos de regeneración ó de destrucción; ayudan ó retardan, manchan ó purifican. Nos es, pues, indiferente vivir en medio de

(1) *Karma* es el conjunto de pasiones, apetitos, instintos y deseos en el hombre.

(2) *Prana*—Se llama á la Vida universal.

hombres ó de animales, con malvados ó con santos, con ébrios ó con personas temperantes, en una ciudad ó en la campaña.

El animal gana cerca de los humanos; el hombre pierde cerca de los animales, y es por eso que los discípulos de las escuelas iniciáticas orientales son cuidadosamente aislados de todo contacto inferior.

Son esas fuerzas materiales las que entran en juego en la realización de una acción física, pecado material de Manú; y cuando después de la muerte, la envoltura exterior del hombre se desorganiza, ellas escapan á la fuerza atractiva del *Linga-Sarira* (cuerpo astral) y de *Prana* (principio de vida) y vuelven á ser arrojadas al medio terrestre común, donde siguen la acción de las corrientes magnéticas ambientes; corrientes que las atraen ó las rechazan y operan así esa admirable selección que las conduce hácia organismos que les son afines.

No hay obstáculos para la carrera de esos átomos; atraviesan los cuerpos físicos con la mayor facilidad, y el féretro metálico no es una barrera para su extrema subtilidad.

Se unen á las moléculas materiales de los minerales, de los vegetales, de los animales y de los hombres,—se encarnan «en las formas físicas», dice Manú,—y cuando suena la hora de la Reencarnación del Ego al cual le formaron antes una envoltura, la antigua y fuerte atracción los conmueve en el fondo de los seres en quienes actúan entonces y son conducidos de nuevo invisiblemente desde los cuatro puntos cardinales hacia el reciente cuerpo en formación.

«La doctrina de la metempsícosis no es cierta sino para los átomos ó emanaciones del hombre, no solo después de su muerte sino durante toda su vida. El sentido esotérico de ese pasaje de Manú, que dice que «el Brahmanicida entra en el cuerpo de un perro, de un oso, de un asno, de un camello, etc...» no se aplica al Ego humano, sino únicamente á los átomos del cuerpo, á la triada inferior (1) y á sus emanaciones fluídicas.

«Cuando Sakya-Muni (Buddha) dijo á sus Bikshus, mostrándoles una escoba, que ésta fué en otro tiempo un novicio que descuidó barrer la sala de reuniones, en lugar de acusar de idiota superstición al sabio más grande del mundo, sería mejor tratar de comprender lo que significaba esa palabra alegórica. El efluvio magnético es algo de material, de substancial, bien que invisible é imponderable; el fluido magnético proyectado por un cuerpo humano, es la vida misma. Son átomos de vida lo que un hombre cegado por la pasión arroja inconscientemente hácia afuera. Que una persona se deje

(1) Cuerpo grosero, doble astral y principio vital.

Herodoto nos dice que «los egipcios fueron los primeros en difundir la teoría de la inmortalidad del Alma; enseñaban que cuando ella deja un cuerpo, entra en otro pronto para recibirla, y que después de haber recorrido todas las formas creadas sobre la tierra, en el aire y en las aguas, vuelve á un nuevo cuerpo humano nacido para ella. Ese ciclo exigiría 3000 años para su terminación».

La doctrina egipcia admitía la Caída de los Angeles; los demonios caídos eran las almas de los hombres y se reencarnaban hasta obtener su completa purificación. El juicio de la otra vida decidía del grado de pureza alcanzado, y cuando esta resultaba insuficiente el alma debía volver á la tierra para habitar allí, según sus méritos ó sus faltas, una forma humana, animal ó vegetal.

La enseñanza comprende aquí, como en la India, la exposición de la palingenésia especial á los diversos principios. El ternario inferior resucita, el hombre-animal (*Kama-Manas*) transmigra y el hombre divino (*Manas superior*) se reencarna.

La fé en la resurrección creó el embalsamamiento. El pueblo lo practicaba creyendo que al cabo de 3000 años el Alma volvería al mismo cuerpo, cuando se le hubiera conservado, y que en el caso contrario, entraba donde podía,—á veces en una criatura malvada: conocía el lazo magnético que persiste entre el Alma desencarnada y su despojo terrestre, y conservaba este último con la esperanza de que ese vínculo superior impediría la trasmigración hácia formas inferiores.

Las verdaderas razones de esta práctica no son conocidas más que de los iniciados. En el origen, el embalsamamiento estaba solo reservado para los Hierofantes, á fin de permitir el paso de sus elementos moleculares en los cuerpos todavía groseros de los hombres ordinarios y ayudarles por el potencial magnético benéfico de aquellos seres divinizados.

En la India, los cuerpos de los Yoguis, (1) son inhumados aún, mientras que para los hombres ordinarios la cremación es la regla. Además, la mómia establecía entre el Hierofante desencarnado y la tierra que acababa de dejar una relación que facilitaba la acción de este sobre los elementos astro-físicos de nuestro plano.

«Durante tres mil años, por lo menos, dice H. P. Blavatsky. la mómia, apesar de todas las preparaciones químicas, continúa emitiendo invisibles átomos que, desde el instante de la muerte, vuelven á entrar en los diversos torbellinos del ser y pasan por todas las variedades de la vida orgánica. Lo que así transmigra no es el alma, sino los «átomos de vida». Al cabo de 3000 años, algunas veces más,

(1) Santos. N. de la D.

guiente inscripción en griego: «¡Yo soy la Resurrección!» Esta diosa-sapo se vé todavía en el Museo de Bulaq, en el Cairo.

El escarabajo simbolizaba la Metempsícosis. Su nombre, *Khopi-roo*, viene de la raíz *Koproo*: volver á ser, renacer. (H. P. Blavatsky). Siempre se colocaba junto á la mómia cierto número de ellos. Recordaba especialmente el renacimiento de los elementos constitutivos del Alma personal, lo que en Teosofía se llama: Kama-Manas.

«La inteligencia libertada que recupera su envoltura luminosa y vuelve á ser un Daimon» (Maspero), es el Manas superior, nos dice H. P. Blavatsky; el alma que aspira á la Osirificación, es el Yo personal, Kama-Manas; i la parte de ese yo personal que puede osificarse, es decir unirse á su Dios (Manas superior), permanece con él durante la Eternidad y le «compaña durante sus reencarnaciones. El Escarabajo acompaña invariablemente á las inscripciones tumulares que dicen que el Ego personal «desea la resurrección de su Alma viviente» ó *Manas superior*.

En fin, el más elevado y el más sugestivo de los símbolos palingenésicos egipcios es sin contradicción el que representa la Reencarnación del Ego superior: «El difunto es «resplandeciente en el huevo de la tierra de los misterios» (Ritual Z. XII. I.) En el *Edipus Egyptiacus* de Kircher (Vol. III. pág. 124) se vé un huevo flotando sobre la mómia; «es el simbolo de la esperanza y de la promesa de un *segundo nacimiento* para el muerto *Osirificado*: su Alma, después de haberse purificado en el Amenti, operará de nuevo su gestación en ese huevo de inmortalidad y renacerá sobre la tierra. El «globo alado» no es sino otra forma del huevo y posee la misma significación (H. P. B. *Doctrina Secreta*). Los «huevos de Pascua» no son más que un signo conmemorativo degenerado de aquél simbolo de la Vida eterna en sus dos fases de «Caida» y de «Ascensión», de Redención y de Reencarnación.



Se dice que los Magos enseñaban la inmortalidad del alma y sus reencarnaciones, pero que limitaban considerablemente estas últimas, creyendo que después de un pequeño número de existencias la purificación concluía y el alma volvía á ganar la mansión celeste. Desgraciadamente nada de preciso tenemos sobre este punto esencial de la doctrina caldea, pues las más seguras fuentes de información fueron destruidas por Alejandro, el gran Vándalo macedonio, mientras que Eusebio, aquél á quien Bunsen llama «el Principe de los Padres embusteros y de los escritores poco honrados», ha alterado tan profundamente los manuscritos de Berosio que nos encon-

tramos en presencia de fragmentos más ó menos desfigurados. Sin embargo, el Magismo no es un cuerpo de doctrinas insignificante; doce Zoroastros precedieron á aquél que ha sido llamado el «Divino», y el Esoterismo entero era conocido en Caldea como en Egipto.

Fué de Babilonia de donde los Judíos sacaron sus Escrituras, (excepto el Génesis) durante su cautividad, y como el Zoroastrismo es el hijo directo de Vedismo, no debemos sorprendernos al encontrar que la Biblia es una cópia abreviada, pero casi palabra por palabra, de Manú.

Los Suffis,—descendientes de los Adoradores del fuego, Mazdeístas, Magos, Parsis, según los nombres dados en diversas épocas al Caldeísmo,—han conservado hasta nuestros días los puntos cardinales del Ocultismo y sus mitos los exponen algunas veces en una forma oriental encantadora.

El Libro IV del gran poema persa, Masnawi-Manwí, trata de la Reencarnación y de la Evolución, y dice que el único medio de obtener la memoria de las existencias pasadas es el de alcanzar la Iluminación espiritual, ó Comunión mística, también denominada Estado de Buddha:

«Si vuestra alma purificada consigue emerger del mar misterioso de la ignorancia, verá, con sus ojos abiertos, el Principio y el Fin. Viene primeramente al reino mineral, entra después en el reino vegetal, queda allí durante muchas edades y olvida en todo ese tiempo que habitó en el reino mineral; cuando del reino vegetal pasa al animal, pierde la memoria de su estado vegetal.

«Por fin, el Creador que conoceis la saca del reino animal para encarnarla en la humanidad».

«Es así que ella viaja de mundo en mundo y que hoy ha alcanzado la razón. No recuerda más las anteriores etapas de su inteligencia y debe elevarse en el porvenir encima de su estado intelectual presente, libertarse de los deseos, de la avaricia, y experimentar millares de grados extraordinarios de inteligencia. Aunque haya dormido sobre el pasado y haya perdido la memoria, no puede quedar indefinidamente en ese olvido. Saldrá del sueño y al despertar se reirá de su estado pasado, diciendo: ¡En que triste posición me he encontrado durante mi sueño! ¿Porqué he olvidado el estado real de las cosas? ¿Porqué no he sabido que penas y sufrimientos eran el fruto de las acciones y de los errores cometidos durante mi sueño? (es decir durante la actual vida terrestre)». (Departamento oriental, Nueva Série. Vol. I, N<sup>o</sup> 4).

La Enseñanza esotérica integral se vuelve á encontrar en Grecia, con el gran Iniciado Pitágoras, discípulo de los Hierofantes del Egipto y también, según Apuleo, de los Gymnosofistas Indios. Como todos los grandes instructores antiguos, arrojó el velo sobre la doctrina palingenésica, y así se ha creído generalmente que enseñaba la metempsicosis; pero sus discípulos, depositarios del secreto, han protestado con frecuencia contra este error. «Las vías del Señor no pueden ser justificadas sino por la metempsicosis», dijo primeramente Hiérocles; enseguida, ocupándose de los Versos dorados, se explica añadiendo: «... Aquel que cree transmigrar después de la muerte en un cuerpo de bestia ó de planta, se engaña groseramente ó ignora que la forma esencial del alma no puede cambiar: ella es y permanece humana, siéndo solo por metáfora que se dice que la virtud hace un dios y el vicio un animal».

La doctrina pitagórica hacía emanar el alma humana (*Manas*) del alma del mundo (*Mahat*). Afirmaba, pues, la esencia divina de aquella y admitía que al dejar un cuerpo tomaba otro y efectuaba de esa manera la série de sus renacimientos hasta el fin del Ciclo de necesidad.

Se dice que Pitágoras recordaba haber sido sucesivamente el heraldo Atalises, Euphorbo el Troyano, Hermotimio de Clazomenes; que reconoció en Argos el escudo de que se sirvió (cuando fué Euphorbo) contra Patroelo, durante la guerra de Troya, y que distinguió, unida á un trofeo de guerra, en el templo de Juno, la lanza de Atrides que le había antes dado la muerte.

«Es una creencia muy antigua, dice Sócrates, en *Phedra*, que las almas, al dejar este mundo van al Hades y que vuelven de nuevo sobre la tierra, más tarde, apareciéndose á la vida después de la muerte... Es cierto que los vivos nacen de los muertos, que las almas de los muertos reviven aún.....».

En Platón, la Reencarnación está expuesta en el último Libro de la *República*, en el *Timeo*, en *Phedra*, y sobretudo en *Phadón*: no se encuentra allí la claridad teosófica, pero la doctrina está netamente enunciada y suficientemente detallada:

«El alma es más antigua que el cuerpo,» dice. (*Preexistencia*). «Las almas renacen sin cesar del Hadés, para volver á la vida actual».

Cada alma tiene su demonio (*Manas*) que le sigue en la série de las existencias, le conduce en el mundo inferior (*Kama-Loca*), después de la muerte, para sufrir allí el Juicio (*Separación del Ego de la Personalidad*).

Muchas almas van al Aqueronte, y después de un tiempo más ó

en él solo el Génesis es de una inmensa antigüedad, siendo anterior á la época en que la Balanza zodiacal fue inventada por los Griegos; se apercibe que los capítulos de las genealogías han sido retocados para adaptarlos al nuevo Zodíaco, y es por esto que los rabinos compiladores han repetido dos veces los nombres de Enoch y de Lamech en la lista caínica (H. P. B.)

Las otras partes son de fecha relativamente reciente y parecen haber sido acabadas hácia el año 150 antes de Jesu-Cristo. La primera cópia del *Libro de Dios*, como se le llamaba entonces, fué hecha por Hilkiáh de concierto con la profetiza Huldah; desapareció más tarde, y Ezra debió recomenzar una nueva Biblia que no fué terminada sino por Judas Macabeo.

Cuando se volvió á copiar para cambiar las letras puntiagudas en letras cuadradas, fué completamente desfigurada, y por fin los Massoretas acabaron su destrucción; de suerte que tenemos hoy un texto que no tiene más de 900 años, lleno de omisiones, de interpolaciones y de premeditadas perversiones. (H. P. B.)

La *Biblia hebráica verdadera*, era un volúmen secreto, desconocido de las masas: el Pentateuco Samaritano es mucho más antiguo que el Septuaginto ó Versión de los Septante. Fué bajo Ptolomeo II Philadelpho,—ó mejor dicho, antes de Ptolomeo Sotero,—que 72 intérpretes tradujeron el antiguo Testamento del hebreo al griego, bajo los auspicios del Sanhedrin Judío de Egipto. (H. P. B.)

El libro entero del Génesis no es, hasta la muerte de Joseph, sino una versión apenas alterada de la Cosmogonía Caldea, como lo prueban superabundantemente hoy las tejas asirias. Los capítulos de introducción (los tres primeros) son la cópia de las narraciones alegóricas de los «Principios», comunes á todas las naciones; el capítulo IV contiene la narración de la historia de la tercera Raza, aquella que hizo la «Caída»; el V es un «velo», y ambos no son, por otra parte, más que una adaptación de la misma exposición dada en el Libro secreto de los Números; el VI describe el año solar; los siete *Cosmocratores* del Pymandro egípcio, y las visiones simbólicas de una série de *Enoichioi* (videntes),—de donde vino el Libro de Enoch; el capítulo VII es solo una versión del primero. (H. P. B.)

Salvo el *Génesis*, que es esoterismo puro, la historia bíblica de los Judíos no es otra cosa que una compilación de hechos históricos, tomados á otros pueblos y vestidos á la Hebrea; una pura reminiscencia de la cautividad de Babilonia, en la cual los nombres de los lugares, de los hombres, y hasta de los objetos, pueden aplicarse á los de los Caldeos y de los Akkadíanos. El comienzo del Exodo y la historia de Moisés son la historia del Sargón babilónico que reinó 3750 años antes de J. C. y precedió al legislador hebráico

de 3300 años, como lo demuestra la inscripción encontrada sobre el cilindro de fundación dejado por Nabónidus, rey de Babilonia, vencido por Cyrus. (H.P.B.)

El Antiguo Testamento no trata, pues, en ninguna parte de los Renacimientos,—de un modo especial, al menos; además,—está lleno de «velos», alusiones y alegorías. Los rabinos hebreos lo reconocen abiertamente: «No se debe ni comprender, ni juzgar según la letra lo que está escrito en el libro de la Creación, ni tener respecto de él las ideas que tienen muchos hombres; sino nuestros antiguos sabios no nos habrían recomendado ocultar tan cuidadosamente el sentido y no levantar por ningún motivo el velo que cubre las verdades que él contiene... Tomado al pié de la letra, dá de la Divinidad las ideas más absurdas y más extraordinarias... Cualquiera que descubriera el sentido, deberá guardarse de divulgarlo. *Maimónides*. San Agustín es de la misma opinión, y San Pablo ¿no dice que Agar es el Monte Sinaí? Orígenes confiesa que todo es simbolo en esta Biblia, que, sin eso, sería inmoral é indigna de Dios. Igual cosa sostiene Philón. Solo la ignorancia ha podido hacer aceptar la letra muerta, generalmente inmunda, de ese libro, que la ley Judía prohibía leer antes de la edad de 30 años y que Fenelón hubiera querido ver confinado en el fondo de las bibliotecas secretas.

Apesar de todo, la Reencarnación se encuentra allí, implicada en la «Caida del Hombre» y en la promesa de su Redención. No es un hombre aislado quien peca, pues Adam y Eva son la humanidad del fin de la tercera Raza, después de la separación de los sexos, raza que inaugura el procedimiento físico de la creación y que está condenada á ganar su pan con el sudor de su frente. La Serpiente tentadora (*Kama-rupa*) está maldita, Dios hace al hombre la promesa de un Redentor (*Buddhi-Manas*). Esta Redención no puede operarse sino por medio de existencias sucesivas. En nuestros días aún, la Serpiente domina, como antes, á la mayoría de los humanos; aquellos que están suficientemente libertados han abandonado la materia para complacerse en los goces mentales; solo una ínfima minoría se encuentra bastante manumitida para ver el vacío de la materia *Kama* y el del intelecto *Manas inferior* y para buscar la sombra del Redentor, del Cristo encarnado en cada hombre.

La Caida y la Redención no tienen otro sentido, y los que no lo reconocen admiten lo absurdo.

Sin embargo, diseminados en varias partes, se encuentran algunos pasajes que indican más directamente la ley de los Renacimientos. Se dice, por ejemplo, en el Génesis, cap. XXV:

22. Pero los hijos de (Rebeca) se combatían en su vientre...

23. I el Eterno le dijo: Dos naciones están en tu vientre y dos pueblos saldrán de tus entrañas y serán enemigos. Uno de esos pueblos será más fuerte que el otro, y el más grande servirá al más pequeño.

24. I cuando llegó el tiempo en que ella debía alumbrar, había dos mellizos en su vientre, (Esaú y Jacob).

Este pasage ha sido objeto de largos comentarios de parte de muchos Padres de la Iglesia, particularmente de Orígenes. O es preciso admitir la injusticia de Dios, que crea, sin razón, dos hermanos enemigos, de los cuales el uno debía sufrir el yugo del otro y que comienzan la lucha desde el vientre de la madre, ó volver á la preexistencia del alma y á la anterioridad de un Karma que establece la desigualdad de las Condiciones.

David comienza el *Salmo 90* por un versículo inexplicable sin la fé en la Reencarnación:

1. Señor, tu has sido, para nosotros, un refugio de edad en edad...

El refugio del alma (*Rayo Manásico*), cuando la muerte llega, está en el seno de ese Dios—hácia el cual ella sube y al abrigo del cual goza del Devakán (1). Cuando suena la hora del Renacimiento, vuelve á descender sobre la tierra, y es así que, de edad en edad (*de existencia en existencia*), «el Señor es para nosotros un refugio».

Salomón es todavía más explícito en el Capítulo IX del *Libro de la Sabiduría*:

15. Yo era un niño ingénuo y recibí un alma buena; aun más, como era bueno vine al mundo en un cuerpo puro.

Lo que claramente indica la preexistencia del alma, (*Yo era un niño ingénuo*); la de un Karma especial (*Yo era bueno*), y la relación estrecha entre las condiciones de los renacimientos y los méritos ó desméritos del pasado (*Yo recibí un alma buena, y como era bueno vine en un cuerpo puro*).

En el capítulo tercero de los *Proverbios*, el discurso alegórico de la Sabiduría,—el Alma Divina,—expone también la Preexistencia y

(1) Cielo.

la Reencarnación; la doctrina está allí velada, pero es muy posible que una mano cristiana haya desfigurado voluntariamente el pasaje.

Hé aquí el texto:

27. Desde la eternidad fui yo ungida, desde el principio, antes que existiera la tierra.

28. Cuando no había abismos, fui dada á luz; cuando no había manantiales abundantes en aguas. (*Preexistencia*).

29. Con el escudo yo por ama, regocijándome delante de él en todo tiempo. (*Preexistencia*).

30. Regocijándome en su tierra habitada, siendo mis delicias el estar con los hijos de los hombres. (*Encarnación*).

El alma es eterna; rayo de lo Absoluto, comienza y concluye en él. Ella es, pues, anterior á los mundos, los cuales no son sino chispas que brillan un instante en la Eternidad para apagarse casi inmediatamente en lo Infinito. «Nodriz» de Parabrahm, (1) ella se «regocija en su seno», durante Pralayas (2) universales; y durante los períodos de encarnación goza de un placer relativo sobre la tierra entre los hombres, sus hermanos. (*Regocijándome en su tierra habitada, siendo mis delicias el estar con los hijos de los hombres*).

El Versículo 5.º del primer capítulo de *Jeremías* es completamente semejante al capítulo XXV del Génesis:

5. Antes que yo te formase en el seno de tu madre, te he conocido; antes que tu hubieses salido de mi seno, te he santificado y te he establecido profeta entre las naciones. . .

Aquí no se puede contestar la enseñanza de la Preexistencia del alma: «Antes que yo te formase en el seno de tu madre, te he conocido». La Reencarnación sigue como corolario, y los frutos del Karma de Jeremías le acompañan á su regreso á la tierra. «Antes que tu hubieses salido de mi seno (*Devakan*), te he santificado y te he establecido profeta entre las naciones».

Dios no hubiera podido conferirle el dón de profecía, si aquél no lo hubiese adquirido por su desenvolvimiento espiritual en una vida pasada,—á menos de abdicar toda razón y de convertirse en un Dios personal, caprichoso é injusto y, por consecuencia, imposible.

\* \* \*

(1) El Principio Supremo y Absoluto impersonal y sin nombre. N. de la D.

(2) Períodos de reposo de un Universo que corresponden á los grandes ciclos de manifestación. N. de la D.

Filón adoptó las ideas corrientes en la versión platónica y popularizó una teoría mucho más completa de la preexistencia y de las reencarnaciones, admitiendo diversas jerarquías en las almas: «Las unas entran en los cuerpos humanos por un tiempo determinado, después del cual son libertadas de los lazos terrestres; otras se encarnan atraídas hacia el cuerpo y hacia la tierra por sus inclinaciones; algunas son redimidas en ciertas épocas fijadas por una ley sobrenatural. Aquellos que, como Moisés, han adquirido la sabiduría, viven lejos de su patria».

«Hay almas que dejan voluntariamente el cielo, desecoras y curiosas de conocimientos; descienden sobre la tierra, habitan cuerpos mortales, después vuelven á ganar el cielo al que llaman la patria por oposición á la tierra que es el destierro».

\*\*\*

Los Kabbalistas hebreos denominaban al ciclo de los renacimientos *Géspodes* (1) ó el «Turbellón del Alma» en busca de la «Tierra Prometida». Esta tierra prometida era el *Nirvana* budista, el Paraíso cristiano, representado materialmente por la Palestina. La alegoría decía que los cuerpos de los Juevos inmundos en una tierra extranjera contenían en ellos un principio anímico que no podía encontrar reposo sino cuando, por un proceso llamado «el turbellón del alma», la partícula inmortal había reintegrado el suelo sagrado de la «Tierra Prometida».

Algunos Kabbalistas creían que esta «Evolución» no era más que una especie de Purgatorio en el cual se operaba la depuración del alma antes de su entrada al Paraíso, pero H. P. Blavatsky nos enseña que, en el lenguaje de los Iniciados, «almas» y «átomos» eran sinónimos, empleándose generalmente un término por el otro, y que la «Evolución de las Almas» no era en realidad sino el *evolúmeno* de los átomos de los cuerpos, los que, partiendo del estado *nétra*, — *Laya*, — pasaban por todos los planes, por todos los reinos, por todas las formas, y regresaban finalmente al mismo estado *laya* primitivo, enriquecidos con las adquisiciones evolutivas del pasado.

El *Géspodes* sería, pues, propiamente hablando, el ciclo de la transigración anímica; la *Resurrección*, — aunque, al principio, expresaba la Reencarnación del alma humana; es lo que significaba esta frase: «Todas las almas van al Géspodes».

\*\*\*

El *Talmud* nos dice que el alma de Abel pasó al cuerpo de Seth, y de éste al de Noisés.

Todas las almas, agrega el *Zohar*, están sometidas á las pruebas

1) *Zohar*, II 99. Citado en la *Kabbalah de Kppen*, p. 106.

de la transmigración. Los hombres no conocen las vías del Muy Alto respecto de ellos; ignoran por cuantos sufrimientos y misteriosas transformaciones deben pasar, y cuán numerosos son los espíritus que, viniendo á este mundo, no vuelven al palacio de su divino rey. Las almas deben, finalmente, sumergirse de nuevo en la substancia de donde han salido, pero, antes de ese momento, deben haber desarrollado todas las perfecciones cuyo gérmen está en ellas plantado. Si esas condiciones no son realizadas en una existencia, aquellas tienen que renacer hasta que hayan alcanzado el grado que hace posible su absorción en Dios.

Las encarnaciones, según la Kabala, se realizan en largos intervalos, las almas olvidan enteramente el pasado, y, lejos de ser un castigo por las faltas, los renacimientos son una bendición que permite á los hombres purificarse.

\*  
\*\*

El Nuevo Testamento es mucho más explícito que la Biblia, aunque la enseñanza reencarnacionista no sea dada sino de una manera indirecta. Pero no debemos olvidar que los Evangelios Canónicos no fueron agregados sino después de haber sufrido todos los cortes y todas las interpolaciones necesarias, estando averiguado que los primeros Padres de la Iglesia se sirvieron de evangelios hoy perdidos ó convertidos en apócrifos. Se tiene la prueba de que, ni Jesús, ni sus apóstoles, han escrito una sola palabra y de que ninguna versión evangélica ha visto la luz antes del siglo dos. (Fausto). Fué recién entonces que las querellas religiosas hicieron salir de la nada centenares de evangelios que sus autores firmaban con el nombre de un apóstol y hasta con el de Jesús, después de haberlos forjado por medio de una compilación más ó menos inteligente.

Celsus, Jortino, Gibbons y otros han demostrado que el cristianismo es el hijo directo del Paganismo, siendo por la amalgama de las leyendas populares, de las fábulas y de las narraciones de Homero, de Virgilio, de Ovidio, y sobre todo por lo que se tomó de las doctrinas neo-platónicas, que fué construída la leyenda cristiana. Celsus, el Maniqueo, cerró la boca á todos los doctores cristianos de su época, mostrándoles la evidencia de ese plágio y aunque se le opuso á Orígenes, al que se consideraba como al Doctor más instruído de su siglo éste no fué más feliz, quedando la victoria por el primero. Recurrióse entonces al medio habitual de esa época y se quemó los libros de Celsus.

Es, sin embargo, manifiesto que el autor de la *Revelación* fué un Kabalista, y el del evangelio de San Juan un Gnóstico ó un Neo-Platonista.

El evangelio de Nicodemo no es más que la copia del *Descenso de Hércules á los Infernos*, la Epístola á los Corintios una clara reminiscencia de los misterios iniciáticos de Eléusis, y, en general, San Pablo, un éco de Platón. El Ritual Romano mismo, es solo la reproducción del Ritual Kabalista, etc. (H. P. Blavatsky).

Un solo evangelio era auténtico, el evangelio secreto ó hebreo de Mateo, del cual se servían los Nazarenos y que contenía el esoterismo de la Religión-Una. San Gerónimo lo encontró en la librería de Cesarea y «recibió de los Nazarenos de Berœa el permiso de traducirlo», dice, hácia el fin del siglo IV. San Justino, Ticiano, los Ebionitas, se servían de él, y sin embargo, dice San Gerónimo «no es para la edificación del cristianismo, sino para su destrucción».

Estas consideraciones prueban que las largas manos de Eusebio y de Ireneo han debido continuarse en las narraciones de la vida de Jesús, en el caso de que aquellos no forjasen todo; además, el modo como esos evangelios fueron escogidos y adoptados, durante el Concilio de Nicea, concluye por quitarles todo valor.

No debe sorprender, pues, el que no se encuentre en el Nuevo Testamento sino vestigios sin importancia del monumento palingénésico, pero, esos vestigios mismos no son de desdeñar porque prueban que la doctrina era ámpliamente conocida y aceptada en Palestina.

#### Marc. VI.

14. El rey Heródes habiendo oído hablar de Jesús, dijo: Ese Juan que bautizaba ha resucitado de entre los muertos...

15. Otros decían: Es Elías, y otros decían: Es un profeta ó un hombre semejante á los profetas.

16. Pero Heródes dijo: Es aquel Juan á quien hice decapitar, y que ha resucitado de entre los muertos.

#### Mateo. XIV.

1. En ese tiempo, Heródes el tetrarca oyó lo que se publicaba de Jesús...

2. Y dijo á sus servidores: Este es Juan Bautista que ha resucitado de entre los muertos.

#### Lucas IX.

7. Sin embargo, Heródes el tetrarca oyó hablar de todo lo que Jesús hacía, y quedó muy apenado porque los unos decían que Juan había resucitado de entre los muertos,

8. Y otros que Elías había aparecido, y otros que alguno de los antiguos profetas había resucitado.

9. Y Heródes decía: Yo he hecho cortar la cabeza á Juan ¿quién es, pues, aquél de quien oigo decir cosas tan bellas?

Esta narración prueba que el pueblo, lo mismo que Heródes, creía

*Juan VI. 62.* ¿Qué pensaríais, pues, si vierais al Hijo del Hombre subir á donde antes estaba?



Todo hombre es á la vez hombre, Cristo y Dios, y es á la naturaleza humano-divina de Jesús que Pablo hace alusión cuando habla del «Misterio del Cristo que no ha sido descubierto á los hijos de los hombres en los tiempos pasados.» (*Efésios III. 3.*) y «ruega á Dios de acordarle la gracia de hablar libremente y con atrevimiento para hacer conocer el misterio del Evangelio.» (*Efésios VI. 19.*)

El «Misterio del Evangelio» no es que Jesús sea el Logos encarnado, pues eso no es un misterio, y la Iglesia pretende que todas las profecías anuncian el hecho con la mayor claridad; es, en realidad, que Jesús tenía consigo el Maná superior, el Cristo redentor, y que él era el símbolo de ese Principio.

La Revelación, libro esotérico por excelencia, completa esta enseñanza y la ilumina confirmando la Resurrección:

*Revelación, III. 12.* A aquél que vencerá le haré una columna en el templo de mi Dios, y no saldrá jamás...

En otra parte se dice que el que ha vencido es aquél «á quién dará la estrella de la mañana.» (*Revelación, II. 28.*) Es decir: aquél que haya vencido al hombre animal, será unido por la Comunión mística al brillante Lucifer, simbolizado en la Revelación por el planeta Venus, «la estrella de la mañana.» Y Lucifer no es el Demonio, como lo enseña erróneamente la Iglesia, es Jesús mismo, el Redentor:

*Revelación, XXII. 16.* Yo, Jesús, soy la estrella brillante de la mañana.

Otro versículo caracteriza netamente la naturaleza de la victoria y su precio:

*Revelación, II. 17.* Al que venciere le daré á comer del maná escondido y le daré una piedra blanca sobre la cual estará escrita una palabra que nadie conoce sino aquél que la recibe.

El Maná escondido, es la Ambrosia de los Griegos, el Kytéon de los Misterios de Eléusis, el Boma de los Indios, la Eucaristía de los Cristianos, el brebaje sagrado dado á los discípulos en el momento de la Initiación.

Tenía por símbolo á la Luna y daba la sabiduría oculta, la clarividencia divina, la Inspiración transcendente.

La Piedra Blanca no es otra que la alba petra, la carmelitana blanca, la Calcedonia ó piedra de la Initiación que se daba al candidato que había sufrido con éxito todas las pruebas preliminares. (H. P. B.) La Palabra escrita sobre la piedra, es la Palabra Sagrada, la «Palabra perdida» que Swedemborg nos aconseja buscar entre los hiero-

antes de la Tartaria y del Tibet,—aquellos á quienes los teósofos llaman los Maestros,—y que no es plenamente revelada sino á los Iniciados.

«Aquél que vencerá es, pues, el discípulo pronto para ser iniciado; es de él que se hará una columna en el templo de Dios. La Columna significa Buddhi-Manas, en Esoterismo: el hombre divinizado redimido, rescatado, que no pasará más por la rueda de los Renacimientos y no saldrá ya nunca del Cielo Nirvana, como lo dice la *Revelación* (III. 12). Es cierto que parafraseando los versículos de los dos Testamentos á la luz del Esoterismo teosófico, la letra muerta, absurda generalmente, repugnante é inhumana (en la Biblia) algunas veces, queda iluminada con brillo inesperado y dá razón á estas palabras del gran rabino Maimónides:

«Cada vez que en nuestros libros encontréis una fábula que os parezca imposible, una historia repugnante para la razón y el buen sentido, estad entónces seguros que esa fábula contiene una profunda alegoría cubriendo una verdad misteriosa; cuando más absurda es la letra, más profunda es la sabiduría del Espíritu.»

A su turno, el más erudito de los Padres de la Iglesia, Orígenes, añade:

«Las escrituras no tienen valor alguno para aquellos que no comprenden más que la letra, y la fuente de muchos males se encuentra en la apreciación de su parte carnal y exterior; aquellos que así proceden no obtendrán el reino del Cielo; busquemos, pues, el Espíritu y los frutos alimenticios del Verbo, los cuales son ocultos y misteriosos.»

San Gerónimo, en su epístola á Paulino, continúa en igual sentido:

«Escuchad, hermano mio, y sabréis que camino debéis seguir en el estudio de la Santa Escritura. Todo lo que leís en los libros divinos es luminoso y brillante (?) exteriormente, pero mucho más sabroso es el corazón. El que quiera comer el núcleo debe romper la cáscara.»

Es por haber perdido el Espíritu de sus Escrituras que los Cristianos no han presentado al mundo,—después de su separación con los Gnósticos,—más que el cadáver de la Religión Universal.

El gran cuerpo filosófico que volvió á unir el antiguo mundo al nuevo, fué la famosa Escuela de Alejandria, fundada hacia el segundo siglo de nuestra era por Ammonius Saccas y cerrada en 529 por la intolerancia cristiana de Justiniano. Escuela teosófica por excelencia, recogió de Platón el esoterismo oriental y egipcio y el dogma de los Renacimientos fué allí enseñado en toda su integridad, aunque la ignorancia de las masas haya podido disfrazar su significación.

En el «*Descenso del alma*», Plotino dice: «El Alma que no obedece

á la Ley universal cae en el cuerpo, donde está embarazada por los sentidos y como encerrada en una tumba... Las almas tienen una naturaleza anfibia, viven alternativamente en una condición superior é inferior (*Vida devacánica* después de la muerte, y *vida terrestre* después de la Reencarnación). (1) Aunque divina por su origen el alma se sumerge en el sombrío receptáculo corporal; adquiere allí el poder, la conciencia de sí misma y el conocimiento del bien y del mal, lo que le sería imposible si no hubiese tomado una forma corporal. Esta operación se efectúa en el curso de los ciclos, y la naturaleza inferior se cambia en la naturaleza superior. (Transmutación del hombre animal, *Kama-Manas*, en hombre divino, *Buddhi Manas*). El alma no se encarna completamente, sino solo en parte; la parte superior (*Manas superior*) contempla el combate de su parte (*Manas inferior*) encarnada en el mundo sensible. Cada alma posee algo que la inclina hácia el cuerpo (*Kama-Rupa*) y algo que la eleva hacia el intelecto (*Buddhi*). El alma es universal; la parte misma que está encarnada en un cuerpo es generalmente engañada por los sentidos y por el cebo del placer, pero su parte superior es inmutable en su vida divina».

Se dice, en otra parte, que aquellos que han cultivado sus facultades humanas renacen como hombres, que los que no han desenvuelto más que sus sentidos transmigran en animales, que los lujuriosos entran en cuerpos de béstias poseedoras de esos vicios, que los tiranos se hacen águilas, etc... (*Emead. 3. Libro 4. cap. 2*).

Tenemos que leer esas líneas simbólicas con la clave que ya han puesto en nuestro poder Manú, el Egipto y Pitágoras.

Porfirio á su vez dice: «... Las almas que no están destinadas al suplicio del infierno y las que han terminado esta expiación, renacen, y la justicia divina les dá un cuerpo nuevo en relación con sus méritos y deméritos». (*Peri. ap. 1. 2. 47*).

Jámblico agrega: «Cada uno viene á ser lo que ya es realmente». (*Misterios, sec. IV y V*).

Proclus se daba como la reencarnación de Nicomachus el Pitagórico.

Para Hérocles «las vías del Señor no podían ser justificadas sino por la metempsícosis».

Damascius y Hermias proclamaron, como sus maestros, su fé en los Renacimientos. Enea de Gazalos los enseñó en «Theoprasto»; y Prudentius, el poeta sagrado, los cantó en sus hermosas estrofas.

Los Neo-Platónicos formaron un centro vigoroso que irradió poderosamente sobre todas las sectas filosóficas y religiosas de la épo-

(1) Las palabras subrayadas, lo son por el autor, en el texto de la cita para mostrar la identidad de las doctrinas esotéricas de todas las épocas.

ea, y el cristianismo naciente tomó de dicho centro muchas doctrinas, sin comprenderlas completamente, razón por la cual, se encuentra en el catolicismo actual una gran parte de los Misterios de los templos paganos.

La mayor parte de los primeros Padres de la Iglesia aceptaron la Preexistencia y la Reencarnación, como la explicación racional del pecado original y como una justificación de la justicia celeste con respecto á la desigualdad en las condiciones y en el sufrimiento, enseñándose libremente entre los cristianos hasta el siglo IV.

Lactancio, á quien San Gerónimo llamaba el Cicerón cristiano, sostenía que el alma no podía ser inmortal y sobrevivir á su cuerpo, si no fuera preexistente. (*Instit. div. III, 18*).

San Agustín (*De Gen. VII. 24*) ha creído largo tiempo que del Alma de Dios emanaban todas las demás, opinión que no rechazó sino más tarde en sus *Retractaciones* I. 10.

«¿Acaso no he vivido en un cuerpo antes de entrar en el seno de mi madre? dice.

Nemesius, obispo de Emesa (Siria), sostuvo enérgicamente que todos aquellos de entre los Griegos que tenían fé en la Inmortalidad creían al mismo tiempo en la Reencarnación.

Los padres latinos, Synesius, obispo de Ptolomea, é Hilarius, obispo de Poitiers defendieron seriamente la Preexistencia y los Renacimientos, aunque bajo una forma diferente de la enseñanza origenista. Uno de ellos, Synésius, invitado por los habitantes de Ptolomea á ser su obispo, declinó en el primer momento ese honor, diciendo que rehusaba «porque estos no podían aprobar ciertas opiniones que, después de madura reflexión, se habían arraigado en su espíritu, y que entre ellas, se encontraba, en primera línea, la preexistencia del alma».

Rufino decía á Anastasio, en una carta, que «esta creencia era común entre los Padres primitivos».

Arnobio confesó con franqueza su fé en dicha doctrina añadiendo que Clemente de Alejandría «ha escrito maravillosas historias sobre la metempsicosis»,

San Gregorio de Nazianzo la había adoptado.

San Justino el mártir dijo que el alma habita muchas veces en una forma humana, pero que, desde que se encuentra aprisionada en un nuevo cuerpo pierde el recuerdo de sus anteriores existencias, así como cuando está demasiado alejada de Dios, trasmigra á cuerpos de bestias salvajes. ¿Conocería el esoterismo de la transmigración?—Es dudoso.

San Gerónimo afirma que «la doctrina de las transmigraciones» era enseñada secretamente á un pequeño número desde los tiem-

pos más antiguos como una verdad tradicional y recomienda no divulgarla. *Hyerónimos Epistol. ad Demetriad.* Adolfo Frankc cita el pasaje de esta carta en su *Kabala*, pág. 184, y Huet lo da igualmente en *Origeniana*... En su *Carta á Vitus*, el mismo San Gerónimo se muestra de acuerdo con Orígenes sobre la interpretación del pasaje de San Pablo (*Ephesios* I. 4.) «...quien nos ha excogido antes de la formación del mundo.» San Gerónimo manifestó que por esto debía entenderse «que una habitación divina y un verdadero reposo se encuentran en los cielos; que es allá que las criaturas dotadas de razón permanecen y gozan de la beatitud antes de descender á un mundo inferior, antes de dejar ese mundo invisible por nuestro mundo visible, antes de su caída sobre esta tierra donde ellas tienen necesidad de cuerpos groseros...»

Clemente de Alejandria expuso que la reencarnación es una verdad transmitida por la tradición y autorizada por San Pablo mismo en su *Epístola á los romanos*, V. 12, 14, 19.

Pero fué el famoso Orígenes quien propagó con más amplitud y con mayor éxito tal doctrina, y quien nos ha dejado respecto de ella los más importantes escritos. Como su iniciador Clemente, sacó sus enseñanzas del Neo-platonismo, y es gracias á él que una gran parte de los primeros Padres y de los primeros Obispos cristianos conservaron la fé en los Renacimientos.

Admitía que «antes que el hombre existiera, edades, (*æons*) inconmensurables habían corrido; que todas las almas emanan del Alma Universal, y que, por consiguiente, el alma humana es de la misma esencia que Dios; que ella es libre de pecar ó de hacer bien, y que la variedad de sus faltas produce la diversidad de sus existencias terrestres; que el cuerpo no es más que un instrumento de purificación y de expiación de los pecados cometidos durante las anteriores existencias; que las almas se purifican dominando sus pasiones, y por medio de las transmigraciones»... «que si por razones ignoradas, el alma no es digna de entrar en un cuerpo razonable no mereciendo una forma irracional, se encarna en un cuerpo monstruoso, de modo que no pueda desenvolver entonces completamente la razón en el sér á quién anima...»

«En cuanto á saber porque el alma humana obedece ya al mal ó ya al bien, es preciso buscar la causa en un nacimiento anterior al nacimiento corporal actual...»

Y por lo que concierne á la Caída de los Angeles: «La mayor parte de los seres espirituales pecaron; los más malos vinieron á ser los demonios, los otros fueron los hombres que, por repetidas encarnaciones en cuerpos humanos, volvieron á ser ángeles y reconquistaron así su pureza y su felicidad. Para ello estan obli-

gados á progresar de esfera en esfera y á tomar variadas envolturas según los mundos que habiten.» (*Con Cels.* I. IV. y VIII.)

Haciendo alusión á ciertos pasages de la Biblia dice tambien: «Si nuestro actual destino no estuviera determinado por las obras de nuestras existencias pasadas, ¿cómo Dios podría ser justo permitiendo que el mayor sirviese al menor y fuese odiado, antes de haber realizado actos que lo hicieran acreedor á la servidumbre y al odio?...» «Solo, agrega, la Reencarnación puede explicar la lucha de Jacob y de Esaú antes de su nacimiento, la elección de Jeremías cuando se encontraba todavía en el vientre de la madre, (*Peri arch.* I. VII y *Adv. Cels.* III) el hecho extraño de que Ruth,— quien tenia, se dice, el alma de Thamar,— no pudiese concebir hasta que Dios le hubiese dado la chispa de un alma femenina, y tantas otras cosas que arrojarían el descrédito sobre la justicia divina si ella no estuviese justificada por los actos buenos ó malos realizados en una existencia anterior. Esto solo puede explicar la desigualdad de las condiciones...»

Hablando del versículo 4, capítulo I, de los Efesios: «... quien nos ha excogido antes de la formación del mundo», dice que las almas han tenido un principio, que de una condición superior han descendido á una condición inferior, y que tal es la significación de la palabra *Κατα Βολη* á la que falsamente se ha traducido como *constitutio mundi*...»

«... Hay almas que descienden porque lo han merecido, otras vienen para ayudar al progreso del mundo... pues toda la creación alimenta la esperanza de ser un día librada de la esclavitud y de la corrupción, y ese día vendrá cuando los hijos de Dios sean reunidos en un solo ser.»

Refiriéndose al pasaje de *San Juan* I. 6: «Hubo un hombre llamado Juan que fué enviado por Dios», agrega, «Y si la opinión católica se aplica tambien al alma, si admite que ésta no ha sido creada con el cuerpo, sino que existía antes de él y que por ciertas razones se ha revestido de sangre y de carne, desde entonces esta expresión «enviado por Dios» ya no parece extraordinaria.»

La doctrina reencarnacionista de Origenes fué largo tiempo enseñada y ámpliamente adoptada, y solo fué en 553 que el Sínodo reunido por Justiniano en Constantinopla la consideró como una herejía: «Que todo el que enseñe la preexistencia del alma y la extraña opinión que de ella se deriva, es decir, su vuelta á la tierra, sea anatematizado!»

No por esto semejante creencia dejó de persistir mucho tiempo todavía, y la mayor parte de los heréticos fueron partidarios de ella: simonianos, basilidianos, valentinianos, marcionistas, gnósti-

cos, maniqueos, prescilianos de España, bogarmilos, pelasgianos, paulicianos, etc. Siete prescilianos fueron condenados á muerte en España, en 584, en parte por esta heregía; el italiano Cathari, reencarnacionista tambien, tuvo que soportar la cruzada albigense de Simón de Monfort, y Santo Domingo inventó la Inquisición para acabar de exterminar á todos aquellos disidentes que habían escapado hasta entonces á la persecución.

Es así que el recuerdo de los Renacimientos se fué borrando en la Iglesia. Sus únicos abogados eclesiásticos, en la Edad Media, fueron Scott Erigeno (877), el sabio monge irlandés, y San Buenaventura (1255), llamado «el doctor seráfico». En nuestros días no queda más que un fragmento desfigurado y no comprendido: el dogma de la *Resurrección de la Carne*.

\* \*

La India sacerdotal envió sus pionners al Occidente para difundir la verdad en medio de esos enérgicos pueblos, y los que llegaron á establecerse en la Gália y en las Islas Británicas fueron llamados druidas. «Yo soy una serpiente, soy un druida», decían, frase que prueba su origen oriental, pues la serpiente es el símbolo indio de la Iniciación.

Poco conocemos de su enseñanza la que era enteramente oral, pero César nos asegura que por lo menos se necesitaba treinta años para llegar á ser un druida. La conquista romana los hizo desaparecer poco á poco, y fué entonces que sus discípulos, los Bardos, confiaron á la escritura fragmentos más ó menos trunco de la doctrina de sus maestros.

Sus «Triadas» tienen un innegable parentesco con las doctrinas orientales: la evolución parte de lo Absoluto, culmina en el Hombre y de nuevo se pierde en la divinidad inefable. El Alma, antes de alcanzar la redención debe pasar por tres ciclos: *Ceuguant* (Estado monádico), *Abred* (Universo manifestado) y *Gwynvyd* (Nirvana). En el *Ceuguant* no tiene todavía conocimiento ni individualidad y desarrolla esas cualidades durante su pasaje á través de los reinos inferiores; *Abred* es el estado de *Amena* por el cual no pasa sino una vez, lo que quiere decir que la adquisición del conocimiento de la propia conciencia dura eternamente. La Energía cósmica la empuja enseguida sobre «los globos» superiores de las «cadenas planetarias» y llega á la libertad final en *Gwynvyd*.

La esfera que une *Ceuguant* á *Abred* representa el Ciclo elemental que conduce al Ciclo humano; la que liga *Abred* ó *Gwynvyd* transforma lentamente al hombre en diós,—es el Ciclo divino.

fis son los discípulos de la Sabiduría (Sophia); los aspirantes á la unión Buddhi-Manásica, los místicos generalmente dotados de grandes poderes y cuyos jefes han sido sin cesar Taumaturgos é Iniciados.

El *Nuevo Korán*, exposición moderna de una parte de la doctrina secreta del Islam, muestra la exactitud de estas observaciones. He aquí lo que en él se encuentra respecto de la Palingenesia:

*Cuestión XXII.* Cuando el alma ha perdido su cáscara ella se forma otra nueva. (V. 5); las almas de los hombres y de los animales vuelven á la tierra por el río de la infancia (V. 14.); el hombre que muere va á Dios y renace más tarde en un cuerpo nuevo: el cuerpo queda en la tumba, el alma vuelve á la matriz (V. 15.); esta doctrina es tan antigua como el mundo, y Dios la enseñó desde el principio (V. 17.); el alma humana no va á cuerpos de béstias (V. 18.), al contrario, las almas de los animales inferiores pasan á cuerpos de animales más elevados, después á cuerpos de salvajes y por fin á cuerpos de hombres civilizados (V. 19.); el hombre no es inmortal sino en su cuerpo espiritual, el que jamás se pudre (V. 26.); llora al salir de su cuerpo, y llora también cuando entra en él de nuevo (V. 41).

*Cuestión XXIII.* El cuerpo no es más que una máscara que el alma toma y deja para revestir más tarde otras (V. 17); los que se aman vuelven á encontrarse en una futura encarnación (V. 26 y 27) etc, etc. (*Old truths in newlight*).

La secta actual, secta mahometana de los *Bohrahs* cree en la metempsicosis, lo mismo que los Indios, y como ellos, se abstiene de carne por igual razón. (Colebrooke, *Asiatic Researches*).

\*  
\* \*

Acabamos de encontrar á la Reencarnación en el corazón de todas las grandes religiones antiguas, y si de ella han quedado solo el gérmen en las modernas religiones: — Cristianismo y Mahometismo, — es que, de un lado, Mahoma no tenía la talla de un Hierofante, y del otro, que aquellos verdaderos fundadores del Cristianismo eclesiástico, — Eusebio é Ireneo, — no comprendieron la profundidad del Paganismo que saquearon y mutilaron á la vez.

No nos queda, pues, ahora, sino arrojar una mirada retrospectiva sobre el pensamiento filosófico en los diversos siglos y constatar que no hay una inteligencia escogida, un pensador profundo que no se haya sentido arrastrado por la doctrina de los Renacimientos. Nos ayudaremos para ello, de la obra de Walker (*Reencarnación*), tan completa bajo este punto de vista, y presentaremos así muchas citas importantes.

\*  
\* \*

Táles, Aristóteles y Arquímedes eran reencarnacionistas.

El gran taumaturgo de Tiana, Apolonio, enseñó los renacimientos y probó con hechos, que se acordaba de sus existencias pasadas.

Plutarco creía en ellos. *Ensayo sobre el retardo llevado á la Justicia Divina*

Tomás More los ha cantado en sus versos:

Stranger, though new the flame  
Thy soul inhabits now I've tracked its flame  
For many an age, in every chance and change,  
Of that existence, through whose varied range  
As through á torch-race where from hand to hand  
The flyng youths transmit their shining hand.  
From flame to flame, the inextinguished soul,  
Rapidly passes till it reach the goal

Parecelso conocía esta doctrina, como todo Iniciado.

Jacobo Boehme, «criatura de los Nirmanakayas», sabía que ella era la Ley de la Naturaleza.

En «*La Causa, el Principio y el Uno*», Giordano Bruno dice que á la muerte el alma no perece, que deja su primera habitación por otra nueva; que todo se ha cambiado, pero que nada se ha destruido. Fué en gran parte por haber sostenido esta heregía (?) que lo quemaron en las hogueras de la Inquisición.

El Dominicó Campanella tenía fé en los sucesivos regresos del alma á la tierra.

Van Helmont el Joven fué á su turno atacado por la Inquisición por haber enseñado esta doctrina en su *Hipótesis de la Preexistencia y de la Revolución de las almas*, donde dá, en 200 problemas, todos los argumentos que hacen necesaria á la Reencarnación.

Los platonistas de Cambridge permanecieron fieles á Palingenesia:

Cudworth. (*El verdadero sistema intelectual de la Unión*).

Hume. (*Ensayo sobre la inmortalidad*).

Henri More. (*La inmortalidad del alma*).

Según Shakespeare: El hombre entra á esta tierra y sale de ella como un actor, representando allí muchos roles sucesivos».

José Glanville, en *Luz Orientalis*, encuentra siete Pilares para soportar la hipótesis de la Preexistencia.

El Dr. Dorner, Erward Beecher (*El Conflicto de las Edades*), y el teólogo alemán tan apreciado, Julius Muller, (*La Doctrina Cristiana del Pecado*), la sostienen sólidamente.

Shilling la reconocía (*Disertación sobre la Metempsicosis*); Leibnitz (Monadología) ha dejado transparentar su fé en la misma, y si hubiese osado hablar claramente hubiese apuntalado mejor su «op-

timismo» con la doctrina de los Renacimientos que con todos sus débiles argumentos.

El caballero Ravasay escribió en sus *Principios filosóficos de la Religión natural y revelada*: «Los oráculos sagrados representan sin cesar al Paraíso como nuestro sitio de nacimiento, y á la vida actual como un destierro. ¿Cómo podríamos haber sido desterrados de un paraje donde jamás hubiéramos estado? Este argumento bastaría por sí solo, para probar la Preexistencia, si nuestros maestros no nos hubieran habituado á mirar tales expresiones como metáforas y á no creer, en contra de la Escritura y de la razón, que estamos desterrados de un sitio de felicidad por la sola falta de nuestros primeros padres...»

«Nuestro Salvador parece aprobar la doctrina de la Preexistencia en su respuesta á sus discípulos cuando lo interrogaron respecto del ciego de nacimiento: «¿Maestro, quien, pues, ha pecado, este niño ó sus parientes, para que él sea ciego?» (Juan IX. 2).

«Es evidente que esta cuestión habría sido ridícula é impertinente, si los discípulos no hubiesen creído que ese ciego había pecado antes de su nacimiento corporal y que, por consecuencia, había preexistido en otro estado. La respuesta de nuestro Salvador es notable: «Ni este hombre, ni sus padres han pecado; sino es para que las obras de Dios fuesen manifiestas en él».

«Jesucristo no podía creer que ese hombre ó sus padres no hubiesen jamás pecado, pues eso no puede decirse de ningún mortal; su frase significaba que el ciego no lo era, ni por los pecados que hubiese podido cometer en otra existencia, ni por los de sus padres, sino para permitir, que se manifestara un día, el poder de Dios».

«Nuestro Señor, en vez de condenar á sus discípulos, parece confirmar en su respuesta la doctrina de la Preexistencia. Si hubiese mirado esta opinión como un error capital, su sabiduría no habría podido pasar tan ligeramente sobre ella, ni autorizarla con su silencio. Ese silencio, al contrario, prueba que él miraba tal doctrina de la iglesia judía como la verdadera explicación del pecado original...»

«La falta de Adam fué realmente cometida por los individuos de la raza actual, en una existencia anterior...»

«Díos no puede odiar ó amar sino las disposiciones morales, y desde que él dice que amaba á Jacob y detestaba á Esaú, antes de su nacimiento y por consecuencia antes que hubiesen cometido ni mal ni bien en esta vida, se sigue claramente que habían debido preexistir en otro estado...»

«Si se dice que esos textos son oscuros, que la Preexistencia no es extraída de ellos sino por inducción y que esta opinión no está enseñada con palabras precisas en las escrituras, yo respondería que

la doctrina de la inmortalidad del alma no está tampoco en ninguna parte revelada expresamente en los oráculos sagrados del antiguo y del Nuevo Testamento... Podemos decir otro tanto de la Preexistencia; la doctrina no está expresamente revelada en ninguna parte, pero sí la presupone evidentemente, pues sin ella el pecado original vendría á ser, no solo inexplicable, sino absurdo, repugnante ó imposible.

Nada hay en los Padres ni en los concilios que contradiga esta doctrina. Si aunque el quinto Concilio general y todos los Padres, después del siglo VI, hayan condenado la falsa idea de la preexistencia transmitida por Orígenes y los Priscilianos, la verdadera doctrina de la preexistencia no ha sido condenada por la Iglesia. . . »

«Es contra la degradación impía de la transmigración en cuerpos de animales que los Padres han levantado su voz. . . »

Según *Scamozzini* (Discursos sobre la Preexistencia): «La opinión de los más grandes sabios, desde la más remota antigüedad, ha sido la de que la humanidad ha existido en un estado anterior al actual. Los Gimgnosofistas del Egipto, los Brahmas de la India, los Magos de la Persia y los más grandes filósofos de la Grecia y Roma creían en ella, como también los primeros Padres de la Iglesia y sus primeros escritores.»

«¿Porqué ha sido tan poco notada, tan poco vista (más bien que rechazada) por los teólogos y los metafísicos de las edades pasadas? Es lo que no puedo explicar, pues ella es incontestablemente confirmada por la razón, por las analogías de la naturaleza y por las doctrinas de la Revelación. . . La razón nos asegura que la unión de un hombre y de una mujer no puede crear un alma inmortal, que no pueda prepararle una morada. Esta misma razón nos dice que, para que el alma inmortal continúe viviendo después de la muerte del cuerpo, debe haber eternamente existido, antes de él, *pues lo que no tiene fin no puede haber tenido principio.* . . »

«Ella nos enseña también que no es un creador bienhechor y todo poderoso quién hubiera podido formar y poblar nuestro mundo, si nuestro estado presente de existencia fuese el primero ó el único; pues este estado, sin lazos con el pasado ni con el futuro, no parecería tener fin comprensible, no daría la razón ni del bien ni del mal, ni de la felicidad, ni de la desgracia, ni de la virtud, ni del vicio, ni de la recompensa, ni del castigo, y no sería sino una mezcla confusa de todas esas cosas, sin causa ni fin visible. . . »

«La preexistencia no está claramente escrita en el Nuevo Testamento, pero la humanidad es allí representada como un hacinamiento de culpables, de criminales condenados, de hijos de la cólera, objetos de la indignación divina, colocados por un tiempo sobre la tie-

rra por la bondad de Dios para darles ocasión de expiar sus faltas por medio del sufrimiento y volver á conseguir por la piedad y la virtud el estado perdido de felicidad y de inocencia. . . »

«Y si todo esto no indica una existencia anterior en la cual se ha llegado á ser culpable y depravado, no se puede encontrar en la mencionada obra significación alguna, viniendo ella á destruir todos los principios del sentido común, pues semejante culpabilidad no se puede haber adquirido sin acción, y para obrar es forzoso haber existido. . . »

*Hume*, el filósofo positivo por excelencia, lo confiesa: «Si razonamos, el simple buen sentido nos dice que lo que es incorruptible debe ser ingenerable. Así pues, si el alma es inmortal es que ella existía antes de nuestro nacimiento, y si su existencia anterior no nos concierne, su existencia futura no nos concernirá tampoco. . . »

«La metempsicosis es, pues, en su género, el único sistema al cual la filosofía puede prestar oído.» (*La Inmortalidad del Alma*).

*Young*, canta así los Renacimientos:

«Mirad por todas partes en la naturaleza; todo es revolución y cambio; nada muerte. El día sucede á la noche y la noche sigue al día que expira; las estrellas se levantan y se ponen, se ponen y se levantan. La tierra sigue ese ejemplo. Para reflorecer, todo se marchita; como en una rueda todo desciende para remontar. Tal es el emblema del hombre que pasa, y que no muere.»

«No es más sorprendente nacer dos veces que una; todo es resurrección en la naturaleza,» decía *Voltaire*.

*Delormel*, *Descartes* y *Lavater*, los tres se han sentido admirados por el inmenso alcance filosófico de la doctrina palingenésica.

*Fontenelle* habla bastante explícitamente á su respecto en sus *Pláticas sobre la pluralidad de los mundos*.

Inútil nos parece decir que ella hacía parte del bagaje esotérico de los iniciados *Martínez de Pascualis*, *Claudio de Saint Martín* y de sus discípulos.

*Edward Beecher* la defendió en el *Conflicto de los Siglos* y en la *Concordia de los Siglos*.

*Goethe*, dirigiendo una poesía á su amigo Frau von Stein, se ha expresado así: «¿Podéis decirme lo que el Destino nos reserva? ¿Porque nos ha ligado tan estrechamente el uno al otro? Ah! tu has debido ser en lejanos tiempos ó mi hermana ó mi mujer. . . Y de todo esto no queda sino una reminiscencia de la antigua verdad siempre presente en nuestro interior. . . »

*Benjamin Franklin* expuso su Credo en un humorístico epitafio, (1) compuesto cuando no tenía más que 23 años, epitafio que apare-

(1) Se encuentra en el número 10, año I, de «Philadelphia».

ció por la primera vez en Boston, en el *New England Courant*, y Jared Sparks lo cita en su libro: *Works of Benjamin Franklin* (Vol. I. P. pág. 596. Boston 1840).

Thomas Browne ha presentado la Reencarnación en *Religio Medici*, sec. VI: «Las herejías no perecen con sus autores; semejantes al río Aretusa, cuando sus corrientes cesan en un sitio renacen en otro...; las revoluciones del tiempo las hacen volver á florecer más tarde. El alma de un hombre parece pasar á otro hombre por una especie de metempsicosis, y las ideas, después de ciertas revoluciones, se encarnan en nuevos hombres que las resuscitan... Han habido muchos Diógenes y Timones aunque pocos individuos hayan llevado esos nombres; los hombres renacen incesantemente.»

Lessing, en la *Educación de la Raza humana*, combate vigorosamente á un pastor luterano anti-reencarnacionista: «Todo hombre debe seguir, tarde ó temprano, el sendero que le conduce á la perfección. ¿Puede esto cumplirse en una sola y misma existencia? ¿Se puede en una vida ser á la vez Judío sensual y Cristiano espiritual?...»

«Seguramente no; ¿porqué, pues, cada individuo no aparecería más de una vez en este mundo?»

«¿Será acaso ridícula esta hipótesis, porque ella es la más antigua de las que ha concebido la humanidad, y porque la razón humana la comprendió desde el primer golpe de vista en esos primitivos tiempos en que no había sido todavía debilitada por los sofismas de las diversas escuelas?»

«¿Porqué no podría yo haber ya pasado por todas las fases del progreso humano, fases determinadas por castigos y recompensas temporarias?»

«¿Porqué no regresaría aún y aún, tan frecuentemente como fuese enviado, para adquirir un conocimiento más grande y para cumplir nuevas obras? ¿He operado ya tales cosas que para mí sea inútil volver?»

«Claramente nó.»

«¿Es, entones, porque he olvidado que he vivido otras veces? Feliz soy por este olvido. El recuerdo de mi vida pasada me impediría hacer uso de la vida presente; y si me encuentro forzado hoy á olvidar el pasado, ¿prueba eso que lo será para siempre?»

Se podría citar un abundantísimo número de autores que han defendido la Preexistencia y la Reencarnación, pero estamos obligados á limitarnos aquí á una rápida revista de la mayor parte de ellos.

Schlosser expresó sus pensamientos en un hermoso estudio sobre las *Emigraciones del Alma*.

*Lichtenberg* dijo en su *Característica del Ego*:

«Yo no puedo desembarazarme de la idea de que estoy muerto antes de nacer y que es por esa muerte que he sido conducido á este renacimiento...»

«Siento tales cosas que, si las escribiese, el mundo me creería loco. Por eso, prefiero callarme».

*Carlos Bonnet* ha escrito una obra sobre este sujeto: *Ideas sobre el estado futuro de los seres vivientes ó Palingenésia filosófica*.

*E. Kant* cree que nuestra alma sale imperfecta del sol, pasa por todas las etapas planetarias, y progresa así poco á poco, alejándose sin cesar hasta que alcanza el Paraíso en la estrella más alejada y más fría de nuestro sistema. (*Historia general de la Naturaleza*).

*Fichte* dice, en el *Destino del Hombre*: «En la naturaleza cada muerte es un nacimiento... no hay principio de muerte en ella, porque ella es la vida y todo en ella es vida...»

«La Naturaleza me hace morir, porque debe hacerme revivir».

«Esos dos sistemas, el puramente espiritual y el sensual,—consistiendo este último en una serie inconmensurable de existencias separadas,—están en mi espíritu desde el momento en que mi razón fué desarrollada...»

*Herder* se estiende más todavía en sus *Diálogos sobre la Metempsicosis* «¿No conocéis hombres raros y grandes que no pueden haber llegado á ser tales en una sola existencia humana? que deben haber existido muchas veces ya, antes de haber alcanzado esa pureza de sentimiento, esa impulsión instintiva por todo lo que es bello, verdadero y bueno...»

«¿Jamás habeis tenido reminiscencias de un estado anterior? Pitágoras, Iarchas, Apolonio y otros, se acordaban netamente de lo que habían sido anteriormente y del número de veces que habían vivido antes de su actual existencia. ¿Si somos ciegos, ó si no podemos ver más que á dos pasos de nuestras narices, tenemos el derecho de negar que otros puedan ver cien y mil veces más lejos que nosotros mismos, hasta el fondo del tiempo...?»

«El que no ha podido madurar en una forma dada de la humanidad, recomienza la experiencia hasta que, tarde ó temprano, venga á ser perfecto...»

«No me siento avergonzado de mis sémi-hermanos los animales; soy, por lo contrario, en lo que les concierne, un gran defensor de la metempsicosis. Creo cierto el que ellos subirán á un grado más elevado del ser, y no puedo comprender como se pueda hacer objeción á esta hipótesis que tiene en su favor la analogía de la creación entera.»

Walter Scott tenía tan vivas reminiscencias de sus vidas pasadas que ellas le impusieron la fé en la preexistencia. Se puede encontrar ejemplos, en apoyo de lo dicho, en la *Vida de Scott* por Loekart. (Vol. VII pág. 114 primera edición).

Según Schlegel, «la Naturaleza no es otra cosa que la escala de Resurrección, la cual nos conduce arriba, grado por grado, ó más bien sube del abismo de la muerte eterna á la cumbre de la vida.» (*Obras estéticas y misceláneas*).

Schelley creía resueltamente en la Reencarnación: «A pesar de toda la habilidad de aquellos que quieren ocultar á la Verdad, no es menos cierto que todo conocimiento no es más que una reminiscencia. Esta doctrina es mucho más vieja que el siglo de Platón.» (*Vida de Schelley*, Dowden Vol. I, pág. 30).

El Renacimiento está expresado, aunque algo tímidamente, por Humphrey Davy en *Consolations in Travels*, por Fourier en *La fausse industrie morcelée et l'antidote...* etc., por H. de Balzac en *Peau de chagrin*, por Wagner en *Parsifal*, por Obry quien se expresa así, en *El Nirvana indio*, pág. 13: Esta antigua creencia ha dado la vuelta al mundo y ha sido tan difundida, que un docto anglicano la juzgó sin padre, ni madre, ni genealogía.»

Schopenhauer ha sido absolutamente mal conocido porque adoptó la Reencarnación encontrada por él en los *Upanishads*, habiendo sus contemporáneos y sucesores organizado, sobre esa parte de su doctrina, una verdadera conspiración del silencio. Veamos lo que enseña en su *Ensayo sobre las Religiones*: «Algunos de los más chocantes absurdos de los dogmas cristianos pueden explicarse por la unión de dos enseñanzas bien diversas como las del Antiguo y del Nuevo Testamento. Tenemos de ello un ejemplo en la doctrina de la Predestinación y de la Gracia. San Agustín pretende que la gracia es dada á un individuo, como rehusada á otro, desde el nacimiento, aunque ella sea un privilegio que confiere á su poseedor las mayores bendiciones espirituales.»

«El absurdo y malignidad de esta doctrina residen simplemente en la suposición del Antiguo Testamento de que el hombre es el producto de una voluntad desconocida que lo ha creado de nada. Si, por lo contrario, admitimos sin inconveniente que el hombre viene al mundo con cualidades morales innatas, y consideramos el hecho á la luz de la metempsicosis brahmánica y budhista, el asunto toma una apariencia muy diferente; puesto que, según dicha doctrina, esas cualidades innatas que encontramos en un ser humano y que en otro faltan, no son el gracioso presente de alguna divinidad desconocida, sino el fruto de las acciones personales de cada individuo en otra vida.»

«La parte absurda é irritante del dogma cristiano, del que acabamos de hablar, es debida solamente, como lo hemos dicho, al teísmo Judío, á la doctrina de la creación *ex-nihilo*, y, por consecuencia, á la negación incomprensible y funesta de la doctrina tan natural y tan llena de luz de la metempsicosis, en la cual,—excepto los Judíos,—ha creído la humanidad entera en todos los tiempos... Si un Asiático me pidiese la definición de la Europa, me vería obligado á responderle: «Es aquella parte del mundo que está hechizada por esa increíble y extraña ilusión de que el hombre ha sido creado de nada y que su actual nacimiento es su primer aparición en la vida...»

Dice tambien en *El Mundo como Voluntad y como Representación*: «Lo que el sueño es á todo ser humano, la muerte lo es para la Voluntad que es la *Causa* en si misma...»

«A la muerte, el hombre abandona su memoria y su personalidad, y bebiendo en el Leteo, vuelve, descansada por el sueño de la muerte, á tomar su sitio en la vida, unido de un nuevo intelecto y de una nueva personalidad.»

Y, añade en *Parerga y Paralipomena*: «Si comprendiésemos bien la naturaleza real de nuestro ser más interno, veríamos cuán absurdo es desear que la Individualidad exista eternamente. Ese deseo quiere decir que se confunde al Ser verdadero con una de sus innumerables manifestaciones. Ninguna individualidad es hecha para vivir eternamente. Ella desaparece á la muerte, pero nosotros nada perdemos con ello, pues aquella no es más que la manifestación de un ser completamente diferente, un ser que ignora el tiempo y que no conoce, por consiguiente, ni la vida ni la muerte. La pérdida del intelecto es el Leteo sin el cual la Voluntad se acordaría de las diversas manifestaciones que ella ha causado. Cuando morimos rechazamos á nuestra individualidad (1) como un traje usado y nos regocijamos porque vamos á recibir otro nuevo y mejor.»

*Egar Poe*, hablando de los recuerdos vagos de nuestras vidas pasadas, dice: «Esas reminiscencias son bastantes distintas y bien claras, durante nuestra juventud, para engañarnos un solo instante. Pero, la duda de la edad madura hace arrojar á esos sentimientos como ilusiones.» (*Eureka*).

*Jerge Sand y Cavour*, habían comprendido todo lo grandioso y lógico de la *Reencarnación*.

*P. Leroux*, se estiende largamente á su respecto en su libro: *De la Humanidad*.

(1) Aquí la palabra *individualidad* está tomada en el sentido de *personalidad*, lo que es distinto.—N. de la J.

Juan Reynaud, la ha hecho el sujeto de un magnífico libro de filosofía religiosa: *Tierra y Cielo*.

Camilo Flammarion, la expone en la mayor parte de sus obras: *Urania, Los mundos imaginarios y los mundos reales, La pluralidad de los mundos habitados, etc.*

Pezzani, ha publicado un notable estudio sobre *La Pluralidad de las existencias del Alma*.

El profesor Williams Knight escribió, en la *Fortnightly Review* «Es de admirar que las discusiones de la filosofía contemporánea sobre el origen y el destino del alma no hayan producido una nueva eflorescencia más marcada de las doctrinas de la Preexistencia y de la Metempsicosis, que ofrecen una solución tan hermosa de los misterios de la Creación, de la Tradición y de la Extinción...»

«Desembarazadas de toda exageración, tienen un inmenso interés especulativo y un considerable valor moral.»

El profesor W. A. Butler, en su *Conferencias sobre la historia de la filosofía antigua*, continúa: «No es más imposible que el presente sea el resultado de un pasado enteramente olvidado hoy, que el que ese presente sea seguido de un futuro en el cual el olvido pueda ser tan completo.»

El Reverendo William Alger, Ministro protestante, agrega á su vez: «La pérdida del recuerdo de nuestras existencias pasadas no prueba que ellas no hayan tenido lugar... Uno de los hechos que más hay que admirar en la doctrina de las encarnaciones repetidas del alma es su constante reaparición en todas las comarcas del mundo y su permanente persistencia entre ciertas grandes naciones...»

«No debemos detenernos en los aspectos repugnantes y visibles de la metempsicosis, pero debemos rendir justicia á sus pretensiones y á su encanto». (*Historia crítica de una vida futura*).

El profesor Francis Bowen, de la Universidad de Harwan, decía en la *Pinceton Review* de mayo de 1881, respecto de Metempsicosis cristiana: «Se cree firmemente que la vida terrestre es un entrenamiento y una preparación para la vida celeste y eterna. Si se la limita á la duración de un solo cuerpo mortal, ella es tan corta que de ninguna manera parece suficiente para llenar tan gran fin... ¿Porqué la prueba no podría continuarse á través de una larga serie de Renacimientos, en los cuales la misma personalidad animase una sucesión indefinida de cuerpos de carne y llevase, cada vez, consigo los resultados de su última experiencia, es decir, el carácter, el temperamento y las predisposiciones creadas durante la existencia anterior?».

«Ya, en el curso de una misma existencia terrestre, el mismo ser

humano habita en muchos cuerpos sucesivos (1) ... Si cada nacimiento fuese el resultado de una creación absoluta, la entrada a la vida de una criatura enteramente nueva, podríamos preguntar si es razonable ver almas tan diferentes, desde el principio de la existencia ...»

«El uno nace como un demonio perverso, el otro promete desde sus primeros años llegar a ser un Cowley ó un Pascal ... Tal nace en el centro del Africa, tal otro en el corazón de la civilización europea y cristiana, ¿Donde está, pues, la eterna justicia? ¡Y cómo tan terribles desigualdades serían compatibles con la sabiduría y la bondad infinitas de Dios! ...»

«Si se le dá sitio a la metempsícosis en el gobierno divino de este mundo, esa dificultad desaparece completamente, pues, desde entónces, cada uno nace en el estado que él se ha preparado en su anterior existencia ... Si se nos enseña que, en lugar de estar sometidos a la iniquidad que pretende que los niños hereden los pecados de sus padres hasta la tercera generación, cada uno hereda de sí mismo, es decir lo que ha merecido por sus existencias pasadas, nadie tendrá de qué quejarse ...»

«Poco importa que el hombre pasado, del que recibimos la herencia, llevase ó nó el mismo nombre que nuestro yo actual, pues eso no hace a la sentencia injusta ...»

«El alma humana, después de la disolución del cuerpo, pasa a otra envoltura».

«Bajo este punto de vista, podemos aceptar sin hesitación la doctrina de la Resurrección del cuerpo».

El profesor *F. H. Hedge* sostiene en *Las Vías del Espíritu*, que todo lo que ha tenido un principio debe tener un fin; la eternidad que la fé acuerda al alma exige la eternidad de su origen ... Contra esta hipótesis se presenta generalmente una objeción natural, y es la relativa al olvido de las existencias pasadas ... La nueva organización debe forzosamente borrar a la antigua, pues la memoria depende de la continuidad de la asociación; cuando el hilo de esa continuidad se ha roto, el conocimiento del pasado desaparece ... Y si la preexistencia es cierta, debemos sentirnos felices de acordarnos de nuestras vidas antiguas ...»

«De todas las teorías sobre el origen del alma, esta me parece la más plausible y la que más luz arroja sobre la cuestión de la vida a venir.»

El citado profesor toma a Kant la idea de que hay los hombres

(1) Alusión de la renovación completa de las moléculas materiales del cuerpo, cada siete años.

en el hombre: el carácter inteligible y el carácter adquirido. La Teosofía los describe claramente bajo el nombre de *Manas superior* y *Manas inferior*: la Individualidad y la Personalidad, el Ego divino y el Ego humano ó Yo. El primero es inmortal, almacena las adquisiciones de las Personalidades sucesivas ó caracteres adquiridos, personalidades que mueren á su turno, aunque largo tiempo después del cuerpo, lo que explica porque la nueva personalidad no conserva ningún recuerdo de la antigua. En cada Reencarnación el Ego divino ó carácter inteligible emana un rayo de sí mismo que es el nuevo hombre.

*Walker*, en *Reencarnación*, cita cuarenta y dos poetas, entre la multitud de aquellos que han cantado los Renacimientos.

Los espiritistas de Europa,—particularmente los franceses,—colocan á la Reencarnación al frente de sus enseñanzas.

En *Madagascar*, cuando un hombre está á punto de morir, se le hace un agujero en la frazada para coger al paso su alma y llevarla al cuerpo de una mujer que esté en los trabajos del parto. Un gran número de poblaciones salvajes creen también en la Reencarnación: Los Sontales, Somalís, Zulús, Dyaks de Borneo y de Sumatra y los Pwhattans de Mejico. En Africa, los esclavos jorobados ó estropeados adelantan voluntariamente la hora del sacrificio, porque esperan renacer en cuerpos de hombres libres y bien conformados.

Setecientos cincuenta millones de *Asiáticos* son reencarnacionistas: Chinos, Indios, Tártaros, Tibetanos, Siameses, Mongoles, Birmanos, Cambodgianos, Coreanos y Japoneses.

Todos los verdaderos filósofos se han detenido ante el misterio palingenésico y se han esforzado por arrancar su secreto, mientras que las Religiones antiguas lo han cubierto con un velo espeso, para no dejar transparentar los detalles, pues no consideraban á la humanidad pronta para recibirlos, no dándose la enseñanza completa sino á los discípulos probados. El fin de ese ciclo ha sonado indicando el momento conveniente para descender algunos de aquellos velos, y, en 1875, los Guardianes de la Doctrina Secreta han enviado el mensajero encargado de transmitir la doctrina al mundo: H. P. Blavatsky.

La *Sociedad Teosófica* nació de estos esfuerzos y en algunos años ha trastornado ya la corriente científica, filosófica y religiosa; ha dado la clave secreta que abre los mitos, los símbolos y los misterios; ha reavivado en el egoísta Occidente la nociones olvidadas de la Fraternidad universal; ha opuesto al Jehová hebreo, personal, caprichoso y malo, la Ley justa é impersonal de Karma; ha explicado el fin del sufrimiento y justificado á la Providencia acusada por la

desigualdad de las condiciones, con la revelación de la equilibradora y universal Palingenésia.

Es en sus profundas enseñanzas donde encontraremos los detalles de la Reencarnación, los que harán el objeto de la segunda parte de nuestro estudio.

DR. TH. PASCAL.

---

## LA ATLÁNTIDA

---

El testimonio de los más antiguos escritores y las investigaciones científicas modernas afirman de consuno la existencia de un antiguo Continente que ocupaba el lugar de la perdida Atlántida. Antes de entrar en la narración que nos proponemos, conviene echar una lijera ojeada sobre las fuentes generalmente conocidas que suministran pruebas de lo dicho. Estas pueden agruparse en cinco clases:

- 1<sup>a</sup> Los datos aportados por los sondeos del mar;
- 2<sup>a</sup> La distribución de la fauna y de la flora;
- 3<sup>a</sup> Las semejanzas de lenguaje y tipo etnográfico;
- 4<sup>a</sup> La semejanza de arquitectura, creencias y ritos religiosos;
- 5<sup>a</sup> El testimonio de los antiguos escritores, de las tradiciones antiguas de las razas y de las leyendas arcáicas sobre el diluvio.

*Primero.*—En pocas palabras resumiremos las pruebas que aportan los sondeos del mar. Merced á las expediciones de los cañoneros inglés y norteamericano *Challenger* y *Dolphin* principalmente (aunque Alemania se asoció también á esta exploración científica), el fondo de todo el Océano Atlántico está hoy trazado en mapas, resultando que existe un inmenso banco ó tierra de gran elevación en medio de este mar. Dicha cordillera se extiende en dirección Sudeste desde los 50° Norte hácia la costa de la América meridional, desde donde toma hácia las costas del Africa, alterando de nuevo su dirección en los alrededores de la isla de la Ascensión, y enderezándose hácia el Sur rectamente con rumbo á las islas de Tristán de Acuña. Este banco se eleva subitamente 9.000 piés del fondo de las profundidades que le rodean, y las Azores, San Pablo, Ascensión y las islas de Tristán de Acuña son los picos de esta ele-

vación de terreno que aun permanecen sobre el agua. Se necesita una cuerda de 3.500 brazas (21.000 piés) para sondear las partes más profundas del Atlántico mientras las más elevadas del banco referido están solamense á ciento, ó á unos cuantos cientos de brazas debajo del agua.

El sondeo muestra tambien que la cordillera está cubierta de restos volcánicos, de los cuales se encuentran huellas atravesando el Océano hácia las costas americanas. Las investigaciones hechas durante la exploración aludida, han probado de un modo concluyente que el lecho del Océano, particularmente en la proximidad de las Azores, ha experimentado perturbaciones volcánicas de una proporción gigantesca en periodos geológicos que pueden determinarse.

Mr. Starkie Gardner dice que en el periodo eoceno formaban las islas británicas parte de una gran isla ó continente, que se extendía hácia el Atlántico, y que «un tiempo existió una extensión de tierra firme donde ahora hay mar, de cuyas más elevadas cimas son restos Cornwall, el Scilly, las islas del Canal, Irlanda y la Gran Bretaña» (*Pop., Sc. Review, Julio 1878*).

*Segundo.*—Es un enigma para los biólogos y botánicos la existencia de especies similares ó idénticas de la fauna y de la flora en continentes separados por los grandes mares. Más si alguna vez estuvieron estos continentes unidos de modo que fuese posible la natural emigración de tales plantas y animales, el enigma quedaría aclarado. Ahora bien; los restos fósiles del camello se encuentran en la India, en Africa, en la América del Sur y en Kansas; más, es hipótesis generalmente aceptada por los naturalistas, que todas las especies de animales y plantas son oriundas de una sola parte del globo desde la cual como centro se han esparcido por las demás ¿Como, pues puede explicarse la situación de tales restos fósiles sin la existencia de una comunicación terrestre en una remota edad? Recientes descubrimientos verificados en los yacimientos de Nebraska parecen también demostrar que el caballo tuvo su origen en el hemisferio occidental, pues solo en aquella parte del mundo se han encontrado estos fósiles que ponen de manifiesto las diversas formas intermedias identificadas como precursoras del actual caballo. Sería, pues, difícil explicar la presencia del caballo en Europa sin la hipótesis de continuas comunicaciones terrestres entre los dos Continentes, puesto que es cosa cierta que el caballo existía en estado salvaje en Europa y en Asia antes de que fuese domesticado por el hombre, lo cual tuvo lugar en la Edad de Piedra. El ganado lanar y el vacuno, tales como los conocemos hoy, tienen igualmente su abolengo remoto. Sarivin opina que habia en Europa, en el primer período

de la Edad de Piedra, ganado vacuno domesticado, el cual procedía de tipos salvajes de la familia del búfalo de América. También existen en el Norte de América, restos del león de las cavernas de Europa.

Pasando ahora del reino animal al vegetal, se observa que la mayor parte de la flora del período mioceno de Europa,—que se encuentra principalmente en los yacimientos fósiles de Suiza— existe al presente en América y algunas especies en África; pero el hecho notable, á propósito de América, es que, mientras se halla dicha flora en gran proporción en los Estados Orientales faltan muchas especies en las costas del Pacífico. Esto parece mostrar que entraron en aquel continente por el lado del Atlántico. El profesor Asa Gray dice que, de los 66 géneros y 155 especies encontrados en los bosques, al Este de las Montañas Rocosas, sólo 31 géneros y 78 especies se ven al Occidente de estas alturas.

Pero el mayor problema de todos es el plátano. El profesor Kuntze, eminente botánico alemán, pregunta: «¿Cómo pudo llegar á América esta planta, originaria de comarcas tropicales de Asia y África, y que no resiste un viaje al través de la zona templada?» Según el mismo indica, es una planta sin semilla, que no puede propagarse por sección, ni tiene tubérculos que puedan transportarse fácilmente. Su raíz es arbórea. Para trasladar esta planta se necesita un cuidado especial y además no puede resistir una larga travesía. La única explicación que se le ocurre á este naturalista para dar razón de la presencia del plátano en América, es suponer que fué llevado allí por el hombre civilizado en un tiempo en que las regiones polares gozaban de clima tropical (!) Más adelante añade: «una planta cultivada que no tiene semillas, debe de haber estado bajo la acción del cultivo durante un *periodo muy largo*... lo más natural es inferir que estas plantas fueron cultivadas desde el principio del período diluviano.» ¿Porqué—podría preguntársele—no ha de llevarnos más atrás esta hipótesis, á tiempos aún más remotos? Y ¿dónde hallaremos civilizaciones á propósito para el cultivo de la planta ó el clima en circunstancias requeridas para su transporte, á no ser que supongamos que hubo en alguna época un lazo de unión entre el antiguo y nuevo continente? El profesor Wallace, en su interesante obra *Island Life*, así como otros escritores en muchas obras importantes han emitido ingeniosas hipótesis para explicar la identidad de la flora y de la fauna en territorios muy apartados unos de otros y el transporte de las especies al través del Océano, pero sus razones no son convincentes y fallan en diferentes puntos.

Es cosa sabida que el trigo tal cual lo conocemos no ha existido

jamás en verdadero estado silvestre, ni hay prueba alguna por donde rastrear su descendencia de especies fáciles. Cinco variedades de trigo cultivaban en Europa en la Edad de Piedra, una de las cuales, encontrada en las moradas lacustres, se conoce por trigo de Egipto; de lo cual deduce Darwin que los habitantes de los lagos, ó sostenían tráfico aún con algún pueblo meridional ó procedían originariamente del Sur como colonizadores; y concluye que el trigo, la cebada, la avena, vienen de diversas *especies ya extinguidas*, ó tan enteramente distintas de aquellas, que no permiten su identificación, por lo que dice: «El hombre debe de haber cultivado los cereales desde un periodo enormemente remoto.» Las regiones donde estas especies extintas florecieron y la civilización bajo la cual fueron cultivadas por una selección inteligente, nos la suministra el continente perdido, cuyos emigrantes las llevaron á Oriente y Occidente.

*Tercero.*—De la fauna y la flora pasemos al hombre.

*El Lenguaje.*—La lengua euskara permanece aislada entre los idiomas europeos, sin tener afinidad con ninguno de ellos. Según Farrar, «nunca ha sido dudoso que este lenguaje, que conserva su identidad en un rincón occidental de Europa, en medio de dos poderosos reinos, se parece, en su estructura á los idiomas aborígenes del continente frontero (América) y á ellos solamente. (*Families of Speech*, pág. 132).

Los Fenicios fueron, al parecer, los primeros que usaron en el hemisferio oriental un alfabeto fonético, cuyos caracteres son meros signos de los sonidos. Es un hecho curioso el que en una edad tan remota se encuentre también un alfabeto fonético en la América central, entre los Mayas del Yucatán cuyas tradiciones referían el origen de su cultura á un país al oriente, allende el mar. Le Plongeon, gran autoridad en el asunto, escribe: «Una tercera parte de este idioma (el Maya) es puro griego. ¿Quién llevó la lengua de Homero á América, ó quien trajo á Grecia la de los Mayas? El griego es un vástago del Sanscrito. ¿Lo es el Maya, ó son coetáneos?» Aún más sorprendente es que trece letras del alfabeto Maya tengan una relación muy clara con los signos jeroglíficos de Egipto correspondientes á las mismas letras. Es probable que la primitiva forma del alfabeto fuese la jeroglífica, «la escritura de los dioses», según la llamaban los egipcios, y que más tarde se convirtió en la Atlántida, en fonética. Natural sería suponer que los egipcios fueran una colonia muy antigua de los atlantes (y así lo fueron en realidad) y que llevaran consigo el tipo primitivo de la escritura, que de este modo ha dejado sus huellas en ambos hemisferios, mientras que los fenicios que eran gentes maríneas, adquirieran y

se asimilaran la última forma de alfabeto en su comercio con los pueblos del Occidente.

Un punto más debe notarse, y es la extraordinaria semejanza entre muchas palabras del hebreo y las voces que tienen precisamente el mismo significado en el idioma de los Chapenecas, rama de la raza Maya y de las más antiguas de la América central. Una lista de estas voces aparece en la pág. 475 de *North Americans of Antiquity*. La semejanza de varias razas salvajes de las islas del Pacífico se ha empleado como argumento por escritores en esta materia. La existencia de idiomas similares hablados por razas separadas por muchas leguas de mar, á través del cual no se les ha conocido comunicación en tiempos históricos, es ciertamente un argumento en favor de su descendencia de una raza única que ocupara un solo continente; más este argumento no puede ser aplicado á nuestro propósito, porque, el continente de que dichas islas formarían parte no fué la Atlántida sino el más antiguo aun de Lemuria.

*Tipos étnicos.* — La Atlántida, como veremos, se dice que fué habitada por razas rojas, amarillas, blancas y negras. Ahora bien, las investigaciones de Le Plongeon, de Quatrefages, de Bancroft y otros han mostrado que las poblaciones oscuras del tipo negro africano existían aún en tiempos muy recientes en América. Muchos de los monumentos de la América Central presentan en su decorado semblantes negros, y muchos de los ídolos allí encontrados son indudables representaciones de hombres de esta raza, con sus cráneos pequeños, gruesos labios y su cabello corto y lanudo. El *Popul Vuh*, hablando de la primera morada de la raza guatemalteca, dice: «hombres negros y blancos juntamente» vivían en tierra feliz «en gran paz» hablando «una misma lengua». (Véase *Native Races* de Bancroft. pág. 547) El *Popul Vuh* continúa refiriendo como aquel pueblo emigró al país de sus abuelos; cómo llegó á alterarse su lenguaje, y como algunos pasaron al Este mientras otros se trasladaron al Oeste (América Central.)

El profesor Retzius, en su *Smithsonian Report*, considera que los primitivos dolicocefalos de América están intimamente relacionados con los guanches de las Islas Canarias y con la población de la costa africana del Atlántico población á la cual Latham designa con el nombre de Egipcio-Atlante. La misma forma de cráneo se encuentra en las Islas Canarias, al lado de la costa de Africa, que en las Islas Caribes, junto á la costa americana, y el color de la piel es en ambas poblaciones rojizo oscuro.

Los antiguos egipcios se representaban á sí mismos como hombres rojos, del mismo aspecto que hoy se ve en algunas tribus de indios americanos.

se asimilaran la última forma de alfabeto en su comercio con los pueblos del Occidente.

Un punto más debe notarse, y es la extraordinaria semejanza entre muchas palabras del hebreo y las voces que tienen precisamente el mismo significado en el idioma de los Chapenecas, rama de la raza Maya y de las más antiguas de la América central. Una lista de estas voces aparece en la pág. 475 de *North Americans of Antiquity*. La semejanza de varias razas salvajes de las islas del Pacífico se ha empleado como argumento por escritores en esta materia. La existencia de idiomas similares hablados por razas separadas por muchas leguas de mar, á través del cual no se les ha conocido comunicación en tiempos históricos, es ciertamente un argumento en favor de su descendencia de una raza única que ocupara un solo continente; más este argumento no puede ser aplicado á nuestro propósito, porque, el continente de que dichas islas formarían parte no fué la Atlántida sino el más antiguo aun de Lemuria.

*Tipos étnicos.* — La Atlántida, como veremos, se dice que fué habitada por razas rojas, amarillas, blancas y negras. Ahora bien, las investigaciones de Le Plongeon, de Quatrefages, de Bancroft y otros han mostrado que las poblaciones oscuras del tipo negro africano existían aún en tiempos muy recientes en América. Muchos de los monumentos de la América Central presentan en su decorado semblantes negros, y muchos de los ídolos allí encontrados son indudables representaciones de hombres de esta raza, con sus cráneos pequeños, gruesos labios y su cabello corto y lanudo. El *Popul Vuh*, hablando de la primera morada de la raza guatemalteca, dice: «hombres negros y blancos juntamente» vivían en tierra feliz «en gran paz» hablando «una misma lengua». (Véase *Native Races* de Bancroft, pág. 547) El *Popul Vuh* continúa refiriendo como aquel pueblo emigró al país de sus abuelos; cómo llegó á alterarse su lenguaje, y como algunos pasaron al Este mientras otros se trasladaron al Oeste (América Central.)

El profesor Retzius, en su *Smithsonian Report*, considera que los primitivos dolicocefalos de América están íntimamente relacionados con los guanches de las Islas Canarias y con la población de la costa africana del Atlántico población á la cual Latham designa con el nombre de Egipci>Atlante. La misma forma de cráneo se encuentra en las Islas Canarias, al lado de la costa de Africa, que en las Islas Caribes, junto á la costa americana, y el color de la piel es en ambas poblaciones rojizo oscuro.

Los antiguos egipcios se representaban á sí mismos como hombres rojos, del mismo aspecto que hoy se ve en algunas tribus de indios americanos.

«Los antiguos peruanos—dice Short—parece que fueran una raza de cabello castaño, á juzgar por las numerosas muestras encontradas en sus tumbas».

Hay un hecho notable á propósito de estos pueblos de América, el cual es un enigma indescifrable para los etnólogos, y es la muchedumbre de colores y aspectos, que entre ellos se encuentra. Desde la blancura de las tribus menominea, dacota, mandana, y zuní, en las cuales abundan los tipos de cabello castaño y ojos azules, hasta la obscuridad, que casi se confunde con las del negro africano, de los karos de Kansas, y de las extinguidas tribus de California, las razas indias presentan todos los matices: rojo obscuro, cobrizo, aceitunado, cinamomo y bronce. (Véanse las obras *North Americans of Antiquity*, de Short; *Pre-adamites*, de Winchell, é *Indians of North America*, de Catling; véase también *Atlantis*, por Ignacio Donnelly, que ha reunido multitud de datos sobre este y otros asuntos).

Prosiguiendo nuestro discurso, veremos como la variedad de color en el continente americano, se explica por los colores de las razas originales del continente atlante, de donde son oriundos los pueblos del Nuevo Mundo.

*Cuarto.*—Ninguna cosa parece haber sorprendido más á los primeros aventureros españoles en Méjico y el Perú, que la extraordinaria semejanza de las creencias, ritos y emblemas religiosos que allí encontraron establecidos, con los del Viejo Continente. Los sacerdotes españoles consideraron esta semejanza como obra del diablo. La adoración de la cruz por los naturales, y su constante presencia así en los edificios religiosos, como en las ceremonias, fué el motivo principal de su asombro: y á la verdad, en ninguna parte, ni siquiera en la India y en Egipto, fué este símbolo tenido en mayor veneración que entre las tribus primitivas del continente americano, siendo la misma la significación que encerraba su culto. En Occidente, como en Oriente, la cruz era el símbolo de la vida: á veces de la vida física; con más frecuencia, de la vida eterna.

Del mismo modo era universal en ambos hemisferios la adoración del disco del sol ó círculo y de la serpiente, y aún más sorprendente es la semejanza de la palabra que significa *Diós* en los principales idiomas de los países orientales y occidentales. Compárese el *Dyans* ó *Dyans-Pitar*, sanscritos; el *Zheos* y *Zeus*, griegos; el *Deus* y *Júpiter*, latinos; el *Dia* y *Ta* celtas (el último pronunciado *Zia*, y al parecer afín al *Tau* egipcio); el *Yah* ó *Zah*, judíos, y últimamente el *Teo* ó *Zeo* mejicanos.

Todas las naciones practicaban ritos baptismales. En Babilonia y Egipto los candidatos á la iniciación en los misterios eran primeramente bautizados. Tertuliano, en su tratado *De Baptismo*,

rito que en las promesas como condescendientes «la regeneración y el perdón de todos sus pecados». Los ritos más escandalosos pertenecían a las raíces indícas, y al pasarlos a Méjico y al Perú, encontraron el bautismo de los niños como ceremonial solemne, consistente en aspersiones de agua, aplicación de la saliva de la cruz y recitación de plegarias para limpiarlos al pecado. (Véase *México Anticuo*, de Humboldt, y *México*, de Prescott.)

Además del bautismo, las tribus de Méjico, de la América Central y del Perú se parecían á las naciones del Viejo Mundo por sus ritos de la confesión, la absolución, el ayuno y el matrimonio con la unión de manos ante el sacerdote.

Tenían también una ceremonia semejante á la eucaristía, en que se consumía una pasta de harina, marcada con la *fiat* (fiat) egipcia de la cruz) y á la que el pueblo llamaba la carne de su Dios.

Esta, á manera de hostia, guardaba exacto parecido con las ritos sagrados de Egipto y de otras naciones orientales. También, á semejanza de estas naciones, los pueblos del Nueve Continente tenían oráculos manáuticos, así de hombres como de mujeres, donde se castigaba con la muerte el quebrantamiento de los votos. Echaban los cadáveres al modo de los egipcios, y adoraban al sol, la luna y los planetas, pero por encima de todo tributaban culto á la divinidad Omnipotente, Omnisciente... invisible, incorpórea, un Dios de toda perfección. (Historia de Nueva España, de Sahagún, Libro VI.)

Tenían también su Dios Virgen y madre, «Nuestra Señora», cuyo hijo, el «Señor de la Cruz», era llamado el «Sacerdote», correspondiendo exactamente á Isis Bellis y las demás diosas vírgenes de Oriente, con sus hijas divinas.

Los ritos de su culto al sol y al fuego, tenían íntimo parecido con los de las primitivas cultas de la Gran Bretaña é Irlanda, y como éstos, se creían «hijos del sol».

El arca ó arca fue uno de los símbolos sagrados universales, encontrado así en la India, Caldea, Asiria, Egipto y Grecia, como entre los pueblos cultas. Lord Kingsborough, en su obra *México Anticuo* (volumen VIII, pág. 350), dice:

«Así como entre los Judíos el arca era una especie de altar portátil en que exponían continuamente presente á la divinidad así también los mejicanos, los cheroqueses y los indios de Michoacan y de Honduras profesaban la mayor veneración á una arca, teniéndola por objeto demasiado sagrado para que pudiese tocarle alguien que no fuese sacerdote.»

Por lo que respecta á la arquitectura religiosa, vemos que en los dos lados del Atlántico fué la pirámide una de las primeras con-

trucciones sagradas. Aun siendo dudoso el empleo á que estos monumentos fueran destinados en su origen, es positivo, sin embargo, que estaban íntimamente relacionados con las ideas religiosas. La identidad de su traza, ya en Egipto, ya en Méjico, ó en la América Central, es demasiado chocante para que se la considere como mera coincidencia. Verdad es que algunas de las pirámides americanas —el mayor número—son de forma truncada ó aplanada, más sin embargo, según Bancroft y otros, muchas de las encontradas en Yucatán y particularmente las próximas á Palenque, acaban en punta, á la manera Egipcia, mientras que hay también en Egipto pirámides del tipo escalonado y aplanadas. Cholula ha sido comparada á los grupos de Dachour Sakkara y á la pirámide escalonada de Medour. Así mismo la orientación, la estructura y hasta las galerías y cámaras interiores de estos monumentos misteriosos de Oriente y Occidente, atestiguan que sus constructores se inspiraron al trazarlos en una idea común.

Las grandes ruinas de las ciudades y templos del Yucatán, y aún de Méjico, tienen una extraña semejanza con las de Egipto, habiéndose comparado muchas veces las ruinas de Teotihuacan con las de Karnak. El «falso arco»—formado por hileras de piedras horizontales que resaltan ligeramente una de otra—se encuentra construido del mismo modo en la América Central, en los más antiguos edificios de Grecia y en los restos etruscos. Los constructores de túmulos, así en uno como en otro Continente, los hacían similares y colocaban dentro de ellos los cadáveres en idénticos sarcófagos de piedra. Ambos hemisferios tienen también sus grandes montículos espirales; compárese el de Adams Co (Ohio) con el acabado montículo espiral descubierto en Argyleshire, ó con el ejemplar menos perfecto de Avebury en Wilts. El tallado y decorado de los templos de América, de Egipto y de la India, tienen mucho de común, y alguna de las decoraciones murales son completamente idénticas.

*Quinto.*—Solo nos resta dar un breve resúmen de las noticias sacadas de escritores antiguos, de tradiciones de razas primitivas y de las leyendas arcáicas del diluvio.

Æliano, en su *Varia historia* (lib. III, cap. XVIII), declara que Theopompo (400 años antes de la Era cristiana) daba noticia de una entrevista del Rey de Frigia y Síleno, en que el último se refería á un gran Continente más allá del Atlántico, de mayor extensión que Asia, Europa y Libia juntas.

Prodo hace una cita de un antiguo escritor relativa á las islas del mar que está al otro lado de las columnas de Hércules (Estrecho de Gibraltar) y dice que los habitantes de una de ellas tenían la tradición de una isla muy extensa llamada Atlántida que por mucho tiempo dominó sobre las demás de aquel Océano.

Los Toltecas de Méjico se consideraban oriundos de un país llamado Atlán ó Aztlán; los Aztecas también remontaban su origen á Aztlán (véase *Native Races* de Bancroft, vol. V, págs. 221 y 321).

El *Popul Vuh* (pág. 294) habla de una visita que tres hijas del Rey de Quiches hicieron á una tierra «al Este, á orillas del mar, de la cual sus padres habían venido», y de donde aquellos trajeron, entre otras cosas, «un sistema de escritura». (Véase también Bancroft, vol. V, pág. 553.)

Existe entre los indios de la América del Norte, muy difundida, una leyenda sobre la procedencia de sus antepasados de una tierra «hacia el nacimiento del Sol». Los indios Jowas y Dakotas, según afirma el mayor J. Lind, creían que «todas las tribus indias formaban antiguamente una sola, y que vivieron juntas en una isla... hacia el nacimiento del Sol». Desde allí cruzaron el mar en enormes piraguas, en las cuales los antiguos Dakotas navegaron semanas enteras, ganando al fin la tierra.

Declaran los libros de la América Central, que una parte de aquel continente se extendía mar adentro en el Océano y que esta región fué destruida por una serie de espantosos cataclismos sucedidos á largos intervalos, de tres de los cuales hacen frecuente referencia. (Véase *Ancient America*, de Wadin, pág. 176). Es curiosa la confirmación de esta creencia por la leyenda de los celtas de Bretaña, que presentaba á su país extendiéndose antiguamente por el Atlántico, y luego destruido. Tres catástrofes se mencionan en las tradiciones de Gales.

De la divinidad Mejicana, Quetzalcoatl se creía que vino del «lejano Oriente». Se le representaba como un hombre blanco de luenga barba (nótese que los indios americanos no tienen barba). Este Dios les enseñó la escritura y reguló el calendario mejicano. Después de haberles aleccionado en las artes pacíficas, se embarcó de nuevo en dirección al Este en una canoa de piel de serpiente. (véase *North Americans of Antiquity*, de Short págs. 268 y 271). La misma historia se hacía de Zamna, civilizador de Yucatán.

Solo queda que considerar la maravillosa uniformidad de las leyendas de diluvio en todas las partes del mundo. Que aquellas sean versiones arcaicas de la historia de la perdida Atlántida y de su hundimiento, ó ecos de una gran alegoría cósmica, un tiempo enseñada y tenida en veneración de algún centro común, desde el cual se difundiría á todos los confines del mundo, no es cuestión que por el momento nos importe. Basta para nuestro objeto mostrar la aceptación universal de estas leyendas. Ocioso sería repetir las historias del diluvio una por una; es suficiente decir que en la India, en Caldea, Babilonia, Media, Grecia, Escandinavia y China,

así como entre los judíos y celtas la leyenda es completamente idéntica en todo lo esencial. Y volviendo al Occidente ¿qué encontramos? La misma historia en todos sus detalles, conservada por los mejicanos (cada una de cuyas tribus tenía su versión), por los guatemaltecos, peruanos y habitantes de Honduras y por casi todas las tribus indias de la América del Norte. Sería pueril sostener que en una mera coincidencia esté la explicación de esta identidad fundamental.

Con la siguiente cita del famoso manuscrito Troano que existe en el Museo británico y que ha traducido Le Plongeon, pondremos término á esta parte del asunto. El manuscrito troano parece haber sido escrito hace unos 3.500 años entre los mayas del Yucatán.

He aquí la descripción que hace de la catástrofe que sumergió la isla de Poseidon: «En el año 6 Kan, en el undécimo Muluc del mes Qac, hubo terribles terremotos que siguieron sin interrupción hasta el décimo tercio Chuen. El país de los montículos de lodo, la tierra de Mu, pereció; elevada por dos veces, desapareció durante la noche, sacudidas sin cesar las profundidades por fuerzas volcánicas. Faltando á éstas la salida, hundían y elevaban la tierra en diferentes sitios. Al fin cedió la superficie, y diez comarcas, hechas pedazos, fueron esparcidas. Incapaces de resistir la fuerza de las convulsiones, se hundieron, con sus 64 millones de habitantes, 8.060 años antes de que este libro fuera escrito.»

Pero ya hemos dedicado bastante espacio á las noticias más ó menos autorizadas sobre el particular, que hasta ahora hemos tenido á mano.

Los que tengan interés en continuar los investigaciones en alguna dirección de las indicadas, pueden acudir á las distintas obras de que hemos hecho mérito.

W. SCOTT-ELLIOT.

---

## SINETOISMO

---

La religión oficial del Japón es el *Sinetóismo*, cuyo origen remonta á la más lejana antigüedad. Los Nipones ó Japoneses la denominan *Kami nomitchi*, es decir: la vía de los héroes ó génios, lo que los extranjeros traducen generalmente como: la religión de

los antepasados. *Sinc-to* es un término chino que tiene la misma significación, pero que no data sino del siglo seis de la era cristiana, época en la cual el Buddhismo fué introducido de China en el Japón, por la Corea, y comenzó á hacer prosélitos allí. Fué para distinguir la vieja religión que seguían los habitantes del país, de la nueva llamada Butpo, (contracción eufónica de *Buts-to*, vía del Buddha), que el término *Sinc-to* fué adoptado, pero no se debe olvidar que el culto que él designa remonta, en el pasado, á las leyendas fabulosas del período mitológico del país.

Los Nipones reconocen, como el primero de todos los soberanos humanos que hayan reinado sobre ellos, al *Tenno* ó emperador *Djim-mou*, que subió al poder en el año 660 antes de Jesu-Cristo y pretenden que ese personaje descendía de la diosa solar *Amatérás*, salida del ojo izquierdo de *Izanagui*, diós creador del Japón. Es esta descendencia divina la que ha hecho siempre considerar á los emperadores del país como á semi-dioses, y, desde la época precitada hasta nuestros días, la lista de los *Tennos* ó *Mikados* no se ha interrumpido jamás. Ningún soberano, pués, puede vanagloriarse de un origen tan antiguo como el del emperador del Japón.

Los primeros seres á los cuales se dirige la veneración de los fieles sinetoístas, son esos héroes legendarios y semi-dioses mitológicos tan numerosos, hijos y descendientes de *Izanagui*, que han reinado sobre el Japón, de generación en generación, y han realizado empresas maravillosas, como la destrucción de las béstias feroces y temibles. Son enseguida los grandes príncipes y los grandes hombres que han ilustrado al pueblo por medio de grandes hechos de armas, de leyes sabias ó de invenciones útiles: los santos, los personajes notables por su conducta ó por su ciencia, que le han procurado glorias y renombre, etc.

En los tiempos modernos, se ha visto también elevar por medio de decretos imperiales al rango de *Kamis* á hombres dedicados á una obra de venganza que consideraban como santa, tales como los cuarenta y siete *roninos* quienes para vengar la muerte de su jefe, asesinado por orden de un príncipe, anduvieron vagando durante diez años alrededor del asesino, con diversos disfraces, esperando el momento propicio para herirlo, en ejecución del juramento que habían hecho. Más recientemente aún, generales y hasta soldados que, durante la revolución de 1868, lucharon contra el partido del *Mikado* y que, vencidos, se habían dado valientemente la muerte, fueron divinizados por el mismo *Mikado* y juzgados dignos de poblar el cielo del culto Sinetoísta.

Esta veneración de los héroes y de los bienhechores del país, antiguos ó modernos, legendarios ó históricos, tiene evidentemente su

fuerza en la piedad filial que forma uno de los caracteres más salientes y más notables de los pueblos del Extremo Oriente. Es por un acto de reconocimiento que el pueblo, en la época de su primera barbarie, ha considerado como seres sobrehumanos á todos aquellos que obligaron su admiración, y que ha hecho de ellos los genios tutelares de la patria. Es á ellos que ha recurrido siempre, en sus angustias y miseria, como á sus protectores naturales; es á ellos á quienes implora como el niño asustado que se refugia en los brazos de la madre buscando protección.

El Sinetoismo se presenta así, menos como una religión que como la exaltación del culto patriótico de los antepasados elevado á la altura de una creencia religiosa. Tal debía ser y tal ha sido, en el origen, cuando sus sectarios no tenían en vista sino la adoración de los Kamis, pero la intromisión de la metafísica del Buddhismo y de los principios del Taoismo de la China tuvo por consecuencia la alteración del culto primitivo por elementos extranjeros. Mezclándose con el *Bud-po*, el *Sineto* puro produjo una religión mixta llamada *Riyobu-Sineto*, formada á la vez de la adoración de los antepasados y de la de los génius que personificaban las fuerzas de la naturaleza. Supersticiones por lo general groseras (1), se ingertaron allí complicando y obscureciendo el culto y sus ritos. El culto de la generación, primitivamente honrado y representado por un simbolismo fálico, cayó en representaciones obscenas y repulsivas semejantes á las saturnales y bacanales de la antigüedad. Las fiestas en honor de la generación y de la fecundidad de la naturaleza degeneraron en pinturas lascivas que predominaban todavía en el Japón cuando este fué abierto á los extranjeros. A pedido de estos últimos concluyeron por quedar suprimidas poco después de la revolución de 1868. Aún se vé, en diversos sitios, edificios que son verdaderos templos de Priapo, como el que se oculta en un bosque de árboles que corona una colina de la bahía de Yokoska, donde se encuentra el principal arsenal marítimo del Japón.

El Sinetoismo no tiene dogma alguno y por así decir prescripciones ni mandamientos. Deja á sus fervientes el cuidado de purificar su alma, de desenvolver sus conciencias y su moralidad, de dedicarse á la práctica del bien y de las buenas obras, tomando para ello por modelos á los Kamis que han dejado tan hermosos ejemplos que imitar. Esta religión no exige tampoco culto público, jamás sus sacerdotes pronuncian sermones, y son ellos los que menos exigencias pecuniarias tienen para las ceremonias que se les encarga. En la práctica ella limita su rol á las cosas terrestres, y no es

(1) Como se producen en toda religión exotérica.

sino confusamente que se podría reconocer en ella una vaga creencia en un estado futuro de felicidad ó de desgracia para el cual la vida presente es un período de prueba. No se puede poner en duda que la limpieza corporal que distingue á los Japoneses de los otros pueblos no tenga un origen simbólico en su religión y no represente, á sus ojos, la purificación del alma.

Lo que acabamos de decir permitirá comprender cómo dos creencias tan tolerantes como el Sinetoismo y el Buddhismo hayan podido vivir en excelentes términos, lado á lado, en el mismo país, desde hace siglos, y continuar siendo practicados simultáneamente, hasta el punto de mezclarse tan íntimamente que ha llegado á ser casi imposible distinguir los respectivos elementos.

En el siglo diez y ocho, algunos sacerdotes Sinetoístas ensayaron volver á colocar su culto en su simplicidad primitiva, desembarazándolo de las supersticiones de que está lleno, pero esta tentativa abortó y el *Riyobu-Sineto* ó religión combinada, continúa, como en el pasado, siendo la religión favorita de los Nipones. No fué sino en 1868 que tuvo lugar un importante cambio en la historia religiosa del país. Dicho año, el Shoguno, Taicum ó generalísimo, habiendo sido echado abajo por la coalición de los grandes príncipes feudatarios, los Daimiyos, y habiendo el Mikado tomado las riendas del gobierno como único soberano, el Buddhismo, que siempre fué la religión favorecida por los Sogunos y sus partidarios, quedó desterrado de la corte, mientras que el Sinetoismo fué adoptado por el Estado como religión oficial. Al mismo tiempo se exigió que los templos se declarasen por una ú otra religión é hiciesen desaparecer inmediatamente todo emblema ú ornamento buddhista. Una medida tan violenta causó naturalmente mucha excitación, tanto más, cuanto, desde muchos siglos antes, los sacerdotes sinetoístas y buddhistas se entendían á las maravillas para officiar, por turno, en los mismos templos y sobre los mismos altares habiendo declarado los segundos, desde un principio, que los Kamis no eran sino los avatares de las divinidades buddhistas, por consecuencia de lo cual aquellos que se convirtiesen á su doctrina podían continuar creyendo en los antiguos dioses y ofrecerles sus oraciones. Uno de los más bellos y ricos templos levantados á Siva, en Tokio, construido y decorado por la piedad y la generosidad de los Sogunos, fué incendiado una noche por los sacerdotes buddhistas que no quisieron verlo pasar á manos de los sinetoístas. Desde entonces, el gobierno acordó una subvención de un millón y medio de francos, por año, para el mantenimiento de los templos y capillas sinetoístas, que son 98.000 y están dedicados á 3.700 Kamis diferentes. Pero apesar de ese apoyo del gobierno, el Sinetoismo ha perdido la mayor parte de la importancia que le ha-

ha sido acordada, después de la revolución, pues el pueblo ha permanecido fiel á las hermosas ceremonias budhistas y á su culto moderado. La única diferencia para él, es que en la actualidad está obligado á visitar dos templos en vez de uno. Así por ejemplo, cuando nace un niño, sus padres van sucesivamente á presentarle á un templo sintoísta (Yasiro) y á un templo budhista (Tera), para recomendarlo á los Kami y colocarlo bajo su benévola protección. De igual modo, las exequias de un Nipón ya no son hechas exclusivamente por los sacerdotes budhistas, como tenía lugar antes de 1868; hoy los muertos son enterrados, según su voluntad ó la de sus familias, sea por el clero sintoísta ó por el clero budhista. Lo que mejor que nada prueba que el Sintoísmo puro ha perdido terreno, es la declaración que hizo el Gobierno, en 1892, de que no debía buscarse en los ritos de este un sentido religioso cualquiera, sino limitarse á mirarlos como antiguas ceremonias tradicionales y conmemorativas. Esta declaración es de una importancia grande para los misioneros cristianos.

El Sintoísmo cuenta muchas sectas, de las cuales la más influyente es la de los *Dzinika*, fundada en 1541. Ella reconoce una divinidad absoluta, eterna, de una bondad infinita hacia todas las criaturas; hace intervenir vagamente una Trinidad, en la obra de la creación, y recomienda la más entera sumisión á las órdenes del emperador, representante de la divinidad.

A pesar de la separación de las dos religiones, muchos templos sintoístas conservan la huella de la influencia budhista. El sello predominante de esos edificios es una simplicidad sumamente grande que no es rara encontrar asociada á una verdadera belleza artística. Algunas veces el santuario es formado solo por una construcción más bien grosera, oculto bajo un ramillete de árboles, pero, aún en el caso de templos vastos y reunidos en imponente grupo, la arquitectura es excesivamente sóbria y los materiales empleados son de los más ordinarios. La entrada al templo se hace por pórticos llamados *Torii*, construidos generalmente de madera y algunas veces de piedra y aún de bronce, que consisten en dos postes verticales reunidos en la parte superior por dos traviezas horizontales superpuestas. A la entrada, estatuas de perros y de leones, suponen á los guardianes del templo. El altar principal (*Housha*) está colocado en el fondo del recinto sagrado dividido por un tabique de corredera, una antecámara y un santuario interior. Es en este donde se levanta el altar, sobre el cual no hay más que ofrendas de arroz, de frutas, de vino, etc. Encima del altar y bien á la vista, se encuentra un gran espejo redondo, en bronce plateado, y en una caja colocada debajo de éste se halla un sable y una piedra.

Estas tres cosas: espejo, sable y piedra, son cosas reales en el Japón, á causa de sus relaciones con las leyendas antiguas. Una de éstas, que se refiere al espejo, merece ser narrada aquí: «Cuando llegó el momento en que Izanagui y su mujer debían abandonar el país, para subir al cielo, aquél reunió á sus hijos, les ordenó secar sus lágrimas y escuchar sus últimas voluntades. Les entregó entonces un disco de plata pulido ordenándoles arrodillarse ante dicho disco todas las mañanas y todas las noches para ver allí la impresión que sus malas pasiones hubieran producido sobre sus semblantes y tomar entonces la resolución de corregirse y de perfeccionarse, á fin de merecer la dicha de ese mundo superior donde iban á precederlos sus padres». La leyenda continúa relatando con que fidelidad los hijos de Inazagui y, más tarde, sus descendientes, obedecieron esos mandamientos; cómo elevaron un altar para colocar el espejo sagrado, y pusieron sobre él vasos de flores, llegando á ser después, á su turno, Kamis, en recompensa de su piedad.

Otro de los emblemas más comunes es el *Gohei* ó vara de madera, al extremo de la cual se unen bandas de papel blanco destinadas á atraer á las divinidades, varas que son tenidas en gran veneración.

Cuando se hace la vuelta del recinto interior de un templo sinetoista, se encuentra allí las habitaciones de los sacerdotes, altares y oratorios de menor importancia, pilas de agua lustral, una cabailleriza con un caballo sagrado, un pozo, etc. Los grandes templos tienen también interiormente, dando sobre el patio, un vesíbulo llamado *Kagura-do*, donde las mujeres y las jóvenes ejecutan, como sacerdotizas, danzas sagradas, los días de fiestas y de grandes ceremonias. Estas mujeres no hacen ningún voto y son libres de casarse; lo mismo que sucede con los sacerdotes sinetoistas que no están obligados á observar el celibato, como los sacerdotes budhistas. Alrededor de los templos se encuentran también numerosas y grandes linternas (*toro*) en piedra ó en bronce, ofrendadas por donatarios ricos ó poderosos, y que se encienden en las grandes circunstancias.

Bien que el Sinoteismo no tenga nada que recuerde el culto público de nuestras iglesias, sus sacerdotes hacen cada mañana y cada tarde una ceremonia ante el altar, vestidos de blanco y cantando en un tono monótono oraciones y alabanzas, en un viejo lenguaje incomprensible para el pueblo, y se acompañan golpeando sobre un tambor durante todo el tiempo que duran sus invocaciones, es decir cerca de un cuarto de hora. Las devociones del pueblo son aún más cortas y más simples. El fiel, presentándose en la puerta de la ca-

pilla, toca una campana ó un gongó por medio de una cuerda de paja de arroz colgada al lado de aquella, á fin de atraer de ese modo la atención de la divinidad que va á invocar; alioja enseguida sobre el mánitel del santuario una ó dos monedas del más ínfimo valor posible (medio centésimo poco más ó menos), se prosterna una ó dos veces, golpea sus manos, para despedir al dios, y se retira sin haber proferido una sola palabra.

Las peregrinaciones ocupan un gran sitio en la religión de que nos ocupamos; y aunque el número de peregrinos haya disminuido mucho desde hace algunos años, hay quienes llegan de muy lejos para visitar templos renombrados, tales como los de Nikkó, elevados á la memoria de los célebres Sogoones Iyéyas ó Iyébits, ó los de la diosa solar de Isé, la Meca del Japón. En estas peregrinaciones se preocupan los fieles ante todo de comprar *Oharaí* ó amuletos sagrados que no se venden sino sobre los mismos lugares sagrados. Dichos amuletos deben ser colocados después en el *Kami-dana* ó miniatura de templo, en madera, que existe en cada casa y en el cual están inscritos en tablillas de laca los nombres de las divinidades patronales y de los parientes muertos. Enseguida de haber comprado sus *Oharaí*, el peregrino se entrega con alegría á las variadas diversiones que encuentra en la vecindad de los templos.

El poco de influencia que conserva todavía el culto sinetolista puede atribuirse á la superstición del pueblo y de los letrados, por una parte, y por otra á la repugnancia que sienten las clases elevadas á romper con un pasado tan venerable. Estas continúan por hábito conformándose con el pequeño número de las prescripciones religiosas, que no las toman á lo sério. Por lo que respecta al Estado, la importancia que parece acordarles es absolutamente política. Lo mismo que se destruyó en Yedo la magnífica residencia del Sogoon, cuando el Mikado fué á establecerse á esa ciudad donde fijó la capital del país, se quiso destruir la región sogoonal que se inclinaba tan decididamente al Buddhismo. Es por estas razones que el Sinetolismo ofrece muy pocos obstáculos á la introducción de otra religión, siempre que ésta no trate de tocar el culto que todo Japonés debe á su emperador, el Mikado.

Ya se ha visto con que facilidad el Buddhismo se estableció en el Japón. La religión cristiana, introducida por los portugueses hace 300 años, gozó primeramente de una extrema tolerancia y no fué sino á causa de la actitud agresiva que los misioneros adoptaron con respecto á los ritos nacionales y á la autoridad, que surgieron después complicaciones cuyo resultado fué la expulsión de los extranjeros y la persecución de aquellos que se habían convertido. No debe sorprender el hecho de que los príncipes japoneses persi-

guiesen á los que manifestaban sus celos hácia un culto tan antiguo como el suyo y tan íntimamente ligado á la vida política y social de la nación. En nuestros días, ninguna religión extranjera es perseguida en el Japón y los cristianos, entre otros, gozan allí de nuevo de la mayor tolerancia y de la libertad más grande.

E. P. N.

## UNA FIESTA PAGANA EN EL SIGLO XIX

En la primavera del año 1900, un escritor ruso contemporáneo, N. Garine, publicó una narración, casi un diario, de sus trabajos como político y filántropo realizados en el fondo de la «provincia» rusa, y en esos recuerdos, aquél hombre de acción, que es, como todo esclavo, un «gran soñador» y un verdadero poeta, apesar de la prosa de sus obras políticas y literarias, nos presenta un cuadro encantador, especie de visión de épocas desaparecidas: una fiesta pagana en plena Europa de nuestros días.

Hè aquí el resumen de una de las páginas del mencionado libro:

«Era después de la siembra... Las tribus Tehuvaskas iban á celebrar la gran fiesta de la primavera dedicada á la jóven diosa, hija de su diós Thur, el grande, el poderoso Thur, la cual, como este, es omnipotente, pues es diosa del Amor.

La tierra había recibido ya los gérmenes de la cosecha dorada y la fiesta «Yav» había llegado. El escritor pasaba en su rudo vehículo de posta cerca de una aldea Tehuvaska «Todo, dice, resplandecía con cálido brillo en la naturaleza, y un dulce perfume embalsamaba la atmósfera,—el río irradiaba sus hilos de plata entre flores púrpuras, amarillas, azules y blancas, que se retrataban sobre las aguas...» En el prado,—bién lejos,—se encontraba el grupo de los aldeanos intimidados por la presencia del señor ruso; solo un viejo, el intérprete oficial entre rusos y tehuvaskos, y un sacerdote de estos, se aproximaron al llamado del yamchik (cochero) y de N. Garine. El escritor se detuvo por curiosidad y la sencilla población no se rehusó admitir al extranjero en la interesante fiesta que celebraba bajo la bóveda azul del cielo, en medio de un paisaje lleno de luz y de flores.

«Las jóvenes doncellas se mantenían separadas, á cierta distancia, vestidas con blancas y largas túnicas aprisionadas en el talle por una cinta roja. Sobre sus cabezas tenían colocados los extraños y puntiagudos cascos de su raza, cascos de platado metal, de los que pendían

á lo largo de las orejas dos correas adornadas de monedas también plateadas. Se encontraban allí, como princesas en un cuento de hadas, en blanca teoría ánte la invisible diosa del Amor, jóven también como ellas.»

«El anciano dió la señal de la danza sagrada, y, entónces, las niñas se dieron las manos y comenzaron un lento movimiento circular cantando un coro extraño y original. Giraron un breve instante, dieron enseguida un paso hácia adelante y después se detuvieron, acercando lentamente sus piés uno después de otro. El anciano dirigiéndose al extranjero, le dijo gravemente: «Este canto no tiene palabras, pues es así como ellas cantarán cuando, muertas, suban hácia Thur. Nosotros, de la raza Tchuvaska, somos pobres; Thur, el gran diós, nos dá la primavera, su hija nos dá el amor y el matrimonio. Amamos á la tierra y hacemos todo siempre alegremente, como cantos. Pero este canto no puede ser oído más que una sola vez, en la primavera. Cantarlo en otra ocasión, es gran pecado.»

La jóven que conducía el coro, como arrastrada ella misma hácia los cielos por la arrobadora melodía, se detuvo de pronto... y todos callaron. A la más bella, una morena de grandes ojos pardos, se le reunió entónces un mozo de una rara hermosura: Zoraib, su prometido... La cadena se rompió, pero lentamente, con movimientos rítmicos, y toda la banda se inclinó, medio arrodillada, ó sentada, hasta tocar el suelo quedando así, tranquila, muda, como una viva guirnalda blanca y roja. Enseguida, todos esos jóvenes ojos se dirigieron hácia el extranjero con un amigable y natural desembarazo, diciéndole: Sed el bienvenido.

Y el extranjero, hijo de esa «inteligencia» rusa que quiere y no puede creer, que busca hoy una vía hácia la fé y la salvación, ligada como está todavía, por el orgullo, á la ciencia materialista, su irónica tutora... el extranjero, ante ese cuadro tan extraño, evocación de edades muy remotas, que parecía haber brotado de debajo de los velos milenarios que los siglos arrastran sobre la tierra, se sintió repentinamente en un estado de alma inexplicable para él. Bajo ese sol tan claro, tan real, de ese día de primavera, sintió revivir *en sí*, un recuerdo de fiesta parecida, de un culto olvidado, de anterior existencia en época lejana por él vivida... Así era, hace dos mil años,—pensó,—y el canto, y el ritmo y el paso... todo era semejante, bajo el mismo esplendor del sol que se ponía. «Yo me sentí llevado hácia atrás... añade, á lejanos tiempos, cuando *aquello*, es decir ese culto y esos actos y esta fiesta eran *mios* también... Y saludé la evocación con respeto y reconocimiento.»

El europeo, no creía, escribiendo esas líneas, más que en un mirage poético, cuando, talvéz, en esa misma hora la pobre tribu

castraje le había dado simplemente su primer *lección de realidad*...

Y se alzó por la verde senda, en dirección al sol que se ponía en medio de fajas de rubies. Su cochero, un paisano ruso, soñador también, rompió entonces el silencio con exclamación brotada del corazón: «¡qué lindo ha sido esto!»

La mística cuerda eslava había, pues, vibrado en el alma del señor y del vasallo...

UARI.

## LA CUEVA DE LOS ECOS <sup>(1)</sup>

(UNA HISTORIA EXTRAÑA PERO VERDADERA)

En una de las provincias más distantes del imperio ruso, y en una pequeña ciudad fronteriza á la Siberia, ocurrió hace más de cincuenta años una tragedia misteriosa. A cosa de seis verstas de la ciudad de P..., célebre por la hermosura salvaje de sus campiñas, y por la riqueza de sus habitantes, en general propietarios de minas y de fundiciones de hierro, existía una mansión aristocrática. La familia que la habitaba se componía del dueño, solterón viejo y rico, y de su hermano, viudo con dos hijos y tres hijas. Se sabía que el propietario señor Izvertzoff, había adoptado á los hijos de su hermano, y habiendo tomado un cariño especial por el mayor de sus sobrinos, llamado Nicolás, lo había instituido único heredero de sus numerosos estados.

Pasó el tiempo. El tío envejecía y el sobrino se acercaba á su mayor edad. Los días y los años habían pasado en una serenidad monótona, cuando en el hasta entonces claro horizonte de la familia se formó una nube. En un día desgraciado se le ocurrió á una de las sobrinas aprender á tocar la gitara. Como el instrumento es de origen puramente teutón, y como no podía encontrarse maestro alguno en los alrededores, el complaciente tío envió á buscar uno y otro á San Petersburgo. Después de una investigación minuciosa, pudo darse con un profesor que no tuviera inconveniente en aventurarse á ir tan cerca de la Siberia. Era un artista

(1) Esta historia está sacada del relato de un testigo presencial, un señor ruso, muy piadoso y muy digno de crédito. Además los hechos están copiados de los registros de la Policía de P... El testigo en cuestión, los atribuye, por supuesto, parte á la Interacción Divina y parte al Diablo.—H. P. B.

alemán, anciano, que compartiendo su cariño igualmente entre su instrumento y una hija, rubia y bonita, no quería separarse de ninguno de los dos. Y así sucedió que, en una hermosa mañana, llegó el profesor á la mansión rusa, con su caja de música debajo del brazo, y su linda Minchen apoyándose en el otro.

Desde aquel día la pequeña nube empezó á crecer rápidamente, pues cada vibración del melodioso instrumento, encontraba un eco en el corazón del viejo solterón. La música despertó el amor, se dice, y la obra comenzada por la cítara fué completada por los hermosos ojos azules de Minchen. Al cabo de seis meses, la sobrina se había hecho una hábil tocadora de cítara, y el tío estaba locamente enamorado. Una mañana, reunió á su familia adoptiva, abrazó á todos muy cariñosamente, prometió recordarlos en su testamento, y por último, se desahogó declarando su resolución inquebrantable de casarse con la Minchen de ojos azules. Después se les echó al cuello y lloró en silencioso arrobamiento. La familia, comprendiendo que la herencia se les escapaba lloró también aunque por una causa bien distinta. Después de haber llorado, se consolaron y trataron de alegrarse, pues el anciano caballero era amado sinceramente por todos. Sin embargo, no todos se alegraron. Nicolás, que también se había sentido herido en el corazón por la linda alemana y que se veía de un golpe privado de ella y del dinero de su tío, ni se consoló ni se alegró, sino que desapareció durante todo un día.

Mientras tanto, el señor Izvertzoff había ordenado que preparasen su coche de viaje para el día siguiente, y se susurró que iba á la capital del distrito, á alguna distancia de su casa, con la intención de variar su testamento. Aunque era muy rico, no tenía ningún administrador de sus estados, y él mismo llevaba sus libros de contabilidad. Aquella misma tarde, después de cenar, se le oyó en su habitación reprender agriamente á un criado que hacía más de treinta años estaba á su servicio. Este hombre llamado Ivan, era natural del Asia del Norte, de Kamschatka; había sido educado por la familia en la Religión Cristiana, y se le creía muy adicto á su amo. Unos cuantos días después, cuando la primera de las trágicas circunstancias que voy á relatar, había traído á aquel sitio toda la fuerza de policía, se recordó que Juan estaba borracho aquella noche; que su amo, que tenía horror á este vicio lo había apaleado *paternalmente* y lo había echado fuera de las habitaciones, que se le había visto dando traspies fuera ya de la puerta, y se le había oído proferir amenazas.

En el vasto dominio del Sr. Izvertzoff había una extraña caverna que excitaba la curiosidad de todo el que la visitaba. Existe hoy todavía, y es muy conocida de todos los habitantes de P.—Un her-

que de pinos comienza á algunos piés de la puerta del jardín, y sube en escarpadas planicies á lo largo de cerros de rocas que cubre con un ancho cinturón de vegetación impenetrable. La gruta que conduce al interior de la caverna, conocida por «La Cueva de los Ecos», está situada á una media milla de la mansión, desde la cual aparece como una pequeña escavación á un lado del cerro, casi oculta por plantas exuberantes, aunque no tan completamente que impida ver á cualquier persona que entre en ella desde el terrado enfrente de la casa. Al penetrar en la gruta, el explorador ve en el fondo de la misma una estrecha abertura pasando la cual se encuentra una elevadísima caverna, débilmente iluminada por hendiduras en el techo abovedado á cincuenta piés de altura. La caverna es inmensa y podría contener holgadamente de dos á tres mil personas. En el tiempo del Sr. Yzvertzoff, una parte de ella estaba embaldosada, y en el verano se usaba á menudo como salón de baile en las giras campestres. Es de forma oval irregular, y se va estrechando gradualmente hasta convertirse en un ancho corredor que se extiende varias millas; ensanchándose á trechos, y formando otras estancias tan grandes y elevadas como la primera, pero con la diferencia de que no pueden cruzarse sino en bote, por estar siempre llenas de agua. Estos receptáculos naturales tienen la reputación de ser insondables.

En la orilla del primero de éstos, existe una pequeña plataforma con algunos asientos rústicos cubiertos de musgo, convenientemente colocados, y en este sitio es donde se oye en toda su intensidad el fenómeno de los ecos que dan su nombre á la gruta. Una palabra susurrada, y hasta un suspiro, son recogidos por infinidad de voces burlonas; y en lugar de disminuir de volúmen, como lo hacen los ecos honrados, el sonido se hace más y más intenso á cada sucesiva repetición, hasta que al fin estalla como la repercusión de un tiro de pistola, y retrocede en forma de gemido lastimero á lo largo del corredor.

En el día en cuestión, el señor Yzvertzoff, había indicado su intención de dar un baile en esta cueva el día de su boda, que había fijado para una fecha cercana. Al día siguiente por la mañana, mientras hacía sus preparativos para el viaje, su familia le vió entrar en la gruta, acompañado solamente por su criado siberiano. Media hora despues, Ivan volvió á la mansión por una tabaquera que su amo había dejado olvidada en su habitación y regresó á la gruta con ella; pero una hora más tarde, la casa se puso en conmoción por los grandes gritos que aquél arrojaba. Pálido y chorreando agua, Ivan se precipitó dentro de esta como un loco, y declaró que el señor Yzvertzoff había desaparecido, y que no se le encontraba en ninguna

parte de la caverna. Creyendo que se habria caido en el lago, se habia sumergido en el primer receptáculo en su busca, con peligro de ahogarse el mismo.

El día pasó sin que diesen resultado las pesquisas en busca del anciano, la policía invadió la casa, y el que más desesperado parecia era Nicolás, el sobrino, que á su llegada se habia encontrado con la triste noticia.

Una negra sospecha recayó sobre Ivan el siberiano. Habia sido castigado por su amo la noche anterior, y se le habia oido jurar venganza. Lo habia acompañado solo á la cueva, y cuando registraron su habitación, se encontró debajo de la cama una caja llena de riquisimas joyas de familia. En vano fué que el siervo pusiese á Dios por testigo de que la caja le habia sido confiada por su amo, precisamente antes de que se dirigieran á la cueva; que la intención era hacer remontar las joyas que destinaba como regalo de boda á la novia; y que él, Ivan, daría gustoso su propia vida para devolvérsela á su amo, si supiese que este no estaba muerto. No se le hizo ningun caso, sin embargo, y fué arrestado y metido en la cárcel bajo la acusación de asesinato.

Allí se le encerró; pues segun la legislación rusa, no podía, al menos por aquellos tiempos, ser condenado criminal alguno, por más demostrado que estuviese su delito, á menos que se confesase culpable.

Despues de haber pasado una semana en inútiles investigaciones, la familia se vistió de riguroso luto; y como el testamento primeramente otorgado permaneció sin codicilo, toda la propiedad pasó á manos del sobrino. El viejo profesor y su hija soportaron este revés de fortuna, con flema verdaderamente germánica, y se prepararon á partir. El anciano cogió su cítara debajo del brazo y se dispuso á marchar con su Minchen, cuando el sobrino lo detuvo, ofreciéndose como esposo de la linda damisela en lugar de su difunto tío. Encontraron el cambio muy agradable, y sin causar gran ruido fueron casados los dos jóvenes.

.....  
Transcurrieron diez años, y nos encontramos nuevamente á la feliz familia al principios de 1859. La linda Minchen habia engrosado y se habia puesto vulgar. Desde el día de la desaparición del anciano, Nicolás se volvió áspero y retraído en sus costumbres, admirandose muchos de tal cambio; pues no se le veía nunca sonreír. Parecia que el único objeto de su vida era encontrar al asesino de su tío, ó más bien, hacer que Ivan confesase su crimen. Pero este hombre persistía en que era inocente.

Solo un hijo habia tenido la joven pareja, y por cierto que era

un niño extraño. Pequeño delicado y siempre enfermo, parecía que su frágil vida pendía de un hilo. Cuando sus facciones estaban en reposo era tal su parecido con el tío, que los individuos de la familia á menudo se alejaban de él con terror. Tenía la cara pálida y arrugada de un viejo de sesenta años, sobre los hombros de un niño de nueve.

Nunca se le vió reír ni jugar; encaramado en su silla alta permanecía sentado gravemente cruzando los brazos de una manera que era peculiar al difunto señor Yzvertzoff, y así se pasaba las horas sin moverse y como adormecido. A sus nodrizas se les veía á menudo santiguarse furtivamente al acercarse á él por la noche, y ninguna de ellas hubiera consentido en dormir á solas con él en su cuarto. La conducta del padre para con su hijo era aún más extraña. Parecía quererlo apasionadamente, y al mismo tiempo odiarlo en extremo. Muy rara vez lo besaba ó acariciaba, sino que con semblante lívido y ojos espantados, pasaba largas horas mirándolo, mientras que el niño estaba tranquilamente sentado en su rincón, con sus maneras de viejo propias de un duende.

El niño no había salido nunca de la hacienda, y pocos, fuera de la familia, conocían su existencia.

A mediados de julio, un viajero húngaro, de elevada estatura, precedido de una gran reputación de exentricidad, de fortuna y poderes misteriosos, llegó á la ciudad de P, desde el Norte, en donde había residido por muchos años. Se estableció en la pequeña ciudad en compañía de un Shaman ó mago de la Siberia del Sur, con quien se decía que verificaba experimentos de magnetismo. Daba comidas y reuniones, é invariablemente exhibía á su Shaman, de quien estaba muy orgulloso, para divertir á sus huéspedes. Un día, los notables de P. invadieron repentinamente los dominios de Nicolás Yzvertzoff en demanda de que les prestase su cueva para pasar una velada. Nicolás consintió con gran repugnancia, y después de una vacilación aun mayor, se dejó persuadir para unirse á la partida.

La primera caverna y la plataforma al lado del inolvidable lago, estaban brillantes de luz. Centenares de velas y de antorchas de llamas vacilantes, metidas en las hendiduras de las rocas, iluminaban aquel sitio y ahuyentaban las sombras de los ángulos y rincones en donde habían estado agazapadas durante muchos años sin ser molestadas. Las estalactitas de las paredes chispeaban brillantemente y los dormidos ecos fueron repentinamente despertados por alegre confusión de risas y conversaciones. El Shaman, á quien su amigo y patrón no había perdido por un momento de vista, estaba sentado en un rincón, y, como de costumbre, hipnotizado, encaramado en una

roca saliente á la mitad del camino entre la entrada y el agua. Con el rostro de amarillo limón, lleno de arrugas, nariz chata y barba rala, parecía más bien un horrible ídolo de piedra que un ser humano. Muchos de la partida se apretaban á su alrededor recibiendo atinadas contestaciones á las preguntas que le dirigían; pues el húngaro sometía gustoso su «sujeto» magnetizado á los interrogatorios.

De pronto, una señora hizo la observación de que en esta misma caverna había desaparecido el Sr. Yzvertzoff hacia diez años. El extranjero pareció interesarse y mostró deseos de saber lo que había sucedido. En consecuencia buscaron á Nicolás entre las multitud y lo condujeron delante del grupo de curiosos. Era el huésped, y le fué imposible negarse á hacer la deseada narración. Repitió, pues, el triste relato con voz temblorosa, pálido el semblante y viéndosele brillar las lágrimas en sus ojos febriles. Los asistentes se afectaron mucho, murmurando grandes elogios sobre la conducta del amante sobrino que tan bien honraba la memoria de su tío y bienhechor; cuando, de repente, la voz de Nicolás se ahogó en su garganta, sus ojos parecieron salirse de las órbitas, y con un gemido roncó, retrocedió tambaleándose. Todas las miradas siguieron con curiosidad su aterrada vista, que se fijó y permaneció clavada sobre una diminuta cara de bruja que se asomaba por detrás del húngaro.

—¿De dónde vienes? ¿Quién te trajo aquí, niño?—balbuceó Nicolás, pálido como la muerte.

—Yo estaba acostado, papá; este hombre vino por mí, y me trajo aquí en sus brazos—contestó con sencillez el muchacho, señalando al Shaman, al lado de quien se hallaba en la roca, y el cual seguía con los ojos cerrados, moviéndose de un lado á otro como un péndulo viviente.

—Esto es muy extraño—observó uno de los huéspedes,—pues este hombre no se ha movido de su sitio.

—¡Gran Dios! ¡Qué parecido tan extraordinario!—murmuró un antiguo vecino de la ciudad, amigo de la persona desaparecida.

—¡Mientes, niño!—exclamó con fiereza el padre.—Véte á la cama; éste no es sitio para tí.

—Vamos, vamos—dijo el húngaro, interponiéndose con una expresión extraña en su cara, y rodeando con sus brazos la delicada figura del niño;—el pequeño ha visto el doble de mí Shaman, que á menudo vaga á gran distancia de su cuerpo, y ha tomado al fantasma por el hombre mismo. Dejadlo permanecer un rato con nosotros.

A estas extrañas palabras, los asistentes se miraron con muda sorpresa, mientras que algunos hicieron piadosamente el signo de la cruz, presumiendo indudablemente que se trataba del Diabolo y de sus obras.

—Y por otro lado—siguió diciendo el húngaro con un acento de firmeza peculiar, dirigiéndose á la generalidad de los concurrentes, más bien que á alguno en particular:—¿por qué no habríamos de tratar, con ayuda de mi Shaman, de descubrir el misterio que encierra esta tragedia? Está todavía en la cárcel la persona de quien se sospecha. ¿Cómo, no ha confesado su delito? Esto es seguramente muy extraño; pero vamos á saber la verdad dentro de algunos minutos. ¡Qué todo el mundo guarde silencio!

Se aproximó entónces al tehuktchené, é inmediatamente dió principio á sus manipulaciones, sin siquiera pedir permiso al dueño del lugar. Este último permanecía clavado en su sitio, como petrificado de horror, y sin poder articular una palabra. La idea encontró una aprobación general, á excepción de él, y especialmente aprobó el pensamiento el Inspector de policía, Coronel J..

Señoras y caballeros—dijo el magnetizador con voz suave;—permitidme que en esta ocasión proceda de una manera distinta de lo que generalmente acostumbro á hacerlo. Voy á emplear el método de magia nativa. Es mas apropiado á este lugar salvaje, y de mucho más efecto, como ustedes verán, que nuestro método europeo de magnetización.

Sin esperar contestacion, sacó de un saco que siempre llevaba consigo, primeramente un pequeño tambor y después dos redomas pequeñas, una llena de un liquido, y la otra vacía. Con el contenido de la primera, roció al Shaman, quien empezó á temblar y á balancearse más violentamente que nunca. El aire se llenó de un perfume de especias, y la misma atmósfera pareció hacerse más clara. Luego, con horror de los presentes, se acercó al tibetano, y sacando de un bolsillo un puñal en miniatura, le hundió la acerada hoja en el antebrazo, y sacó sangre que recogió en la redoma vacía. Cuando estuvo medio llena, oprimió el orificio de la herida con el dedo pulgar y detuvo la salida de la sangre con la misma facilidad que si hubiera puesto un tapón á una botella, después de lo cual roció la sangre sobre la cabeza del niño. Luego se colgó el tambor al cuello, y con dos palillos de marfil cubiertos de signos y letras mágicas, empezó á tocar una especie de *reveille* para atraer los espíritus según él decía.

Los circunstantes, medio sorprendidos, medio aterrorizados por este extraordinario procedimiento, se apiñaban ansiosamente á su alrededor, y durante algunos momentos reinó un silencio de muerte en toda la inmensa caverna. Nicolás, con semblante lívido como el de un cadáver, permanecía sin articular palabra. El magnetizador se había colocado entre el Shaman y la plataforma, cuando principió á tocar lentamente el tambor. Las primeras notas eran encubiertas

y vibraban tan suavemente en el aire, que no despertaron éco alguno; pero el Shaman apresuró su movimiento de péndulo y el niño se mostró intranquillo. Entónces, el que tocaba el tambor principió un canto lento, bajo, solemne y de grande impresión.

A medida que aquellas palabras desconocidas salían de sus labios, las llamas de la velas y de las antorchas ondulaban y fluctuaban hasta que principiaron á bailar á compás del canto. Un viento frío vino silbando de los oscuros corredores, más allá del agua, dejando un éco quejumbroso en póz de sí. Luego una especie de vapor nebuloso que parecía manar del suelo y de las paredes de roca, se juntó en torno del Shaman y del muchacho. Alrededor de este último, el aura era plateada y transparente, pero la nube que envolvía al primero era roja y siniestra. Aproximándose más á la plataforma, el mago tocó un redoble más fuerte en el tambor, y esta vez fué recogido por el éco con un efecto terrorífico. Retumbaba cerca y lejos con estruendo incesante; un clamor sucedía á otro más y más ruidoso, hasta que el estrépito formidable, pareció el coro de mil voces de demonios que se levantaban de las insondables profundidades del lago. El agua misma, cuya superficie iluminada por las muchas luces había estado hasta entónces tan llana como una sábana de cristal, se puso repentinamente agitada como si una poderosa ráfaga de viento hubiese recorrido su inmóvil superficie.

Otro canto, otro redoble en el tambor, y la montaña se estremeció hasta sus cimientos, con estruendos parecidos á formidables cañonazos, que sonaban á lo largo de los distantes y oscuros corredores. El cuerpo del Shaman se levantó á dos yardas en el aire, y moviendo la cabeza de un lado á otro, y balanceándose apareció sentado y suspendido como una aparición. Pero la transformación que tuvo lugar entónces en el muchacho, heló de terror á todos los que observaban aquella escena. La nube plateada que rodeaba al niño, pareció que lo levantaba también en el aire, pero al contrario del Shaman, sus piés no abandonaron el suelo.

El muchacho principió á crecer como si la obra de los años se verificase milagrosamente en algunos segundos. Se tornó alto y grande, y sus seniles facciones se hicieron más viejas á la par que su cuerpo. Unos cuantos segundos más, y la forma juvenil desapareció completamente. Fué en su totalidad absorbida en otra individualidad, era la del viejo Sr. Yzvertzoff quien tenía en la sien una gran herida abierta, de la que caían gruesas gotas de sangre.

Este fantasma se movió hácia Nicolás, hasta que se puso directamente enfrente de él, mientras que éste, con el pelo herizado y con ojos de un loco miraba á su propio hijo transformado en su tío. El silencio sepulcral fué interrumpido por el húngaro, quien dirigiéndose al niño fantasma, le preguntó con voz solemne:

«En nombre del gran Maestro, de aquél que todo lo puede, contesta la verdad y nada más que la verdad. ¿Espíritu intranquilo, te perdiste por accidente, ó fuiste cobardemente asesinado?»

Los labios del espectro se movieron, pero fué el éco el que contestó en su lugar, en lúgubres sonidos! «Asesinado! ¡Asesinado!! A-se-si-na-do!!!»

¿Dónde? ¿Cómo? ¿Por quién?—preguntó el conjurador.

La aparición señaló con un dedo á Nicolás; y sin apartar la vista ni bajar el brazo, se retiró andando de espaldas lentamente hacia el lago. A cada paso que daba el fantasma, Yzvertzoff el joven, como obligado por una fascinación irresistible, avanzaba un paso hácia él, hasta que el espectro llegó al lago, viéndosele en seguida deslizarse sobre su superficie. Era una escena de fantasmagoría horrible!

Cuando llegó á dos pasos del borde del abismo de agua, una violenta convulsión agitó el cuerpo del culpable. Arrojándose de rodillas, se agarró desesperadamente á uno de los asientos rústicos, y dilatándose sus ojos de una manera salvaje, dió un grande y penetrante grito de agonía. El fantasma entonces permaneció inmóvil sobre el agua, y doblando lentamente su dedo extendido, le ordenó acercarse. Agazapado, presa de un terror abyecto, el miserable gritaba hasta que la caverna resonó una y otra vez: «¡No fui yo..... no; yo no os asesinó!»

Entonces se oyó una caída; era el muchacho que apareció sobre las obscuras aguas, luchando por su vida en medio del lago, viéndose la inmóvil y terrible aparición inclinada sobre él.

¡Papá, papá, sálvame..... que me ahogo!.....—exclamó una débil voz lastimera, en medio del ruido de los ecos burlones.

—¡Mi hijo!—gritó Nicolás, con el acento de un loco, y poniéndose en pié de un salto.—¡Mi hijo! ¡Salvadlo! ¡Oh! ¡Salvadlo!..... ¡Sí; confieso!..... ¡Yo soy el asesino!..... ¡Yo fui quien le maté!

Otra caída al agua, y el fantasma desapareció. Dando un grito de horror los circunstantes, se precipitaron hácia la plataforma; pero sus piés se clavaron de repente en el suelo al ver en el medio de los remolinos una masa blanquecina é informe, enlazando al asesino y al niño en un estrecho abrazo, y hundiéndose lentamente en el insondable lago.

A la mañana siguiente, cuando después de una noche de insomnio algunos de los de la partida visitaron la residencia del húngaro, la encontraron cerrada y desierta. El y el Shaman habían desaparecido. Muchos son los habitantes de P. que lo recuerdan: el Inspector de policía, Coronel S., murió algunos años después, en la completa seguridad de que el noble viajero era el diablo. La conster-

nación general creció de pronto al ver convertida en llamas la mansión Yzvertsoff aquella misma noche. El Arzobispo ejecutó la ceremonia de exorcismo; pero aquel lugar se considera maldito hasta el presente. El gobierno investigó los hechos y.... ordenó el silencio.

H. P. BLAVATSKY.

---

## EL DIA DEL LOTO BLANCO

---

(DISCURSO DE A. MARQUEZ)

Designase así entre los teosofistas al 8 de Mayo, aniversario del fallecimiento de Helena P. Blavatsky, la fundadora de la Sociedad Teosófica. Dicho día es costumbre establecida por todas las Ramas y Centros de la Sociedad, cualquiera que sea el sitio de la tierra donde funcionen, celebrar una sesión especial exclusivamente dedicada á la memoria de la inolvidable propagandista; habiéndose esta vez realizado en Buenos Aires la mencionada reunión bajo los auspicios de la Rama «Ananda», donde se leyeron interesantes trabajos relativos á la vida de H. P. B., iniciales con las cuales designaron siempre sus discípulos á aquella sábia y ejemplar mujer.

Entre los periódicos y revistas que nos llegan de todas partes del mundo, encontramos la descripción en uno de ellos de la forma como las Ramas de Honolulu, reunidas en un elegante y amplio *Hall* adornado con lirios blancos,—por ser la flor más parecida al loto,—han conmemorado dicho día, lamentando que la falta de espacio nos impida publicar algunos de los discursos allí pronunciados, especialmente el de Mrs. Kate B. Davis, discípula directa de H. P. B. y uno de los *leaders* actuales del movimiento teosófico, cuya ilustrada y fácil palabra conmovió la noche anterior al auditorio en una conferencia relativa á la que fué su maestro y su amiga.

De la interesante fiesta, traducimos el discurso que encontrarán á continuación nuestros lectores, pronunciado por el erudito escritor A. Marques, autor, entre otros libros, de las «Corroboraciones científicas de la Teosofía» que PHILADELPHIA ha publicado, discurso en

el que se expresa con concisión y claridad algunos de los motivos que informan la ceremonia teosófica á que hemos hecho referencia:

«Hoy día, en todas las regiones de la tierra donde existen Centros de la Sociedad Teosófica, se celebran reuniones especiales para conmemorar el décimo aniversario de la muerte de la gran iniciadora que, bajo las simbólicas iniciales de H. P. B. conocen todos los teosofistas; y cumpliendo más que con una práctica establecida, con un verdadero y piadoso deber, los pocos estudiantes aquí establecidos, que os han congregado esta noche, elevan hácia ella su cariñoso recuerdo y sus sentimientos de gratitud».

»En todo sistema religioso ó filosófico, la gratitud por favores recibidos se enaltece como una gran virtud, pero nunca como en la Teosofía se proclama tan alto el deber y la necesidad de ese sentimiento respecto de nuestros maestros. Las naciones orientales nos han dado conmovedores ejemplos de la manera de practicarlo y así vemos á los Indios dedicar todo su tiempo y toda su vida á sus «Gurus» (1) espirituales á quienes sirven hasta en las formas más humildes. Si por medio del estudio de las doctrinas teosóficas nos damos mejor cuenta de los deberes de la vida, si debido á él podemos abarcar con nuevas y profundas vistas muchos de los problemas que, sin darles explicación satisfactoria, mencionan las religiones ordinarias, debe esperarse que comprendamos también mejor la naturaleza y necesidad de la gratitud de que somos deudores al maestro por medio del cual obtenemos los ocultos conocimientos que nos colocan en condición de apresurar nuestra evolución y progreso. Ahora, bien, la única manera de manifestarla á nuestro primer maestro,—además de conservar siempre su recuerdo en nuestra memoria,—es la de seguir el ejemplo y el camino que ella nos trazó; llevando adelante la obra á la que dedicó su vida, trabajando cada uno, en su humilde ó elevada esfera, por el adelanto humano, para obtener el cual debemos empezar por ayudarnos unos á los otros, Así, pues, este acto no puede limitarse á honrar simplemente á la que partió, de la manera como se hace en los aniversarios cristianos, sino que él tiene también que simbolizar la renovación anual de la promesa de continuar aquella obra. Además, la celebración de este día tiene que encerrar otros ideales más elevados que el mero recuerdo de la personalidad de H. P. B., de su acción y de su partida, hecho este último que para los teósofos reviste una importancia distinta de la general creencia, desde que la muerte la consideramos como una liberación, como la entrada en una condición de vida muy superior, y como un fenómeno periódico de nuestra evolución,

---

(1) Maestros—N. de la D.

—no como el fin de nuestra vida física,—y entre esos ideales debemos comprender los siguientes:

«Un voto de respetuoso homenaje y de agradecimiento hacia los grandes Maestros vivientes cuyo instrumento fué H. P. B. A ellos debió esta su sabiduría; de ellos recibió el mandato de difundir su palabra con el objeto de llevar el beneficio de ella á todas las almas sedientas de verdad, mientras aquellos permanecen siempre siendo los protectores de la Sociedad Teosófica y los inspiradores de todas las enseñanzas que se han realizado desde la muerte de H. P. B.»

«Honrando, pues, la memoria de su instrumento, incluimos necesariamente á esos nobles seres en nuestra manifestación de gratitud.»

«Otro ideal es el del bien que podemos y debemos hacer con el uso de nuestro pensamiento. El poder de éste, era casi desconocido é irrealizable en la práctica, hasta que la Teosofía nos lo demostró, y ahora la ciencia admite ya que el hombre tiene en su mente un dinamismo de tremenda potencia, creadora y destructora.»

«La Teosofía añade que el poder individual del pensamiento es enormemente aumentado cuando mucha gente emite el mismo pensamiento á un mismo tiempo; y, los que emitimos simultáneamente en todo el mundo con motivo de la celebración del Loto Blanco, pueden producir resultados extremadamente poderosos, aun cuando no nos sea dado percibirlos. Ellos alcanzarán á H. P. B. en su nueva vida, llevándole ayuda para su propia evolución y confortándola al mostrarle que su última obra no ha sido hecha en vano, al mismo tiempo que el mismo pensamiento puede también ejercer influencia sobre nosotros y sobre la Sociedad á que pertenecemos, fortificando nuestro poder y estrechándonos más aún para el adelante de la buena causa.»

«Por último, hay otro ideal mas misterioso, pues se refiere á la posibilidad, aunque poco conocida aun, de una actual reencarnación de H. P. B. Ella decía con frecuencia, que, en su entusiasmo por continuar la gran obra á que habia dedicado enteramente su última existencia física, desearía volver tan pronto como le fuera posible; así es, que no seria difícil que ya hubiera reasumido una nueva forma corporal, como lo ha sido ya insinuado por nuestros directores. Para aquellas personas ignorantes de las grandes leyes que nos enseña la Teosofía, esto parecerá una suposición atrevida, pero nosotros la justificamos haciendo ver que la Naturaleza nunca es caprichosa, y que sus leyes siempre actúan igualmente en todas direcciones y en todos los períodos de la vida, ántes ó después de la muerte. Así pues, de la misma manera que le es posible á un ser humano acortar su vida física, así también les es posible á algunos

individuos acortar el tiempo que media entre la separación de lo que llamamos muerte y nuestra próxima reencarnación, aunque por diferentes motivos. Todos sabemos que el Ego encarnado puede poner un prematuro fin á su existencia física por varias razones y por diversos medios, desde el egoísta suicidio para ahorrar un sufrimiento ó para escapar á las consecuencias de un crimen, hasta el generoso y noble sacrificio de la vida para salvar las de otros ó para cumplir un deber. Similarmente, pero con un sacrificio mucho más noble, grande, puro, y desinteresado, el Ego desencarnado puede renunciar al tiempo fijado para su vida feliz en el *Cielo*; acortando así el espacio comprendido entre dos sucesivas reencarnaciones, y revestir de nuevo otro cuerpo físico, con el propósito de llevar adelante alguna gran obra en beneficio y adelanto de la humanidad.»

«Por cierto que, en nuestro estado actual de evolución, pocos son los Egos cuyo estado de progreso, sabiduría y abnegación, les permite ser capaces y aún sentirse deseosos de tan inmenso sacrificio, como debe ser el cambio de la bendita vida espiritual por los sufrimientos y cargas de la vida física; sin embargo, tales Egos existen y ellos pertenecen á la falange de Ayudas y Salvadores que aparecen encarnados cuando la humanidad necesita de un auxilio especial, de un leader peculiar, ya sea un Atila ó un Napoleón, un Confucio ó un Mahoma. Pero, la ley es la misma, ya sea para el sacrificio de dejar el cuerpo físico para salvar á otros, ya sea para el abandono de la felicidad Devakánica para ayudar la evolución del hombre; y el Ego que hace el sacrificio es á su vez ayudado en él por aquellos gloriosos Maestros que velan por las almas de los humanos en todos los períodos de su paso por los tres grandes planos de la vida. Ellos arreglan las condiciones necesarias á fin de que se verifique el pronto encuentro del cuerpo apropiado, para lo que no es preciso violar ninguna de las leyes de la Naturaleza,—lo que no está en sus manos—enseñándonos la Teosofía que el hombre que muere de muerte violenta, se reencarna mucho más pronto que el que fallece naturalmente, á causa de su gran deseo de continuar su interrumpida existencia. Es un hecho comprobado, que en los años que siguen á una guerra ó á una epidemia que arrebatara bruscamente muchas almas, la proporción de los nacimientos aumenta con rapidéz, como para restablecer el equilibrio de los números y proporcionar una oportunidad de reencarnación á aquellas que la desearan.»

«Siendo este el caso, si H. P. B. se ha reencarnado ó está por tomar forma en otro cuerpo, nuestro continuo recuerdo de su antigua personalidad estrechará más todavía el lazo que á ella nos une y nos mantendrá aptos para recibir las nuevas enseñanzas que ella traiga ó algún nuevo mensajero de los Maestros del Saber. Es digno de

notar que en la India,—ese país del más elevado saber espiritual,— las conmemoraciones de nuestro *Día del Loto*, no solo se practican religiosamente, sino que cada año aumentan de la manera más patética las expresiones de amor, de gratitud y de admiración hacia H. P. B. y su obra. Si los Indios, aquellos jueces eximios en cuestiones de ocultismo, se creen en el deber de agradecer y de proclamar su deuda hacia H. P. B., nosotros los de raza occidental, mucho más ignorantes que ellos en las enseñanzas que aquella nos trajo, no debemos temer el proclamar nuestro grato recuerdo hacia su última personalidad, ya se encuentre reencarnado nuestro maestro ó ya continúe su propia evolución en otros planos del universo; su obra permanece en pié como un precioso monumento en el cual los estudiantes encuentran una inagotable mina de informaciones, debiendo todavía pasar varias generaciones antes de que su verdadera importancia sea debidamente reconocida. Esto solo justificaría el culto del *Día del Loto Blanco* y espero que nuestra Rama de Honolulu nunca dejará de celebrarlo con el debido respeto.»

LA DIRECCIÓN.

---

### AVISO

---

Terminando con el presente número la suscripción al 3<sup>er</sup> año de PHILADELPHIA, se ruega á los señores suscriptores que no deseen continuar con ella, se sirvan comunicarlo á la Administración, Cuyo 2236.

LA DIRECCIÓN.

---